

Viaje por Alemania del Este

Crónicas
de Francisco
Coloane,
1966

COLECCIÓN HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

Enrique Fernández Darraz
Cristián Montes Capó
Javier Pinedo Castro
(editores)

 Ed. UFRO
UNIVERSITY PRESS

Viaje por Alemania del Este

Crónicas
de Francisco
Coloane,
1966

VIAJE POR ALEMANIA DEL ESTE
Crónicas de Francisco Coloane, 1966

Enrique Fernández Darraz, Cristián Montes Capó y Javier Pinedo Castro
(editores)

EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA
Colección Historia y Ciencias Sociales
Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-956-236-405-8

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA
Av. Francisco Salazar 01145, casilla 54-D, Temuco

Rector: Eduardo Hebel Weiss
Vicerrector académico: Renato Hunter Alarcón
Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Carlos del Valle Rojas
Coordinador de Ediciones Universidad de La Frontera: José Manuel Rodríguez

COMITÉ CIENTÍFICO ACADÉMICO ED. UFRO
Mg. Leonardo Castillo Cárdenas
Dr. Mauricio Godoy Molina
Dra. Yéssica González Gómez
Dr. Pablo Navarro Cáceres
Dr. Nicolás Saavedra Cuevas
Dra. Berta Schnettler Morales

Imagen de portada: Francisco Coloane, Isla Negra, 1969. Fotografía de Jorge Aravena Llanca,
Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información, Universidad de La Frontera
Diseño de portada: Ediciones UFRO



Viaje por Alemania del Este

Crónicas
de Francisco
Coloane,
1966

Enrique Fernández Darraz
Cristián Montes Capó
Javier Pinedo Castro
(editores)



COLECCIÓN HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES



Nota

La publicación de este libro, como tantas otras actividades, se vio retrasada producto de la pandemia de covid-19 (Peter Birle firma el prólogo en 2018). Sin embargo, consideramos que el tema que aborda y los textos en él contenidos siguen plenamente vigentes, lo que hizo innecesario solicitar cualquier tipo de actualización a los autores.

*A nuestro querido amigo, reconocido
intelectual y compañero en este viaje por la RDA
Javier Pinedo Castro (1947-2018)*

ÍNDICE

Prólogo: la República Democrática Alemana en 1966	
<i>Peter Birle</i>	13
Francisco Coloane y la República Democrática Alemana	
<i>Enrique Fernández Darraz</i>	17
Presentación	17
La Guerra Fría, las dos Alemanias y América Latina en la década de 1960..	18
La RDA y Chile.....	21
Antecedentes del viaje de Francisco Coloane a la RDA.....	24
Coloane y su «Viaje por Alemania del Este»	28
Conclusiones.....	30
Bibliografía	32
Socialistas en el socialismo, en el contexto general de las relaciones entre Chile y la RDA en los años sesenta	
<i>Javier Pinedo Castro</i>	35
Introducción	35
La imagen de lo alemán en Chile.....	36
Chile en los sesenta: contexto histórico y político	37
Las relaciones entre la República de Chile y la República Democrática Alemana.....	38
Vida y esperanzas en la RDA vistas por un partidario	44
El proyecto socialista.....	45
¿Socialismo = totalitarismo?	48
Socialistas chilenos en el socialismo	50
Fin de las esperanzas e inicio del drama del exilio.....	59
Conclusiones.....	59
Bibliografía	61
Alemania del Este vista por Francisco Coloane. Experiencia y narratividad en sus crónicas de viaje	
<i>Cristián Montes Capó</i>	63
Texto, contexto y discurso social	64
El arte de la crónica: porosidad genérica y protocolos de enunciación.....	66
Crónica, juegos de escrituras y posiciones críticas	69
Conclusiones.....	76
Bibliografía	78

Viaje por Alemania del Este. Crónicas de Francisco Coloane, 1966	81
Primeras horas en Berlín	83
Con el obrero alemán	85
Junto al lago Schwielow	89
Recuerdo al ITUCH.....	92
Beethoven	95
Nuevo Brandeburgo	98
El municipio de Nuevo Brandeburgo	100
Stralsund.....	102
En la isla de Rügen	104
Paga sus crímenes	106
Las opiniones de Reynolds Brummack	110
La isla de Hiddensee.....	112
Los capitanes de la cosecha	114
El camino alemán al socialismo	116

**PRÓLOGO:
LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA
ALEMANA EN 1966**

Diecisiete años después de su fundación —en 1949— y cinco desde la construcción del Muro de Berlín —en 1961—, la Alemania socialista aún luchaba por su reconocimiento internacional como Estado independiente. En enero de 1966 se constituyó por primera vez en Berlín Oriental un consejo para asuntos de toda Alemania. La República Democrática Alemana (RDA) declaró que su gobierno estaba dispuesto a negociar con la República Federal de Alemania (RFA), pero sobre la base de una completa igualdad. En junio de 1966, se rechazó una solicitud de admisión de la RDA a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Escritores como Wolf Biermann y Stephan Heym, y el científico Robert Havemann, fueron difamados por representantes del régimen como «aliados de los opositores al socialismo». El liderazgo de la RDA bajo Walter Ulbricht tenía dificultades incluso con la crítica constructiva.

En este contexto, el destacado escritor chileno Francisco Coloane fue invitado a visitar la RDA. Entre junio y septiembre de 1966, Coloane permaneció en la Alemania socialista y escribió una serie de crónicas sobre sus impresiones y experiencias de viaje. El presente volumen nos brinda la oportunidad de redescubrir esas crónicas, que en su época fueron publicadas en diversos diarios chilenos.

En la introducción al libro, Enrique Fernández analiza la situación política de la década de 1960 y la competencia entre los dos Estados alemanes en el marco de la Guerra Fría. Fernández arroja luz sobre las relaciones entre la RDA y Chile, y señala el importante papel que jugaron la diplomacia y la propaganda cultural de la RDA en la lucha por el reconocimiento internacional. También reconstruye los antecedentes del viaje de Coloane a dicho país, su militancia comunista, su visión favorable al socialismo y su prestigio literario. Todas estas fueron cualidades que lo convirtieron en un candidato ideal para contribuir al reconocimiento internacional de la RDA.

En su artículo, Javier Pinedo aborda primero las relaciones históricas entre Chile y Alemania, la inmigración alemana en el siglo XIX y la imagen positiva de Alemania en Chile. En el marco de los acontecimientos políticos, sociales y culturales del Chile de la década de 1960, sitúa el viaje de Coloane a la RDA en el contexto de los viajes europeos de otros escritores chilenos, como Antonio Skármeta, Jorge Edwards, Luis Oyarzún, Jorge Millas, Nicanor Parra, Enrique Lihn y José Donoso. Pinedo muestra con gran claridad por qué la RDA invitó a Coloane:

Un escritor chileno, militante comunista y de gran renombre en Chile por su forma épica de narrar aventuras en el extremo sur del mundo. El motivo del viaje era registrar las ventajas del socialismo para, a su regreso, transmitir a sus compatriotas lo que había visto en crónicas dirigidas a un lector particular para reafirmarlo en sus convicciones políticas (p. 39).

Pinedo también analiza el curso posterior de las relaciones entre Chile y la RDA, desde el establecimiento de las relaciones diplomáticas el 16 de marzo de 1971 hasta la participación de destacados representantes de la izquierda chilena, como Volodia Teitelboim, Clodomiro Almeyda y Luis Corvalán, en las celebraciones del 40.º aniversario de la fundación de la RDA en 1989, solo unos meses antes de la caída del Muro de Berlín. Pinedo nos explica por qué el experimento socialista de la RDA fue de gran interés para los socialistas chilenos y por qué escritores como Coloane consideraban que el socialismo europeo era ejemplar.

La tercera contribución al volumen, de Cristián Montes, ubica las crónicas de Coloane en el contexto de otras crónicas de escritores chilenos. Montes muestra que la crónica ha sido uno de los géneros más productivos en la transmisión de experiencias a través de las generaciones. Además, afirma

que en las crónicas de Coloane escritas en la RDA la figura del cronista se funde nítidamente con la del testigo.

Informar e interpretar son, entonces, los dispositivos estructurales a través de los cuales el cronista Francisco Coloane describe y cuenta lo que ve, piensa y siente, proceso que deja traslucir una subjetividad comprometida con una determinada visión de mundo y una modalidad de sujeto delineado desde una posición marxista de la sociedad (p. 71).

Después de los tres textos introductorios, en la segunda parte del libro, se encuentran las catorce crónicas escritas por Coloane en su recorrido por la RDA.

Lo que noté al leerlas, más de cincuenta años después de su creación, es su apertura e interés por un país lejano, por su historia y su presente político, sus ciudades, sus paisajes y su gente. A pesar de su compromiso con el socialismo, las crónicas nunca son ideológicamente obstinadas.

Coloane describe sus impresiones de ciudades como Berlín Oriental, Potsdam, Nuevo Brandenburgo y Stralsund, de paisajes como el Schwielowsee y las islas de Rügen y Hiddensee, pero también de encuentros con trabajadores y campesinos. Con gran meticulosidad, informa sobre las condiciones de vida y de trabajo, sobre las ideas, los deseos, las preocupaciones y los sueños de sus interlocutores. Nos encontramos con el trabajador Otto Prasch, la trabajadora Lizzi Brunn, el agricultor Reynolds Brummack, el ayudante de una cosechadora Arturo Schubert y muchas otras personalidades. También descubrimos cómo funcionan el Parlamento de la ciudad Nuevo Brandenburgo y su Consejo Municipal.

Coloane se siente especialmente cerca de su país de acogida cuando está junto al agua o junto al mar. Y saca sus conclusiones de ello: «Ahora comprendemos por qué el alemán de Chile se asentó en Osorno y Valdivia tan a su gusto, encontró allí este paisaje, menos peinado, pero más imponente en su grandiosidad selvática» (p. 89). En Stralsund, a pesar del largo viaje, se dirige inmediatamente a la playa:

me ha llegado la brisa del mar, y este mar se llama Báltico y, aunque cansado también, salgo a saludarlo. Para mí, hombre de Chiloé, del Pacífico Sur, es el personaje más importante. Con él no necesito intérprete, ni historiadores que me cuenten su pasado, ni ideólogos que me hablen de su futuro (p. 102).

Coloane considera su estadía en la RDA como un proceso de aprendizaje. Quiere entender cómo los trabajadores y campesinos del segundo Estado alemán están construyendo su realidad socialista.

La mayoría de las crónicas están escritas desde la perspectiva del narrador en primera persona, pero en la crónica «El camino alemán al socialismo», Coloane pasa a un segundo plano. Deja a su interlocutor, Gerhard Engler, describir en qué ideas se basa la estructura del Frente Nacional, cómo funciona la política de bloques, qué entiende por educación antifascista y cómo ve la relación entre marxistas y cristianos.

Coloane está impresionado por sus experiencias en la RDA. Por supuesto, el lector notará, desde la perspectiva de hoy, que casi no hay ninguna crítica en sus crónicas. Pero debemos recordar que escribe en 1966, no en 2018, veintitrés años antes del final de la RDA y no veintiocho años después.

Felicito a los editores por esta maravillosa publicación, que no solo brinda la oportunidad de redescubrir las crónicas del viaje de Francisco Coloane a la RDA, sino que también las sitúa en el contexto del desarrollo histórico de Chile, de Alemania y de sus relaciones bilaterales. El libro es una contribución muy valiosa para comprender las relaciones entre nuestros países.

Peter Birle
Berlín, abril de 2018

FRANCISCO COLOANE Y LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA¹

Enrique Fernández Darraz²

Presentación

En 1966, el destacado escritor chileno Francisco Coloane visitó la República Democrática Alemana por alrededor de tres meses. Esta es, tal vez, la estadía internacional menos conocida de quien fuera un incansable viajero.

A diferencia de sus recorridos por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), China, Mongolia o India —entre otros—, el que hizo por la RDA no fue documentado en algún libro de memorias o similar (Vidal, 1991; Coloane, 2000, 2004).

Acerca de su larga relación con Alemania Oriental solo se han publicado cuatro cartas que envió a su esposa desde ese país en 1965, mientras participaba en el Encuentro Internacional de Escritores realizado en mayo de ese año en las ciudades de Weimar y Berlín. Entre los más de ciento noventa delegados de cincuenta y dos países, se encontraban Pablo Neruda y Francisco Coloane, este último, invitado en su calidad de presidente de la Sociedad de Escritores de Chile (Schidlowsky, 2008, pp. 1131-1132; «Im Deutschen Nationaltheater Weimar...», 1965).³

¹ El presente artículo fue escrito en el marco del proyecto Fondecyt n.º 1140020, *Comunidades epistémicas internacionales: las relaciones científicas chileno-alemanas, 1950-2010*.

² Académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

³ Solo recientemente se ha publicado un artículo que se centra en la relación de Francisco

De su estadía de 1966, sin embargo, sí existe una interesante documentación, pero hasta ahora ha permanecido inédita o, más precisamente, no ha sido compilada y editada con posterioridad a su aparición en la prensa en dicho año.

Se trata de un total de catorce crónicas publicadas entre junio y septiembre de 1966. Trece de ellas en el diario *Última Hora*, bajo el título de «Viaje por Alemania del Este». Otra «Crónica de viajes» apareció en julio en el diario *El Siglo*.

En dichas crónicas, Francisco Coloane describió lo que fue viendo en su recorrido por la RDA, con el objeto de difundir en Chile la forma de vida de ese país, en un momento histórico en que existían dos Alemania y ambas pugnaban por lograr mayor presencia internacional.

Las páginas que siguen describen la relación del autor chileno con la República Democrática Alemana, situándola en el contexto histórico de la época, con el objeto de comprender el sentido que tuvo su viaje y la significación de sus escritos.

Para reconstruir esta relación entre el autor y dicho país, se revisaron las memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores chileno (1960-1975), y se recurrió al Archivo Federal Alemán, a documentos de prensa de ambas naciones y a literatura secundaria.

Francisco Coloane ofició, qué duda cabe, como una suerte de embajador de la RDA en Chile, contribuyendo decididamente a difundir la forma de vida de dicho país y a establecer lazos entre ambos.

La Guerra Fría, las dos Alemanias y América Latina en la década de 1960

Culminada la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue dividida en cuatro zonas de ocupación, administradas por cada una de las potencias vencedoras: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la Unión Soviética. A igual distribución fue sometida Berlín, su capital (Mählert, 2010, p. 19).

Los acuerdos iniciales preveían una reunificación del territorio germano en el largo plazo, pero las diferencias entre los aliados occidentales y la URSS escalaron hasta tal punto que culminaron en la generación de dos Alemanias: la República Federal, al occidente, y la República Democrática, al este, cada una de ellas alineada con uno de los dos bloques de la Guerra Fría. Berlín quedó ubicada en el corazón de la RDA y fue dividida de modo similar.

Coloane con la RDA y en su contribución al establecimiento de relaciones diplomáticas entre Chile y dicho país en 1971, en plena Guerra Fría (Fernández, 2016).

En mayo de 1949 se promulgó la Constitución alemana que regiría en las zonas occidentales. El 14 de agosto se eligió el parlamento que, un mes después, escogió a Konrad Adenauer como canciller (Schöllgen, 2013, pp. 26-27).

En la zona soviética se constituyó provisoriamente un parlamento popular —en mayo de 1949—, el que promulgó ese mismo día una constitución y nombró como primer ministro a Wilhelm Pieck. Un día más tarde, eligió a Otto Grotewohl como presidente de la RDA (Schöllgen, 2013, p. 30; Mählert, 2010, pp. 53-55).

Esta situación desató una competencia entre ambas Alemanias por ser reconocidas internacionalmente, competencia que, hasta la década de 1970, estuvo dominada por lo que se conoce como la doctrina Hallstein.⁴ De acuerdo con ella, la RFA se arrogaba la legítima continuidad del Imperio, junto con la representación del pueblo alemán, mientras la RDA la veía como un territorio sin soberanía política, sometido a la Unión Soviética y, por lo mismo, sin el derecho a establecer relaciones diplomáticas con otros países. A esto hay que agregar el obvio interés de la RFA por lograr la reunificación en torno a sí misma y a su modelo de gobierno, alineado con las potencias occidentales.⁵

Por estas razones, la RFA intentó sistemáticamente impedir que la Alemania Democrática obtuviera un reconocimiento político más allá del bloque oriental, en especial en los países del Tercer Mundo y los llamados «no alineados». Como mecanismo de presión, utilizaba la amenaza de romper relaciones diplomáticas con los Estados que quisieran establecer lazos con la RDA, además de retirar las ayudas para el desarrollo (Gray, 2003).

Este enfrentamiento diplomático se dio inicialmente en el mundo árabe y en África, pero, luego de la Revolución cubana, llegó también a América Latina (Blumenau, 2011, p. 15; Kilian, 2001, pp. 100-162; Rebmann, 2010).

En síntesis, ambas Alemanias desplegaron una intensa lucha internacional por lograr su reconocimiento como Estados soberanos y legítimos representantes de la nación alemana, a través de la intensificación de su presencia en algunos países de interés.

La RDA empezó su aproximación a América Latina a mediados de los cincuenta, firmando acuerdos comerciales y financieros con Uruguay y Argentina (1954), Colombia y Chile (1955), y Brasil (1958). Luego, abrió representaciones

⁴ Su nombre debe su origen a Walter Hallstein, secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores.

⁵ Idéntico interés tenían la RDA y la URSS: lograr una unificación alemana alineada con el bloque soviético.

comerciales en esos y otros países del continente: Uruguay (1954), Colombia, Argentina y Chile (1955), y Brasil (1959) (Krämer, 2011, pp. 184-185; Werz, 2011, pp. 447-448).

Su relación con América Latina se intensificó en los años sesenta, luego de que definiera como «estratégicos» a Brasil y a aquellos países que se abstuvieron de votar a favor de la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), en la sesión de abril de 1962: Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador y México (Krämer, 2011, pp. 185-186).⁶

Los países del continente privilegiaban la presencia de Alemania Federal, dada su importancia financiera y comercial. Por lo mismo, esta no tuvo dificultades para establecer relaciones diplomáticas con la mayoría de ellos —incluido Chile— en 1951 (Hofmeister, 1998, pp. 60-61).

Esto le facilitó la aplicación de la doctrina Hallstein. Un ejemplo de ello fue lo ocurrido en 1961, cuando Brasil intentó un acercamiento con la RDA. Inmediatamente, Alemania Federal le hizo ver que ello tendría implicancias en sus relaciones; en particular, en la ayuda para el desarrollo. Como consecuencia, Brasil desistió de su maniobra (Rebmann, 2010).

Chile, por su parte, había comenzado un viraje hacia los países socialistas, intentando reducir su dependencia de Estados Unidos. En 1964, estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y, en 1965, con la República Popular de Polonia, la República Socialista de Checoslovaquia, la República Popular de Hungría, la República Popular de Bulgaria y la República Socialista de Rumania (Pedemonte, 2010, pp. 70-71).⁷

El punto culminante de este giro llegó con el gobierno de Salvador Allende, que extendió las relaciones diplomáticas a otros países socialistas: China, Corea, Vietnam del Norte y la propia RDA (Kaufman, 1976, p. 269).

Esta situación, unida a la nacionalización de empresas extranjeras, tensionó los vínculos chilenos con los países occidentales y tuvo importantes consecuencias, incluida la pérdida de apoyo crediticio de Estados Unidos y, en el caso de la RFA, la suspensión de su ayuda para el desarrollo, en 1971. No obstante, un año más tarde, en el marco de las negociaciones con el Club de París, la RFA retomó su programa de ayuda (Kaufman, 1976, p. 265; Quezada, 1983).

6 México votó en contra de la expulsión.

7 A pesar de ello, es posible afirmar que Chile mantuvo hasta fines del gobierno de Eduardo Frei un alineamiento con los países occidentales, expresado en un mayor volumen de tratados, personal diplomático e intercambio comercial (Quezada, 1983, p. 55).

También en Chile se intensificó durante este periodo la competencia entre ambas Alemanias. Esta conservó, eso sí, una de sus principales características: mientras la RFA gozaba de los beneficios de las relaciones diplomáticas formales, la RDA continuó trabajando a nivel no gubernamental, hasta 1971.

La RDA y Chile

En medio de esta lucha entre ambas Alemanias por afianzar su presencia en Chile y, en el caso de la República Democrática, por avanzar hacia el establecimiento de relaciones diplomáticas, los dos países desplegaron una serie de iniciativas políticas, sociales, económicas y culturales.⁸

La relación de la RDA con Chile comenzó en 1952, cuando este fue definido como un país clave para la obtención de materias primas y la expansión del intercambio comercial. Por esta razón, el Ministerio de Comercio Interior y Exterior envió a Chile un delegado en 1956 y, al año siguiente, fundó una representación comercial en Santiago (Dufner, 2007, pp. 29-30). Los bajos resultados —entre otras consideraciones— llevaron a su cierre en los años 1956-1957⁹ (Dufner, 2007, pp. 32-33). A pesar de ello, Chile continuó siendo considerado un punto estratégico (Dufner, 2007, pp. 32-36).¹⁰

Todo este trabajo iba acompañado de una intensa «diplomacia cultural», que buscaba construir una imagen favorable de la RDA. Este tipo de actividad se denominaba, en términos de la época, «propaganda cultural» y durante la Guerra Fría sus dos principales promotores fueron la URSS y los Estados Unidos (Pedemonte, 2010, p. 60).

Los contactos entre el Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA) y el Partido Comunista de Chile (PC) se habían establecido a comienzos de los sesenta, con la visita a Chile del encargado de comercio con los países socialistas del PSUA. Luego —ese mismo año—, seis militantes del PC viajaron a Alemania Oriental (Emmerling, 2013, p. 69). En octubre, aterrizó en la RDA la primera delegación

8 Chile había establecido relaciones diplomáticas con la República Federal Alemana en 1951, aunque ya en 1949 ambos países habían firmado un primer acuerdo comercial (Dufner, 2012).

9 La fecha de cierre es imprecisa, pero se estima que fue en 1956 o 1957. El cierre de la repartición estuvo además asociado a un escándalo provocado por la oferta que un político chileno hizo a los funcionarios de la RDA de lograr el establecimiento de relaciones diplomáticas a cambio de dinero (Dufner, 2007, p. 32).

10 Hacia mediados de la década de 1960, la RDA solo mantenía con ese carácter estratégico a tres países de América Latina: Cuba, Chile y Uruguay (Emmerling, 2013, p. 91).

de parlamentarios chilenos y en febrero de 1961 visitaron territorio nacional dos funcionarios alemanes que entregaron ayuda humanitaria para los afectados por el terremoto de Valdivia (Emmerling, 2013, pp. 72-73).

Este tipo de intercambios continuó durante toda la década. En 1965, por ejemplo, se realizó una segunda visita de parlamentarios chilenos a la RDA (Emmerling, 2013, p. 100) y, al año siguiente, otro grupo viajó a la ciudad de Dresden («Diputados chilenos en la RDA», 1966).

Producto de estas relaciones y de la visita, en 1965, de funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, Alemania Democrática reabrió su representación en 1966 (Dufner, 2007, p. 37-38).

En el ámbito social y, en especial, en el cultural, los vínculos desarrollados fueron también muy intensos. Desde 1961, existía en Santiago un Instituto Chileno-Alemán Democrático de Cultura (Kulturinstitut Chile-DDR) (Bundesarchiv, DY/30/IV A 2/20 726, p. 4).¹¹ El instituto desarrolló una intensa actividad y a través de él se estableció un importante vínculo con la esfera política. De hecho, su directorio estaba integrado por cinco senadores chilenos (Emmerling, 2013, p. 99). Hacia 1967, la institución tenía dos programas radiales (en Radio Magallanes y en la Radio de la Universidad Técnica del Estado), unos ciento setenta alumnos en cursos de alemán y representaciones en cinco ciudades: Arica, Antofagasta, Valparaíso, Concepción y Temuco («Pueblos de Chile y RDA se dan la mano...», 1967).

En mayo de 1969, a instancias de esta institución, se formó un comité para organizar el Primer Congreso de Amigos de la RDA en Chile, integrado por diversas personalidades. Entre ellas, senadores, diputados, alcaldes, artistas y escritores. Entre estos últimos, se encontraban incluso Pablo Neruda y Juvenio Valle (Bundesarchiv, DY/30/IV A 2/20 726, p. 116; Emmerling, 2013, p. 104).

En 1962, un grupo de andinistas de la RDA visitó el país invitado por la Federación de Andinismo y Excursionismo de Chile (Emmerling, 2013, p. 75). Ese año viajó a Chile una delegación sindical de la RDA, con motivo del III Congreso de la Central Única de Trabajadores (CUT). El profesor Manfred Kossok, de la Universidad de Leipzig, realizó, en ese contexto, una serie de conferencias (Emmerling, 2013, p. 76).

También se registraron intercambios a nivel de la prensa: en 1965, *El Siglo* envió a Berlín Oriental un corresponsal, mientras un funcionario del Servicio General Alemán de Noticias llegaba a Chile (Möbus, 2005, p. 36; Dufner, 2007, p. 55).

11 Se desconoce la fecha exacta de su fundación, pero se sabe que ya en 1959 había iniciado sus actividades (Emmerling, 2013, p. 95).

En 1966, el mismo diario informaba que jóvenes alemanes de visita en Chile en el marco del Congreso de las Juventudes Comunistas habían realizado una donación de instrumental médico en la población 22 de Julio («Jóvenes alemanes entregan instrumental médico...», 1966).

La ya mencionada visita del profesor Kossok en 1962 marca el inicio de la colaboración a nivel universitario. Dos años más tarde, se firmó un acuerdo entre la Universidad Carlos Marx de Leipzig y la Universidad Nacional de Santiago de Chile. Posteriormente, en 1966, también se formalizó un convenio entre la Universidad Técnica del Estado y la Universidad Técnica de Dresden («La amistad es el espíritu de la ciencia», 1966; «Pueblos de Chile y RDA se dan la mano...», 1967).

1966 también estuvo marcado por una importante actividad artística y cultural. En julio, se presentó en Chile la Orquesta Bach, procedente de Leipzig («Hoy debuta la Orquesta Bach de la RDA», 1966). Ese año, el conjunto folclórico Silvia Infantas y los Cóndores hizo una gira por Europa que se inició en la RDA («“Los Cóndores” triunfaron en la RDA», 1966). Su viaje y presentaciones fueron financiados por la Agencia Central de Artistas de la República Democrática Alemana («Silvia Infantas y los Cóndores en la Feria de Leipzig», 1966).

La prensa también informaba de la presencia en la RDA del pianista chileno Óscar Gacitúa, quien realizó en 1966 un total de once presentaciones («Pianista Óscar Gacitúa en la RDA», 1967).

La selección chilena de fútbol también visitó Alemania Oriental ese año, para jugar con su equivalente local. De la gran hospitalidad con la que fue recibida habló en una entrevista el destacado jugador Elías Figueroa («Afirma Elías Figueroa: La RDA...», 1967).

Un ámbito también relevante, aunque menos conocido, fue el turismo, que se desarrolló de manera importante durante esa época. En el marco del 50.º aniversario de la Revolución Rusa, por ejemplo, más de setecientos turistas chilenos visitaron la Unión Soviética (Pedemonte, 2011, p. 78). De ellos, tres grupos de entre ciento veinte y ciento cincuenta personas visitaron además la RDA (Bundesarchiv, DY/30/IV A 2/20 726, p. 64).

Una de las instancias que revestía mayor importancia en las relaciones políticas y culturales binacionales era el aniversario de la RDA. Con este motivo, se realizaban, año tras año, variados eventos, oficiando el Instituto Chileno-Alemán Democrático de Cultura como anfitrión y organizador de los festejos.

Antecedentes del viaje de Francisco Coloane a la RDA

Reconstruir la relación de Francisco Coloane con la RDA y, en particular, su viaje a dicho país en 1966 no resultó una tarea fácil, precisamente porque no dejó, al menos en la literatura publicada hasta la fecha, testimonio de ello. Tampoco lo hizo del viaje que realizó en 1965 al ya mencionado Encuentro Internacional de Escritores (Vidal, 1991; Coloane, 2000).

Las únicas referencias personales respecto a sus estadías en la RDA se encuentran en una entrevista que dio al diario *La Tercera* en el año 2000 y en cuatro cartas enviadas en 1965 desde ese país, que aparecieron en el libro póstumo que reúne la correspondencia con su esposa, pero que aportan escasa información al respecto (Coloane, 2005).

¿Sabe cuándo cambié mi mirada sobre el hombre? Le cuento: Fui invitado a Alemania en los años 1966 y 1967. En Chile conocí a un profesor alemán, cosa curiosa, venía arrancando del nazismo y llegó a Chile [...]. Finalizada la guerra volvió a Berlín, donde recuperó su cátedra de español. Él me invitó a Alemania. Como se hizo una formalidad en esos años, había que conocer los campos de concentración y yo, aunque me dolía todo, dije Aushwitz (sic). El profesor no quiso acompañarme y me dijo: «Coloane, perdóneme, pero allí perdí a mi familia» (Coloane en Gómez, 26 de junio de 2000).

Dos son las imprecisiones contenidas en el texto. La primera se refiere a los años —«1966 y 1967»—, ya que sus viajes a la RDA tuvieron lugar en 1965 y 1966. La segunda se refiere a Auschwitz. La prensa alemana no registra su visita a dicho campo de concentración, pero sí al de Buchenwald, en el marco del encuentro de escritores de 1965 («Die Macht des humanistischen Wortes», 1965). Además, en una de las cartas dirigidas a su esposa le contará que fue a ese campo de concentración y que Eduardo Klein, el alemán mencionado en la entrevista, se excusó de acompañarlo (Coloane, 2005, p. 164).

La primera mención de Francisco Coloane en la prensa alemana ocurre en octubre de 1964, con motivo del 15.º aniversario de la RDA. En Santiago, hubo un acto conmemorativo organizado por el Instituto Chileno-Alemán Democrático de Cultura, en el que participaron diversas personalidades de la «vida política y cultural», entre quienes estaba Francisco Coloane, destacado por haber obtenido ese año el Premio Nacional de Literatura («Santiago», 1964).

Al año siguiente, en 1965, entre el 14 y el 22 de mayo, tuvo lugar en Berlín y Weimar un Encuentro Internacional de Escritores. En él tomaron parte ciento noventa delegados de cincuenta y dos países, y entre ellos se encontraban los chilenos Pablo Neruda y Francisco Coloane (Schidlowsky, 2008, pp. 1131-1132; «Im Deutschen Nationaltheater Weimar...», 1965). Durante el congreso, Coloane fue registrado gráficamente por la prensa en conversaciones con otros escritores («Wer zählt die Völker», 1965; «Weltweit: Der Ruf aus Weimar», 1965). Esta también dio cuenta de su participación en las distintas actividades programadas e incluso de una breve alocución en un acto realizado en la ciudad de Weimar, que parece interesante reproducir:¹²

¡Muy apreciados miembros del comité del Encuentro Internacional de Escritores!

En nombre de la Asociación de Escritores de Chile, cuyo delegado soy en este encuentro, y en el mío propio, agradezco la oportunidad de participar en esta significativa asamblea y poder dirigir a ustedes algunas palabras. Este encuentro es importante, porque para todos los escritores democráticos —sea lo que sea que los gobiernos de los diversos pueblos entiendan por democracia— el aniversario número veinte de la caída del fascismo es la fecha más importante de nuestra actual época histórica. Especial es la generación a la que pertenezco, que estuvo presente en el nacimiento, desarrollo, apogeo y caída de este drama bestial que la humanidad jamás debió sufrir.

Digo que fue especialmente bestial, que la razón humana debe avergonzarse en el intento por penetrar en las condiciones morales que permitieron la catástrofe del fascismo nazi en Europa; una Europa que le ha dado al mundo semejante civilización moral y técnica. ¡Solo las desatadas bestias del capitalismo y del imperialismo de nuestra época pudieron producir semejante sangrienta y cruel destrucción! Una destrucción como la que también en este momento producen en Santo Domingo y Vietnam, donde el crematorio hitleriano fue reemplazado por la bomba de napalm johnsoniana.

12 Esta alocución —al igual que la de Pablo Neruda— fue íntegramente impresa en el protocolo del Encuentro Internacional de Escritores publicado por la Sociedad Alemana de Escritores de Berlín en 1965. La versión aquí consignada corresponde a una traducción del alemán, ya que no fue posible encontrar el original en español (Deutscher Schriftstellerverband, 1965, pp. 102-104).

Pero qué anuncio más pedagógico para la humanidad es el de que unos doscientos escritores de todo el mundo se reúnan en el «corazón verde de Alemania», como se llama esta provincia de Turingia, en el territorio patrio de Hitler, para decir estas palabras de condena y esperanza. Es probable que este exuberante verde de Turingia fuera el que hizo decir a Goethe: «Gris, querido amigo, es toda teoría y verde el árbol dorado de la vida».

Yo tuve mi primer encuentro con el fascismo a la edad de veintidós años en la Patagonia, en la lejana orilla del estrecho de Magallanes. Con otros trabajadores y empleados, fundamos el Partido Marxista Socialista, y nuestra conciencia política nació en esa lucha local contra el fascismo, cuyo cuartel principal se ubica en el Club Alemán de Punta Arenas.

Pero en ese tiempo lo veíamos solo como una jugarreta política. Nosotros incluso nos esparcíamos mirando películas de guerra y noticieros con grandes desfiles de Hitler y Mussolini; así como hoy nuestros jóvenes se deleitan con películas sobre «comandos en Vietnam» o con paradas militares.

Nunca hubiéramos pensado que todo ello terminaría en el horno crematorio de Buchenwald, así como mañana todo el despliegue de los yanquis podría llevar a la humanidad a terminar en el crematorio de la bomba atómica. Esta es nuestra neofascista realidad, tal como se nos presenta. ¡Y toda otra teoría es hoy gris frente a ella!

Por ello, esta asamblea de escritores de todas partes del mundo, en el «corazón verde de Alemania», en la república de la esperanza alemana, adquiere el marco de una esperanza mundial. La RDA ha prometido que nunca más una guerra partirá desde su territorio y, para transmitirnos su esperanza, ha reunido aquí a la mayoría de los representantes de los escritores de toda la tierra. Nosotros estamos aquí, en la ciudad de Goethe, Schiller y Bach, para aplaudirla y llevar a todos los confines del mundo su anhelo de paz y su justicia social.

Para finalizar estas breves frases de saludo y agradecimiento, quiero también recordar hoy que fue el acto valiente de uno de nuestros grandes escritores, el que, en el siglo pasado, unió a los pueblos de Chile y Alemania. En su —para nuestra literatura— clásico libro *Recuerdos del pasado* está grabada la epopeya de los primeros colonos alemanes que se adentraron en nuestros bosques y contribuyeron a formar nuestra nación. Nosotros somos algo así como un reflejo de Europa, tanto de lo bueno como de lo malo.

Los colonos alemanes guiados por Vicente Pérez Rosales eran, en su gran mayoría, revolucionarios perseguidos de la Revolución de 1848 y otros, que eran atacados por sus ideas religiosas. Por este trabajo, nuestro escritor se vio él mismo agredido en Chile, por la Iglesia y la reacción.

En nombre de esta unión, desde el pasado prometemos, los hoy aquí presentes, poner toda nuestra fuerza combativa al servicio de una Alemania unida bajo el estandarte del socialismo, de una Alemania que marcha mano a mano con Chile y toda la humanidad.

Ese mismo año, en agosto, apareció nuevamente en la prensa alemana la figura de Coloane, mencionada a propósito de dos entrevistas que dio a su regreso de la RDA, una en la radio de la Universidad Técnica del Estado y la otra en el canal de televisión de la Universidad de Chile. En ambas se refirió a la Alemania Democrática e hizo un recuento de su estadía en ese país («Coloane über DDR», 1965). En noviembre del mismo año, fue entrevistado en Santiago por los corresponsales del diario *Neues Deutschland* y de la televisión alemana («Ruf von Weimar dramatisch aktuell», 1965).

Francisco Coloane había ido estrechando su relación con la RDA y ahora además colaboraba regularmente con el Instituto Chileno-Alemán Democrático de Cultura, participando en algunas de sus actividades y dictando conferencias, como la que ofreció en mayo de 1966, titulada «Conferencia: Alemanes en Chile» (Coloane, 15 de mayo de 1966).

Ese mismo año pasó algo más de dos meses en la RDA, invitado por la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana (Coloane, 27 de junio de 1966).

En una carta fechada el 27 de mayo, escrita por Gerhard Henninger (primer secretario de la Asociación de Escritores de la RDA) y dirigida a Kurt Hager (profesor de la Universidad Humboldt y miembro del comité central del PSUA), el primero le informaba a este de la próxima visita del escritor al país. En ella, le solicitaba que se le diera una visión lo más completa posible de la vida en Alemania Oriental, dado que Coloane tenía previsto publicar un libro sobre dicho país, para lo cual él ya tenía un acuerdo con la editorial Orbe. Además, le señalaba que, en el marco de su estadía, publicaría regularmente crónicas en el diario chileno *Las Noticias de Última Hora* (Bundesarchiv, DY/30/IV A 2/20 726, p. 47).

Coloane y su «Viaje por Alemania del Este»

Durante su permanencia en la RDA, Coloane escribió una serie de artículos que tituló «Viaje por Alemania del Este» y que fueron publicados en el diario *Última Hora*. La primera de sus trece crónicas apareció el lunes 27 de junio y la última el jueves 1 de septiembre. También publicó una en el diario *El Siglo*, el domingo 3 de julio de 1966.¹³

Su visita fue seguida de forma ocasional por la prensa alemana. En una primera instancia, esta anunció su llegada a la RDA («Francisco Coloane in der DDR», 1966) y luego consignó una nota a propósito de su viaje a la costa, donde se reunió con pescadores de alta mar («Francisco Coloane», 1966).

De acuerdo con lo informado por el diario *El Siglo*, Francisco Coloane habría dejado la RDA luego de una estadía de tres meses, lo que permite suponer que podría haber permanecido allá hasta comienzos de septiembre («Coloane anuncia libro sobre Alemania», 1966).

Las crónicas de Coloane —transcritas de forma íntegra en el presente libro— corresponden a textos breves con sus apreciaciones sobre la vida en la RDA, que aparecieron regularmente en la prensa chilena. Solo dos de ellas escapan al formato narrativo y temático general. Una sobre el ITUCH, el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile (Coloane, 6 de julio de 1966), y otra publicada en *El Siglo*, que corresponde a una larga conversación con el escritor Gerhard Engler, que Coloane prefiere reproducir fielmente (Coloane, 3 de julio de 1966).

Cuadro 1. Crónicas sobre la RDA publicadas por Francisco Coloane en la prensa chilena en 1966

N.º	Crónica	Diario	Fecha y página
1	Primeras horas en Berlín	<i>Última Hora</i>	Lunes 27 de junio, p. 5
2	Con el obrero alemán	<i>Última Hora</i>	Viernes 1 de julio, p. 14
3	El camino alemán al socialismo	<i>El Siglo</i>	Domingo 3 de julio, p. 7
4	Junto al lago Schwielow	<i>Última Hora</i>	Martes 5 de julio, p. 14

13 En conversación con Juan Francisco Coloane, hijo del escritor, en Santiago, el 22 de octubre de 2014, este ratificó la existencia de estas crónicas y estimó su extensión en unas ochenta páginas. Desgraciadamente, fue imposible acceder a dichos documentos, dado que aún no han sido publicados.

5	Recuerdo al ITUCH	<i>Última Hora</i>	Miércoles 6 de julio, p. 14
6	Beethoven	<i>Última Hora</i>	Domingo 10 de julio, p. 11
7	Nuevo Brandeburgo	<i>Última Hora</i>	Jueves 28 de julio, p. 5
8	El municipio de Nuevo Brandeburgo	<i>Última Hora</i>	Domingo 31 de julio, p. 5
9	Stralsund	<i>Última Hora</i>	Jueves 4 de agosto, p. 5
10	En la isla de Rügen	<i>Última Hora</i>	Martes 9 de agosto, p. 5
11	Paga sus crímenes	<i>Última Hora</i>	Domingo 21 de agosto, p. 14
12	Las opiniones de Reynolds Brummack	<i>Última Hora</i>	Miércoles 24 de agosto, p. 5
13	La isla de Hiddensee	<i>Última Hora</i>	Viernes 26 de agosto, p. 5
14	Los capitanes de la cosecha	<i>Última Hora</i>	Jueves 1 de septiembre, p. 5

Fuente: elaboración propia sobre la base de los diarios *Última Hora* y *El Siglo*.

Tal como se lo propusiera, Coloane trata de actuar «como un espejo que pasara por un camino» («Coloane anuncia libro sobre Alemania», 1966); por lo mismo, sus relatos son eminentemente descriptivos, narrando de la manera más realista posible sus impresiones y experiencias.

Sus historias hablan de la vida cotidiana, son visitas a fábricas, a granjas, a municipios; contienen conversaciones con obreros, con autoridades y políticos locales, con vecinos. Están pobladas de descripciones de paisajes naturales y humanos, de las condiciones de trabajo y de vida de la gente. Resaltan de modo escasamente explícito las posibilidades de construir el socialismo y, en general, una sociedad más justa.

Muchos pasajes no tienen la pulcritud de la mayor parte de su literatura, lo que de seguro se debe al carácter de los escritos y a la presión bajo la cual los compuso.

A través de sus crónicas, y tal vez sin proponérselo, Coloane contribuyó de una manera muy notable a los propósitos de reconocimiento internacional de la RDA, ya que en ellas transmite no solo el hecho de que los ideales del socialismo se encarnan en una sociedad, sino también que esta existe como nación independiente. Su labor, entre la de muchos otros, sin duda contribuyó a consolidar la imagen de la Alemania Democrática y a facilitar el posterior establecimiento de relaciones diplomáticas entre dicho país y Chile en 1971.

Conclusiones

Gracias a una extensa revisión de archivo, prensa y literatura secundaria, fue posible reconstruir parte importante de la relación de Francisco Coloane con la desaparecida República Democrática Alemana y, especialmente, el viaje que realizó a dicho país en 1966.

Como se señaló, la primera mención al escritor en la prensa germana data de 1964, cuando se le consigna entre los asistentes al aniversario del Instituto Chileno Alemán Democrático de Cultura, en Santiago. Luego vendrá su participación en el Congreso Internacional de Escritores, realizado en Berlín y Weimar al año siguiente. Esta relación será coronada con la visita del escritor a la RDA en 1966; sin embargo, se extenderá hasta inicios de la década siguiente.

En 1967 Coloane ocupó un lugar central en el aniversario de la RDA en Santiago, inaugurando los festejos con una conferencia titulada «Nuevo Brandeburgo y los mitos germánicos» («Hoy se inician festejos...», 1967). Parte de ella fue publicada por el diario *El Siglo* y, según el informe del departamento de prensa de la RDA, el texto habría sido además impreso íntegramente (Coloane, 8 de octubre de 1967; Bundesarchiv, DY/30/IV A 2/20 726, p. 86).¹⁴

Desde ese año en adelante, no es posible establecer una continuidad en la relación de Francisco Coloane con la RDA. Volverá a aparecer en la prensa en julio de 1969, en el marco de una reunión realizada por el «Círculo de Amigos de la RDA», que congregó a más de trescientos participantes (entre los que se encontraba el senador Salvador Allende) y culminó con un llamado al gobierno chileno a establecer relaciones diplomáticas con Alemania Oriental («Anerkennungsruf auch aus Chile», 1969).

Finalmente, en 1972 el diario *Neue Zeit* (Coloane, 19 de febrero de 1972) publicó un cuento de Francisco Coloane, que fue traducido al alemán como «Campamento nocturno en la Pampa». Su figura no volverá a aparecer en la prensa de la RDA.

Al llegar ese momento, la relación del escritor con Alemania Democrática tenía a lo menos ocho años, periodo durante el cual este había cumplido

un rol relevante, difundiendo aspectos de la vida en ese país y promoviendo el establecimiento de relaciones diplomáticas con él.

Es posible afirmar, entonces, que Francisco Coloane fue parte de lo que en la época se llamaba «propaganda cultural», en este caso, de la RDA. Su militancia comunista, su visión favorable al socialismo y su prestigio literario lo transformaron en un candidato ideal para abogar por el reconocimiento diplomático de dicho país. Para él —amante de los viajes—, sus estadías en él, y especialmente la segunda, deben de haber constituido otra aventura a la que no pudo resistirse.

Durante su permanencia en la RDA y especialmente a su regreso, Coloane escribió y habló sobre ella con inagotable entusiasmo. Narró con prosa simple la vida cotidiana de su gente y, a través de ella, los logros de un proyecto político denostado por muchos.

Este propósito llevó a Francisco Coloane, probablemente sin que él lo imaginara, a convertirse en cronista de un país que hoy ya no existe y a cuya historia solo tenemos acceso a través de los ojos y pluma de escritores como él.

¹⁴ Desgraciadamente, no fue posible encontrar este documento en ninguno de los archivos revisados. Tampoco Juan Francisco Coloane pudo dar certeza de que se encontrara en el archivo familiar. El fragmento publicado por el diario *El Siglo* se encuentra disponible en la página web de Memoria Chilena: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-68970.html>

BIBLIOGRAFÍA

- Blumenau, B. (2011). *The Map of Africa. Lies in Germany: The Two Germanys and their Struggles for Recognition in Africa*. Graduate Institut of International and Development Studies.
- Coloane, F. (2005). Última carta. Editorial Universidad de Santiago.
- . (2004). *Papeles recortados*. LOM Ediciones.
- . (2000). *Memorias. Los pasos del hombre*. Mondadori.
- Deutscher Schriftstellerverband Berlin (ed.) (1965). *Internationales Schriftstellertreffen Berlin und Weimar 14-22 Mai 1965. Protokoll*. Deutscher Schriftstellerverband Berlin.
- Dufner, G. (2012). *Chiles Entwicklung, der Kalte Krieg und politische Experimente: Beziehungen in Politik und Wirtschaft zwischen der Bundesrepublik Deutschland und Chile, 1949 bis 1980* (tesis doctoral). Universidad Libre de Berlín.
- . (2007). *Chile als Bestandteil des revolutionären Weltprozesses. Die Chilepolitik der DDR im Spannungsfeld von außenpolitischen, ökonomischen und ideologischen Interessen 1952-1973* (tesis de magíster). Universidad Humboldt de Berlín.
- Emmerling, I. (2013). *Die DDR und Chile (1960-1989). Aussenpolitik, Aussenhandel und Solidarität*. C. H. Links.
- Fernández Darraz, E. (2016). Francisco Coloane and the diplomatic relations between Chile and the German Democratic Republic. *Universum*, 31(2), 47-62.
- Gray, W. G. (2003). *Germany's cold war. The global campaign to isolate East Germany, 1949-1969*. University of North Carolina Press.
- Hofmeister, W. (1998). Alemania y América Latina: ¿Relaciones sin emociones? *Estudios Internacionales*, 31(121-122), 55-71.
- Kaufman, E. (1976). La política exterior de la Unidad Popular Chilena. *Foro Internacional*, 17(2), 244-274.
- Kilian, W. (2001). *Die Hallstein-Doktrin. Der diplomatische Krieg zwischen der BRD und der DDR 1955-1973: aus den Akten der beiden deutschen Aussenministerien*. Duncker & Humblot.
- Krämer, R. (2011). De una diplomacia desaparecida. La política exterior de la República Democrática Alemana y sus relaciones con América Latina. *Estudios Internacionales*, 28(110), 174-197.

- Mählert, U. (2010). *Kleine Geschichte der DDR*. C. H. Beck.
- Möbus, K. (2005). Die DDR und Chile Entdecken sich. En G. Schramm (ed.), *Flucht vor der Junta. Die DDR und der 11. September* (pp. 33-45). Edition Ost.
- Pedemonte, R. (2010). La «diplomacia cultural» soviética en Chile (1964-1973). *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 9(1), 57-100.
- Quezada, G. (1983). Política exterior chilena, 1958-1973: un análisis comparativo de flujos. *Revista de Ciencia Política*, 5(1), 48-76.
- Rebmann, L. (2010). La política alemana de cooperación para el desarrollo en la época de la doctrina Hallstein y su incidencia en las relaciones con Brasil. *Ciclos*, 9(37-38), 137-160.
- Schidlowsky, D. (2008). *Neruda y su tiempo: 1950-1973*. RIL Editores.
- Schöllgen, G. (2013). *Deutsche Außenpolitik*. C. H. Beck.
- Vidal, V. (1991). *Testimonios de Francisco Coloane*. Editorial Universitaria.
- Werz, N. (2011). Hinter der Mauer - Lateinamerika in der DDR. En D. Brunner y M. Niemann (eds.), *Die DDR - eine deutsche Geschichte. Wirkung und Wahrnehmung* (pp. 445-464). Schöningh.

Material de archivo

- Bundesarchiv: Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED. BArch, DY/30/IV A2/9.07.
- Bundesarchiv: Internationale Verbindungen. BArch, DY/30/IV A2/20 726.
- Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1960-1975.

Prensa

- Afirma Elías Figueroa: La RDA es un país muy hospitalario (5 de octubre de 1967). *El Siglo*, p. 10.
- Anerkennungsruf auch aus Chile (22 de julio de 1969). *Neues Deutschland*, p. 7.
- Coloane anuncia libro sobre Alemania (27 de septiembre de 1966). *El Siglo*, p. 7.
- Coloane über DDR (2 de agosto de 1965). *Berliner Zeitung*, p. 2.
- Coloane, F. (19 de febrero de 1972). Das Nachtlager in der Pampa. Erzählung von Francisco Coloane. *Neue Zeit*, p. 8.
- . (8 de octubre de 1967). Nuevo Brandeburgo y los mitos germánicos. *El Siglo*, p. 9.

- . (6 de julio de 1966). Recuerdo al ITUCH. *Última Hora*, p. 14.
- . (3 de julio de 1966). El camino alemán al socialismo. *El Siglo*, p. 7.
- . (27 de junio de 1966). Primeras horas en Berlín. *Última Hora*, p. 5.
- . (15 de mayo de 1966). Conferencia: Alemanes en Chile. *El Siglo*, p. 5.
- Die Macht des humanistischen Wortes (20 de mayo de 1965). *Berliner Zeitung*, p. 3.
- Diputados chilenos en la RDA (3 de noviembre de 1966). *El Siglo*, p. 11.
- Francisco Coloane (3 de julio de 1966). *Neues Deutschland*, p. 10.
- Francisco Coloane in der DDR (16 de junio de 1966). *Neues Deutschland*, p. 5.
- Gómez, A. (26 de junio de 2000). Francisco Coloane adelanta sus memorias. *La Tercera*. <http://www.letras.mysite.com/coloane2.htm>
- Hoy debuta la Orquesta Bach de la RDA (22 de julio de 1966). *El Siglo*, p. 10.
- Hoy se inician festejos del XVIII Aniversario de la RDA (2 de octubre de 1967). *El Siglo*, p. 4.
- Im Deutschen Nationaltheater Weimar ergriffen anlässlich des Internationalen Schriftstellerstreffens folgende Persönlichkeiten das Wort (20 de mayo de 1965). *Berliner Zeitung*, p. 3.
- Jóvenes alemanes entregan instrumental médico a Población «22 de Julio» (7 de febrero de 1966). *El Siglo*, p. 5.
- La amistad es el espíritu de la ciencia, dice la RDA (6 de octubre de 1966). *El Siglo*, p. 7.
- «Los Cóndores» triunfaron en la RDA (13 de noviembre de 1966). *El Siglo*, p. 22.
- Pianista Óscar Gacitúa en la RDA (31 de enero de 1967). *El Siglo*, p. 9.
- Pueblos de Chile y RDA se dan la mano a través de su Instituto Cultural (5 de octubre de 1967). *El Siglo*, p. 4.
- Santiago (10 de octubre de 1964). *Neues Deutschland*, p. 5.
- Silvia Infantas y los Cóndores en la Feria de Leipzig (22 de marzo de 1966). *El Siglo*, p. 8.
- Ruf von Weimar dramatisch aktuell (25 de noviembre de 1965). *Neues Deutschland*, p. 4.
- Weltweit: Der Ruf aus Weimar (26 de mayo de 1965). *Berliner Zeitung*, p. 6.
- «Wer zählt die Völker...» (20 de mayo de 1965). *Neue Zeit*, p. 1.

Otras fuentes

<http://www.letras.mysite.com>

<http://www.memoriachilena.gob.cl>

SOCIALISTAS EN EL SOCIALISMO, EN EL CONTEXTO GENERAL DE LAS RELACIONES ENTRE CHILE Y LA RDA EN LOS AÑOS SESENTA¹

Dr. Javier Pinedo Castro²

Introducción

En el presente artículo, expongo el contexto de las relaciones entre la RDA y Chile en los años sesenta desde una mirada histórica y personal. Es un trabajo que está más acá de la teoría política o las ciencias sociales, pues se trata de una crónica basada en reflexiones personales, aunque no alejadas del contexto que analizan. Me propongo explorar las relaciones políticas y culturales que se establecieron entre dos países alejados geográfica y políticamente, y que, sin embargo, se encontraron en la búsqueda de un futuro alternativo que concluyó con el fin de ambos proyectos: en un caso, el de la RDA, en medio de los aplausos de los disidentes que celebraban la caída del Muro de Berlín (1961-1989), y en el otro, en Chile, con un drama marcado por la represión y la muerte impuesta por una dictadura militar neoliberal.

¹ Artículo escrito en el marco del proyecto de investigación Fondecyt n.º 1150762, *Los años 60 en Chile: representaciones conceptuales y simbólicas de una década, sus debates intelectuales y la función de la literatura en una sociedad en transición*

² Fue docente e investigador del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina de la Universidad de Talca.

La imagen de lo alemán en Chile

Chile es un país con una cultura social proalemana, notoria en la influencia de los inmigrantes germanos de mediados del siglo XIX, que caló hondo en muchos ámbitos de la sociedad chilena.³

Otra afirmación de lo germano ocurrió después del triunfo en la guerra del Pacífico (1879), cuando el Ejército fue modernizado siguiendo el modelo militar prusiano, para lo cual se contrató al coronel Emilio Körner. Hasta hoy el Ejército chileno utiliza el uniforme prusiano y el casco de punta para desfilas al son de la «Marcha de los Nibelungos» o la «Radetzky», como si fueran propias. Todavía habría que mencionar la influencia de las ideas del socialismo alemán entre los intelectuales chilenos de finales del siglo XIX (Escobar, 2015).

Esta admiración se mantuvo más tarde, esta vez dirigida a los profesores alemanes que contribuyeron a desarrollar el Instituto Pedagógico, fundado en 1889. Entre ellos destacaron: Jorge Enrique Schneider (filosofía), Juan Steffen (historia y geografía), Federico Hanssen (filología), Reinaldo von Lienthal (matemáticas), Federico Johow (ciencias naturales), Federico Albert (ciencias naturales), Rodolfo Lenz (gramática). Sin embargo, la presencia de estos profesores también produjo rechazo, como en el irónico libro de Eduardo de la Barra, *El embrujo alemán* (1899), en el que criticaba la llegada masiva de esos educadores, algunos de los cuales enseñaban asignaturas en las que no eran competentes.

El ciudadano alemán en Chile ha sido lo que el italiano en la Argentina o el chino en Perú, y su presencia es evidente en la industria, el comercio, el ejército, la educación y la política. Pero, probablemente, la mayor admiración surgió al ver cómo la devastada Alemania de la posguerra transformaba ruinas en florecientes ciudades a través de lo que se denominó el «milagro económico alemán», tanto así que, apenas diez años después de concluida la guerra, el Estado chileno le pedía dinero para salir de la pobreza.

³ La inmigración alemana en Chile, fomentada a mediados del siglo XIX por la ley de inmigración promulgada por el gobierno de Manuel Montt y por los esfuerzos de su cónsul general en Hamburgo, Vicente Pérez Rosales, trajo, a partir de 1845, a cientos de familias alemanas a las actuales regiones de Los Ríos y Los Lagos, en el sur del país. En 1850, llegó al puerto de Corral, en Valdivia, el velero Hermann, procedente de Hamburgo con ochenta y cinco pasajeros dirigidos por Carlos Anwandter. No fue el primer ni el último barco: entre finales de los cuarenta y la década del ochenta llegaron casi diez mil colonos. En muchas de las ciudades del sur de Chile se hizo notoria la presencia de casas que anunciaban la existencia de un *Deutscher Verein* (club alemán). Además de la arquitectura, la influencia alemana se dejó sentir en los deportes y la economía, marcando el paisaje humano, primero en esas regiones y luego en el resto del país.

Chile en los sesenta: contexto histórico y político

Durante esta década, reina en Chile un clima político efervescente, marcado por la idea de que «todo tiene que cambiar», con un pueblo más empoderado y estudiantes que exigen una reforma universitaria que actualice las antiguas estructuras docentes y la generación de autoridades, y medidas como entregar la tierra al que la trabaja y nacionalizar las grandes empresas cu-príferas (en manos de capitales norteamericanos), que llevaron a crear un fuerte optimismo en el país a pesar de los conflictos internos que suponían estos cambios.

Se trata de un contexto nacional al interior de una América Latina igualmente convulsa, que intentaba realizar cambios radicales a través de acciones armadas. Chile, junto con Cuba, fueron los dos países latinoamericanos que llevaron más lejos el intento de constituir una sociedad socialista: Cuba por la vía revolucionaria, con éxito; Chile por la vía legal, sin lograrlo, por medio de la «vía chilena al socialismo», organizada a través de un programa marcado por su signo revolucionario, democrático, latinoamericanista y tercermundista —la Unidad Popular (UP)—, que alcanzó un impacto universal, dejando su marca no solo en el pueblo chileno sino también entre las clases populares de otras naciones del mundo. La prensa internacional observó con enorme interés lo que sucedía en Chile entre 1970 y 1973, intrigada por saber si ese experimento social podría tener éxito.

Un conjunto de hechos sociales y culturales marcaron también la década de los sesenta en Chile: entre otros, las reformas económicas propuestas por la CEPAL desde 1948; las opiniones de economistas como Jorge Ahumada y Aníbal Pinto, quienes proponían cambios estructurales para modernizar el Estado y la economía y derrotar el subdesarrollo; y los movimientos populares que recorrían el país y que llevaron a la fundación del Partido Demócrata Cristiano (1948) y del Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP, 1957), y más tarde a la propia Unidad Popular (1970-1973).

El proceso político chileno vino acompañado de un contexto cultural igualmente revolucionario, basado en la creencia de que se debía recurrir a la cultura popular y de masas para apoyar los cambios sociales. En un mundo de transiciones, la generación de escritores que rondó esta década en Chile, antes y después de Mayo del 68 (Antonio Skármeta, Jorge Edwards, Luis Oyarzún, Jorge Millas, Nicanor Parra, Enrique Lihn, Mauricio Wacquez, José Donoso, entre otros), se vio involucrada en los conflictos propios de intentar

un cambio social y, más tarde, en la caída y fracaso de ese proyecto por la instalación de una férrea dictadura que apostaba por una identidad militar permanente para el país.

El cine y la literatura se concibieron como instrumentos de compromiso y denuncia de una realidad que mostraba la pobreza y el abandono social. Hablamos de las películas de la época,⁴ así como de las novelas de la generación del 38 y de autores como Nicomedes Guzmán y Fernando Alegría, e incluso más tarde algunas de Jorge Edwards y José Donoso, que muestran la derrota y la enajenación de los miembros de las clases altas en convivencia con la pobreza del conventillo.

La música asumió un rol «comprometido» con los cambios sociales. En «Yo canto la diferencia»,⁵ Violeta Parra menciona las injusticias que se arrastraban desde comienzos de siglo. Quizás de modo más radical, las obras de Quilapayún, Víctor Jara, Inti-Illimani y muchos otros artistas, apostaron por las reformas y el surgimiento de nuevos sujetos sociales en una tendencia que iba de la derecha al centro y a la izquierda.

Esas rebeldías y esa necesidad de reformas se aglutinaron en la creación de un conglomerado de partidos de centroizquierda, liderado por Salvador Allende, que se denominó Unidad Popular y que incluía al Partido Radical, el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Movimiento de Acción Popular Unitario, el Partido de Izquierda Radical y la Acción Popular Independiente, incorporándose más tarde la Izquierda Cristiana y el MAPU Obrero Campesino, ambos derivados de la Democracia Cristiana.

Las relaciones entre la República de Chile y la República Democrática Alemana

Con la Unidad Popular, e incluso desde antes, con el gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970),⁶ Chile puso en práctica reformas sociales con un reconocido valor político internacional, pues se pensaba que aquí se podrían realizar cambios encaminados a superar el subdesarrollo por la vía democrática, opuesta a la Revolución cubana, y así

4 Por ejemplo, obras de cine como *Largo viaje* (Patricio Kaulen, 1967), *Deja que los perros ladren* (Naum Kramarenko, 1961) y *El Chacal de Nahueltoro* (Miguel Littin, 1969).

5 Canción compuesta en 1960 con motivo de la conmemoración del 150.º aniversario de la Independencia de Chile.

6 La historia de las relaciones entre Chile y Alemania en el periodo anterior a la UP ha sido bien establecida por Iván Witker (2007) e Inga Emmerling (2013).

superar el fracaso del «No pasarán» de la República española en 1939, reemplazándolo por el «Venceremos» del socialismo chileno. Es decir, hablamos de la creación de una nueva versión del socialismo.

Las relaciones entre Chile y la RDA habían comenzado en el gobierno de Eduardo Frei, con sus políticas reformistas, que incluyeron avances en la reforma agraria, la chilenización (y posterior nacionalización) del cobre —propiedad de las empresas norteamericanas— y el inicio de contactos diplomáticos y comerciales con países socialistas, entre los cuales se contaban la antigua Yugoslavia y la URSS.

Por su lado, la RDA necesitaba nuevas relaciones internacionales para romper su aislamiento comercial y político, y superar las prohibiciones impuestas por la RFA, lo que dificultaba las relaciones entre Chile y Berlín Oriental.

En este contexto, la RDA creó los «Centros de amistad», a los que se invitaba a políticos, funcionarios de gobierno, artistas, intelectuales y a simpatizantes del Partido Comunista o de la izquierda en general —y aun de la Democracia Cristiana—. Estos centros eran coordinados desde Berlín del Este por la Sociedad de Amistad de los Pueblos y la Sociedad Alemania-América. Es en el marco de estas estrategias para establecer relaciones de amistad entre connotadas figuras intelectuales que se comprende el viaje a Alemania de Francisco Coloane, quien permaneció entre el 27 de junio y el 1 de septiembre de 1966 en Berlín Oriental. Un escritor chileno, militante comunista y de gran renombre en Chile por su forma épica de narrar aventuras en el extremo sur del mundo. El motivo del viaje era registrar las ventajas del socialismo para, a su regreso, transmitir a sus compatriotas lo que había visto en crónicas dirigidas a un lector particular para reafirmarlo en sus convicciones políticas.

Siguiendo a Iván Witker (2007), en mayo de 1960 se creó en Santiago el Centro de Información de Chile con la Alemania Democrática, así como el Instituto Alemán Democrático de Cultura, con programas culturales similares al Instituto Goethe, pero con claros contenido antifascistas y antimilitaristas, difundidos a través de películas, exposiciones fotográficas y conferencias.⁷ Chile recibe una gran cantidad de películas y reportajes sobre el fascismo, la guerra y la dictadura nazi, que son exhibidos en festivales y centros universitarios, e incluso en las plazas públicas, fomentando lo que Norbert Lechner (1991) denominó «inflación ideológica».

7 El Goethe Institut fue fundado en Santiago por la RFA en 1952.

Estas exposiciones, además de sus denuncias políticas, presentaban a grandes figuras de la cultura mundial como Pablo Picasso, Paul Éluard, Jean-Paul Sartre, John Reed, Italo Calvino, Cesare Pavese, Bertolt Brecht, Luis Buñuel, entre otras, quienes expresaban su esperanza de construir un modelo alternativo al capitalismo. Las ideas llegaron bien abonadas a Chile, conmoviendo a escritores e intelectuales, quienes asumieron el proyecto de eliminar la pobreza y democratizar la sociedad.

Durante el gobierno de Frei, las relaciones entre ambos países se vieron incrementadas por un mayor intercambio económico, pasando las exportaciones alemanas a Chile de medio millón a veintidós millones de marcos alemanes, en tanto que las ventas chilenas alcanzaron los ocho millones de marcos. Además, se firmaron convenios comerciales entre empresarios privados chilenos y empresas estatales alemanas (*Kombinat*, en el bloque socialista) para el refinamiento de cobre blíster, materia prima muy necesaria para la RDA, pues el suministro ruso no le era suficiente (Emmerling, 2013).

Sin embargo, y a pesar de los avances, el establecimiento de relaciones diplomáticas con la RDA no se concretó, debido a la fuerte presión ejercida sobre la Democracia Cristiana chilena por la RFA, que se oponía al reconocimiento de la RDA como un Estado independiente. Esto solo se lograría después del triunfo de Salvador Allende en marzo de 1971.

Con Allende en el poder, la Unidad Popular debió elegir entre dos modelos de socialismo: el soviético (más duro y eficiente) y el cubano (más cercano al carácter chileno, pero débil en lo económico), lo que llevó a cierta división en la izquierda. Pero el socialismo alemán debió de ser bien evaluado, y por razones evidentes: la RDA ofrecía gran estabilidad, mayores avances económicos, técnicos y universitarios, y mejor reconocimiento internacional. Y, aunque la Unión Soviética fue llamada la «hermana mayor» por el presidente Allende, la RDA era percibida como un pariente más cercano y eficiente para lograr la adquisición de maquinaria y la asesoría industrial necesaria a cambio de materias primas.

A su vez, los alemanes reconocieron el esfuerzo de la izquierda chilena y las figuras de Salvador Allende y Pablo Neruda, pero también de Luis Corbalán, Gladys Marín y todos aquellos que representaban la evolución política bajo un programa para alcanzar el socialismo por etapas y estableciendo alianzas con sectores de la burguesía progresista.

Iván Witker (2007) menciona la Sociedad de Amistad Chile-RDA, dirigida desde fines de los años cincuenta por el socialista Osvaldo Puccio Giesen, secretario particular de Allende («La vida de los chilenos en la RDA...», 2009). Sobre la base del éxito de esta sociedad, la RDA abrió más tarde una oficina comercial en Santiago, dirigida por Harry Spindler, quien luego se transformó en embajador al establecer ambos países relaciones diplomáticas. La RDA vio una oportunidad favorable para su inserción en América Latina a través de Chile. En este contexto, el politburó del Partido Socialista Unificado de Alemania —*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (SED)—, apenas una semana después de asumir Allende el poder, envió a Santiago a dos altos representantes, Otto Gosche y Kurt Seibt (este último, presidente del Comité de Solidaridad Internacional), quienes además aprovecharon para extender sus visitas a Bolivia, Perú y Colombia.

Hay que pensar que, en 1969, un año antes del ascenso de Allende al poder, Willy Brandt (canciller entre 1969 y 1974) había hecho lo propio en la RFA, con lo cual esta, siguiendo la llamada *Ostpolitik*, se fue abriendo a la RDA y a la URSS, y aceptó la posición chilena de abrir una embajada en Berlín Oriental, consolidando así en el panorama internacional a la RDA, que en 1973 fue reconocida por las Naciones Unidas con el apoyo decidido de Chile.

Según Iván Witker (2007), lo anterior se explica, además de las razones político-estratégicas, por la influencia personal de algunos dirigentes socialistas chilenos, como el canciller Clodomiro Almeyda, cuyo padre era un convencido germanófilo que había realizado sus estudios universitarios en la Universidad de Dresde y cuyo pensamiento influyó en la idea de tomar a la RDA como un modelo para el socialismo chileno.

La visita del canciller de Allende, Clodomiro Almeyda, a mediados de 1971 a Berlín Oriental fue vista por sus anfitriones como el mayor de los halagos. Durante su estadía, Almeyda les aseguró el resuelto apoyo chileno al ingreso de la RDA a la ONU y a la Organización Mundial de la Salud (cuya postulación la diplomacia germanooriental había formalizado con semanas de antelación a la visita). Inmediatamente después del viaje del canciller viajaron a diversas ciudades de la RDA el conjunto folklórico Quilapayún y Víctor Jara, cuyas multitudinarias presentaciones se convirtieron en verdaderos hitos culturales —especialmente para las generaciones más jóvenes— que oxigenaron y ventilaron la hasta ese momento lúgubre atmósfera cultural de la RDA (Witker, 2007, p. 248).

El 16 de marzo de 1971, Allende firmó el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Chile y la RDA. Y, ese año, el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, fue recibido por Eric Honecker con la dignidad de un jefe de Estado.

A su vez, desde la Embajada alemana oriental en Santiago de Chile, en 1972 se abrieron otras en Uruguay y Perú, y al año siguiente en Costa Rica, Colombia, México, Argentina, Ecuador, Bolivia y Brasil, para cerrar con Panamá, Nicaragua, Jamaica y Granada, todo lo cual fue considerado un éxito absoluto. Por razones económicas más que ideológicas, América Latina fue la plataforma desde la cual la RDA se abrió al mundo. Según Witker (2007), en 1980 la RDA llegó a tener ciento veintitrés embajadas y, al año siguiente, Honecker fue invitado a Japón, ampliando aún más su esfera de influencia. A partir de entonces, Honecker recibe en Ostberlin a los principales mandatarios del mundo, e incluso intentó establecer convenios comerciales con los Estados Unidos

La temprana iniciativa chilena resultó muy importante y siempre fue reconocida por los dirigentes de Berlín Este, pues la RDA había vivido aislada del mundo no socialista prácticamente desde su fundación el 7 de octubre de 1949, y así se mantuvo por lo menos hasta finales de los setenta, fuera de las Naciones Unidas y sin el reconocimiento de los principales países del mundo, lo que influía en su bajo intercambio con el exterior y una gran dependencia de Moscú, sufriendo así las contradicciones de la Guerra Fría.

En las calles y universidades de Santiago, se decía que los mejores líderes de la izquierda, y particularmente los jóvenes del Partido Comunista, eran enviados a Berlín para perfeccionar sus conocimientos de marxismo, ciudad donde tal vez vieron también un modelo sobre lo que no se debía hacer: una sociedad demasiado controlada que marginaba a la juventud por la ausencia de una cultura atractiva para la población.⁸ A partir de este diagnóstico, que se intentará aplicar en el Chile de la Unidad Popular, se fundarán y publicarán revistas dirigidas a los jóvenes de clase media.

8 Ernesto Ottone (2015), líder de las Juventudes Comunistas, confirma esta opinión: «La Jota era una organización enorme, imposible de comparar con los estándares de hoy, capaz de llenar el Estadio Nacional. Poseía una escuela nacional de cuadros en las afueras de Santiago y varias escuelas regionales, un sello de discos y más de una pequeña empresa. Los mejores alumnos proseguían estudios en la DRA y en la URSS» (p. 52).

Para comprender la estrecha relación que unió a la izquierda chilena y a la RDA, cabe señalar que en octubre de 1989 (a un mes de la caída del Muro de Berlín), en la celebración del 40.º aniversario de la RDA, estuvieron presentes Volodia Teitelboim, Clodomiro Almeyda y Luis Corvalán, y, más aún, cabe recordar el largo drama que significó el final de la vida de Honecker: su viaje a Moscú, su acogida en la Embajada chilena, las presiones de la RFA y de la propia Unión Soviética (con Mijaíl Gorbachov en el poder) para que fuera entregado a la justicia alemana, que ponen al gobierno chileno presidido por Patricio Aylwin en una situación incómoda que se resuelve con la entrega final de Honecker a Bonn, su prisión por unos meses en la cárcel de Berlín-Moabit, donde, abandonado de todos, es visitado por Gladys Marín, secretaria chilena de las Juventudes Comunistas, y finalmente su viaje a Chile, donde muere el 29 de mayo de 1994, acompañado por los dirigentes del socialismo chileno y por su esposa Margot.

¿Quién habría pensado que sería en Chile, un lejano país al sur del mundo, donde terminarían sus vidas el líder máximo de la RDA y de su esposa, exministra de Educación Popular? Como sea, esta estrecha relación aún se puede rastrear en las personalidades chilenas, como Allende, Pablo Neruda y Luis Corvalán, que aparecen en los sellos postales de circulación internacional de la RDA.

Figura 1. Sellos postales internacionales de la RDA con los rostros de Luis Corvalán, Salvador Allende y Pablo Neruda



Vida y esperanzas en la RDA vistas por un partidario

Erhard Crome (2003), un joven testigo presencial por su condición de berlinés oriental, nos cuenta que el verano de 1973 (entre el 28 de julio y el 5 de agosto), justo antes del golpe militar, se celebró en Berlín el X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, que contó con la asistencia de jóvenes europeos, vietnamitas, africanos, árabes y latinoamericanos de ciento cuarenta países, acompañados por líderes como Ángela Davis, todos quienes cantaron el «Venceremos» de Inti-Illimani y otras canciones de Isabel Parra y Quilapayún. Jóvenes alegres convencidos de que, en una ciudad como Berlín Oriental, era posible pensar en un mundo más justo. El festival se concibió como una respuesta a la barbarie nazi y a la destrucción de la guerra. Se intentaba construir un mundo global, pero de un modo integrado e igualitario. Una globalización con principios sociales y no solo financieros.

El X Festival Mundial de la Juventud se convirtió en una variante de izquierda del festival de Woodstock (Nueva York, 15-18 de agosto de 1969), pero solidario, sin drogas ni violencia, y que transforma al Ostberlin en un espacio colorido y multitudinario. Se demostraba así, de un modo casi científico, que la historia tenía una dirección y que era posible derrotar la guerra y la muerte, pues las masas de jóvenes en las calles no constituían un problema sino un triunfo. La Alexanderplatz se transformó en un lugar multicultural, alegre, joven, en el que la música chilena llenaba el aire berlinés: la mejor época de Honecker y de la RDA.

Y, sin embargo, ese mundo, por razones internas y externas, no logró sobrevivir, transformando la vida de los que creyeron en él en un drama. En el caso de Chile, el drama del golpe militar queda expresado en la opinión de un testigo de la época:

Para Chile, la derrota de la Unidad Popular es la frontera entre dos épocas, marca el fin de una larga etapa histórica y el crítico inicio de una nueva. El 11 de septiembre de 1973 y sus consecuencias significaron la ruptura definitiva de un modo de procesar el conflicto social, su reconstitución en un escenario diverso y nuevas formas de expresión de dicho conflicto y de acción política para enfrentarlo. Aunque la herencia histórica de décadas mantendrá sobrevivientes ideas, memorias, comportamientos y organizaciones políticas similares al pasado, lentamente surgirán nuevos perfiles de acción imposibles de diseñar por completo o de describir por anticipado. En todo caso,

los hechos del 11 de septiembre, sus prolegómenos y sus secuelas, habrán de influir en los rasgos del futuro como muy pocos en la historia moderna del país (Arrate, 1985).

El proyecto socialista

Nadie pensó que sería fácil levantar un modelo social radicalmente nuevo, incluso después de la Comuna de París, la Primera Guerra de 1914 y la Revolución rusa de 1917, que abrieron nuevos espacios para los trabajadores y fecundaron ideas inéditas sobre la sociedad, llenando de esperanzas a grupos de intelectuales y líderes políticos, incluso en las periferias.

A pesar de las dificultades y los horrores, los siglos XIX y XX pasarán a la historia también como las épocas que platearon un programa para la creación de un sistema teórico que permitiera implementar la nueva sociedad humana del futuro.

En este contexto, se produjo el esperanzado encuentro del Chile socialista con la RDA. Desde Berlín oriental se observaba a la lejana república del sur con el optimismo de un experimento nuevo que podría evitar la crisis de los partidos comunistas europeos de los años setenta (el llamado «eurocomunismo»), siendo Chile considerado un país de gran madurez política y democrática que representaba una esperanza al interior de la izquierda mundial.

A su vez, desde Chile, visitar el Berlín Oriental era una fase superior de la política de izquierda, y aunque no se percibieran los complejos problemas económicos, ideológicos y culturales que los dirigentes del Este debían resolver en el contexto de la Guerra Fría, estar allí aseguraba una visión de la política mundial difícil de alcanzar desde el lejano Chile.

El lema nacional de la RDA (*Proletarier aller Länder, vereinigt euch!*, «Proletarios de todos los países, uníos»), que transformaba complejas teorías económicas y filosóficas en consignas fáciles de retener (que el viejo Marx aprendió leyendo las máximas epigramáticas de La Rochefoucauld, las que utilizó más tarde como armas de combate), resultaba muy cercano para un comunista de cualquier lugar del mundo y sirvió de trampolín para el acercamiento entre ambos países.

Los partidarios del socialismo pensaban que, más allá de las limitaciones de la libertad o de la escasez de alimentos y bienes, los alemanes del Este habían logrado construir un país sin clases sociales —ciudadanos no dominados por el dinero del capital financiero— y, sobre todo, habían construido

un Estado de paz en un lugar donde los nazis habían provocado una guerra de características nunca antes vistas por la magnitud de las víctimas.

No era poco, y en esa ciudad gris y triste, aniquilada por los bombardeos como ninguna otra en la historia, renacía una esperanza que a muchos les costaba creer. Era el encuentro de dos esperanzas: la chilena y la alemana democrática.

La pregunta fundamental de una parte del siglo xx fue qué entender por «sistema socialista».⁹ Contestar esta pregunta y transformar la respuesta en práctica social fue la principal grandeza de los socialistas, en el intento de definir un modelo de sociedad que nadie conocía ni podía comprender de manera real, pues, más allá de ciertas doctrinas expresadas en libros y utopías, nunca nadie supo lo que era el socialismo como experiencia social y económica real y cotidiana. Era una apuesta que involucraba un esfuerzo de imaginación política y de trabajo social con el que enraizar ciertas ideas previas, y un esfuerzo por pensar el mundo desde la propia sociedad humana.

Un mundo no de competencia, sino de colaboración entre los ciudadanos que, en la experiencia diaria, se llenó de nuevas preguntas y respuestas sociales no imaginadas por filósofo alguno. Pues, ¿a qué experiencia recurrir para determinar cómo podría funcionar un país sin Estado ni propiedad privada? Y especialmente en un territorio rodeado de grandes potencias con enormes Estados y gigantescas propiedades individuales.¹⁰

Se podría realizar todo eso y nadie sabría todavía si eso era el socialismo o si faltaba algo, y nadie podría saber qué paso dar al día siguiente para alcanzar aquel modelo ideal: ¿mayor o menor vigilancia social para mantener el control ciudadano?, ¿más o menos militarización para defenderse de los vecinos?, ¿más agricultura o más industria?, ¿qué modelo educativo, para asegurar una formación laica, científica y solidaria?

9 El propio Max Weber, en su conferencia «El socialismo», dictada en Viena en 1918, no logra imaginar la sociedad socialista más allá de que esta deberá recurrir a la «ley marcial en aquellas ocasiones en que estaban en peligro los fundamentos de su disciplina», aunque afirma que el capitalismo y la explotación del hombre por el hombre desaparecerán alguna vez.

10 En la versión latinoamericana, una persona socialista se concibe como aquella que trabaja por los demás y los demás por ella. Así lo vio el Che Guevara en su libro *El hombre nuevo*, como un ideal con fuerte contenido cristiano. Hemos visto afiches públicos en Cuba que asocian la revolución con la solidaridad, la entrega y la preocupación por los demás; es decir, como una moral, una creencia y una conducta social, argumento que se refuerza por la gran presencia de sacerdotes católicos en la revolución. Nada de esto está en el proyecto de Marx, a quien probablemente muy pocos socialistas habían leído.

Lo único claro era la necesidad de poseer un modelo que permitiera responder a los agresivos éxitos económicos y tecnológicos del capitalismo que brillaba al otro lado del Muro, apenas algunos metros más allá del Checkpoint Charlie.

Si seguimos las crónicas de Coloane y otros testigos, los chilenos que viajaron a Berlín antes del golpe militar de 1973 debieron de encontrar lo que siempre habían buscado: una sociedad más justa y más racional. Una imagen feliz y positiva de una idea hecha realidad, un sueño puesto en práctica: algo que había sucedido muy pocas veces en la historia. Una *civitas Dei* laica, democrática y popular, pero real. Por fin, una *civitas hominis*.

En el contexto de una utopía alcanzada, muchos pensaban que algún tipo de dolorosa dictadura resultaba necesaria para evitar la improvisación y el caos, y por eso resultaba tan importante conocer la experiencia socialista «real» de los países que ya habían vivido esas dificultades. Por eso era tan relevante viajar y observar lo que sucedía en la URSS, en Cuba o en Alemania Oriental. Porque allí se podía ver la «práctica socialista» real en lo positivo y en lo negativo, y, si algunos se preguntaban el porqué de la existencia de la dictadura o si el proyecto socialista necesariamente tendría que llevar a una dictadura en la que todo estaba prohibido, las respuestas estaban en las sociedades reales.

El concepto de «dictadura del proletariado» siempre estuvo presente en el pensamiento de los fundadores del comunismo como un período de transición entre el capitalismo y el comunismo definitivo (Marx, 1875): una dictadura que anulara la etapa burguesa anterior, puesto que, para salvar el futuro de la humanidad, era necesario derrumbar las instituciones del pasado e incluso someter a ciudadanos. Tal vez ni Marx ni Engels ni el propio Lenin valoraron nunca la democracia sino como un mundo de explotación y muerte, y esa creencia llevó a imponer restricciones a los ciudadanos que condujeron a un organismo como la Stasi,¹¹ el que, de manera muy eficiente, se encargaba de saber y perseguir a todos quienes se movieran en una dirección contraria a la del partido, incluidos proletarios que preferían la explotación capitalista a la igualdad socialista.

11 Ministerium für Staatssicherheit (Ministerio para la Seguridad del Estado). Creado en febrero de 1950, rigió con poder omnímodo hasta el fin de la RDA, vigilando las opiniones políticas de los ciudadanos, pero también el modo de vida, los gustos artísticos y literarios; es decir, fue un organismo orientado a inmiscuirse en la «guerra fría cultural».

¿Socialismo = totalitarismo?

Desde la revolución de octubre de 1917 y con la llegada de los sóviets al poder, el comunismo se asoció con prácticas antidemocráticas, una imagen que se extendió hasta la caída del Muro de Berlín en 1989 y de la URSS dos años más tarde.

Para algunos, el concepto de socialismo, unido a una política militar basada en la dictadura del proletariado, se debió aplicar en la Europa del Este por las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, el miedo a las potencias europeas y los Estados Unidos, los problemas económicos, el temor a la disidencia y, más tarde, los terribles ejemplos de China, Cuba, Bulgaria y Corea del Norte.

En la práctica, como hemos dicho, se sabían muy pocas verdades históricamente probadas; apenas que un fantasma recorría Europa. Pero un fantasma poderoso y vivo para los pobres a los que protegía. Un fantasma que construiría países de iguales sin Estado, sin ejércitos y sin propiedad privada de los medios de producción.

Junto con el Muro cayeron muchas de las utopías que la humanidad había pensado para el siglo xx y XXI, pero este dejó también muchas preguntas sin respuesta: ¿Marx = Stasi? ¿Mundo popular = dictadura? ¿Socialismo = fin de las libertades individuales?

En la práctica cotidiana, se debían solucionar los problemas inherentes a los conflictos de las clases sociales (que se suponían eliminadas), así como a la libertad de prensa, la entretención y la enseñanza. Buscar soluciones a cierto evidente malestar popular, al aislamiento político y geográfico, resistir los embates velados de los poderosos Estados Unidos, y la aceptación de la URSS como protectora y guía universal, y la imposición de su «dictadura del proletariado».

Fueron tareas complejas nunca antes intentadas en la historia, en las que era fácil fracasar bajo la mirada suspicaz de la RFA, con sus éxitos innegables. Pero también bajo la mirada de URSS, igualmente escéptica de que la RDA pudiera estar a la altura de los sacrificios que exigían los tiempos. Es decir, tener que aceptar la terrible lección impuesta por la lógica de la modernidad noratlántica: lo importante no era tener razón, lo importante era vencer en el contexto de la Guerra Fría.¹²

12 La RFA no solo presionaba, sino que la RDA tenía fundadas sospechas de que muchos altos cargos políticos, particularmente en el sistema judicial, habían acogido a antiguos nazis a quienes mantenían sin problemas al interior de las instituciones.

Los habitantes del Ostberlin sabían que no tenían libertad ni acceso al consumo, aunque sí a la muerte si intentaban escapar. Pero, aun en estas circunstancias, muchos habrían aceptado que era un sacrificio que valía la pena pagar para alcanzar la igualdad, la justicia y la dignidad humana. ¿Acaso la Revolución francesa o la soviética, y las demás liberaciones populares, no habían significado la muerte de ciudadanos desconocidos para la historia?

Todos veían cómo se deterioraban las antiguas casas y edificios cubiertos ahora de césped e incluso con árboles en sus techos y balcones, y puede que pensarán que eso era preferible si permitía utilizar el escaso cemento disponible en la construcción de carreteras y túneles, refugios antibombas y muros divisorios. La rutina de la vida cotidiana permitía, como siempre, olvidar esas contradicciones.¹³

Todos veían el gris que dominaba las ciudades y de qué modo los colores se escapaban cada día de los rostros y las vestimentas. Veían a una juventud que no podía rebelarse y que envejecía tempranamente con sus rostros pálidos, sus ojos azules y sus sueños destruidos antes de comenzar. Pero, de nuevo, era el costo, siempre el costo que se debía pagar, siempre el sacrificio individual y colectivo que a ellos les correspondía para construir una humanidad mejor. Tener que vivir en un mundo absurdo marcado por dos guerras (mal llamadas) mundiales que además de muerte habían producido un nuevo tipo de conflicto llamado Guerra Fría, que los obligaba a optar sin terceras alternativas por una u otra política, para terminar dividiendo el mundo en dos: dos Alemanias, dos Coreas, dos Chinas, dos Europas, dos literaturas, dos formas de pensar, dos futuros, dos seres humanos. La lógica cruel del estar conmigo o contra mí.

Porque el socialismo posterior a la Segunda Guerra se pensó no como una utopía, sino como una opción política y económica real para el mundo del futuro. Imaginar un espacio de paz, solidaridad, fraternidad, sin competencias ni divisiones sociales, después de dos grandes guerras y otras menores pero igualmente sangrientas, que produjeron un cansancio del belicismo en muchas conciencias ilustradas. Eric Hobsbawm (2012) señala

13 Hoy existen múltiples reportajes sobre la vida cotidiana en el Ostberlin de la época y nos sorprende la tranquilidad de la gente que camina por las calles, los edificios limpios, lo mismo que las avenidas y los parques. Algunos soldados en lugares claves, pero no se observa lo tiránico, como no se puede observar ese mismo sentimiento en los reportajes o programas de TV realizados durante la dictadura de Pinochet, como si las dictaduras funcionaran con códigos que solo aquellos a quienes afectan pueden percibir.

justamente al siglo xx como el más mortuorio de todos los siglos y entrega cifras escalofriantes.

Muchos asociaron al capitalismo con imperialismo, militarismo y conflictos de clases; con dominación, ignorancia y fanatismo. Muchos pensaron que ese complejo entramado político, económico y militar solo podría superarse levantando una nueva etapa histórica para la humanidad, llamada «socialista», que incluía un muro vergonzante,¹⁴ mientras el socialismo se pensaba a sí mismo como la verdadera opción para rescatar al pobre y al ofendido en un mundo nuevo que le abría las puertas a la verdadera historia de la humanidad.

Estas creencias —y esperanzas— les permitieron a muchos no ver el Muro que dividía una ciudad, ni el Palacio de las Lágrimas (Tränenpalast) donde las familias berlinesas lloraban al subir al metro en la Friederichstrasse, obligadas a regresar al Westberlin, o lo vieron simplemente como una fatalidad impuesta por una época de terribles contradicciones.

Socialistas chilenos en el socialismo

¿Qué vieron los chilenos socialistas al visitar los países socialistas? En primer lugar, debemos señalar que los viajeros fueron muchos y nos referimos a Pablo Neruda, Nicanor Parra, Luis Oyarzún, Luis Corvalán y Ernesto Ottone, en Rusia y otros países del Este. Muchos de ellos, junto a Francisco Coloane, en la RDA. Gonzalo Rojas en China y Cuba junto a Enrique Lihn y Orlando Millas, y luego la RDA. Y se podría ampliar este abanico a las opiniones de Carlos Cerda y Jorge Edwards sobre el mismo Berlín, pero de los años ochenta y noventa.

La mayoría fueron sinceros al señalar lo positivo y se entusiasmaron con las posibilidades de una nueva sociedad, pero dieron cuenta también de las contradicciones sociales y políticas del socialismo, ya que, mientras que para la RFA los problemas de la posguerra resultaban relativamente sencillos de resolver, pues contaba con el gigantesco aporte económico ofrecido por los Estados Unidos (con el cual debían reconstruir y modernizar, léase,

14 Porque, de la misma manera que era difícil imaginar el socialismo real, era fácil desconfiar del capitalismo real como un sistema que terminaba siempre por perjudicar a las mayorías en sus sueños delirantes de libertad y progreso individual, tal como lo hizo el mismo Goethe en la segunda parte del *Fausto*, cuando este, alucinando y presa de una fiebre «moderna», imagina la construcción de puertos y ciudades, así como viajes con seres fantásticos, que terminarán casi por enloquecer al personaje.

norteamericanizar el país siguiendo un proyecto de éxito económico), los dirigentes del Este se encontraron, en cambio, con dramáticos conflictos al definir lo que se entendía por ciudadano del «pueblo» y organizar un Estado completo (un ejército, una educación, una política, un sistema de salud y de transporte) que protegiera a ese pueblo, resolver la colectivización de la economía y, tal vez lo más difícil, crear una nueva «cultura popular» nacional.

En la versión chilena del socialismo (dirigentes, escritores, cronistas y gente del pueblo, provenientes de un país dominado por una oligarquía siempre insatisfecha de poder político y económico), primaba esta sensación de ir construyendo colectivamente el futuro paso a paso. El himno de la Unidad Popular, titulado «Venceremos», declaraba con fuerza:

Sembraremos la tierra de gloria,
socialista será el porvenir,
todos juntos seremos la historia,
a cumplir, a cumplir, a cumplir.

Un modelo en el que, a partir del control del poder político, se podría socializar la economía y los bienes de producción, siguiendo lo expuesto explícita o implícitamente por Marx y Lenin. Y se podría también crear un sistema educativo nuevo, más científico y con más participación de los estudiantes y más libertad de cátedra. Tal vez. Se podrían democratizar las Fuerzas Armadas y hacerlas respetuosas del pueblo al que representan y obedecen. Incluso, se podrían eliminar por innecesarias en un mundo sin fronteras ni enemigos.

Pablo Neruda recorrió los países socialistas de Europa del Este en diversas ocasiones y sus relaciones siempre fueron cordiales: en mayo de 1951 visitó Moscú, Praga y Berlín. Entre el 5 y el 19 de agosto, participó en el III Festival Mundial de la Juventud en Berlín. Y más tarde, en diciembre de 1952, viajó a la Unión Soviética (Moscú) como jurado del Premio Internacional de la Paz, incrementando las relaciones entre el Chile cultural y socialista, y la URSS, que reconocía las características épicas de su poesía y sus ideas (Valdés, 2005, p. 40).¹⁵

15 A su vez, Pablo Neruda organizó el Congreso Continental de la Cultura, cuya inauguración se realizó en el Teatro Municipal de Santiago el 26 de abril de 1953, con la presencia de Francisco Coloane, Benjamín Subercaseaux, Nicolás Guillén, Enrique Bello, Diego Rivera y Jorge Amado, entre otros.

Neruda fue invitado al Festival de la Juventud organizado en 1953 por la RDA, el que dio origen a redes de apoyo, como la Organización Mundial por la Paz, la Unión Internacional de Estudiantes, la Federación Mundial de Juventudes Democráticas y la Federación Sindical Mundial (Witker, 2007, p. 245).

En su autobiografía, *Confieso que he vivido* (2017), así como en el elogioso libro escrito con Miguel Ángel Asturias, *Comiendo en Hungría* (1969), Neruda celebró la cultura popular de esos países, a veces incluso más allá del sistema político que en ellos imperaba. Neruda se detiene en sus viajes a la India y China (1951), y por supuesto en diversas oportunidades a Moscú, en los que, junto a los elogios, no evita algunos comentarios críticos («porque era la época en Rusia de las acusaciones de cosmopolitismo»), en ocasiones más cercano a las ironías de Ilya Ehrenburg que a la política oficial. Igualmente, en la China de Mao no deja de exponer sus críticas:

Mi impresión dominante ha sido la de contemplar un cambio victorioso en la tierra extensa de la más vieja cultura del mundo. Por todas partes se iniciaban incontables experimentaciones. La agricultura feudal iba a cambiar. La atmósfera moral era transparente como después del paso de un ciclón.

Lo que me ha distanciado del proceso chino no ha sido Mao Tse Tung, sino el maotsetunismo. Es decir, el maoestalinismo, la repetición del culto a una deidad socialista.¹⁶

En su biografía, *Algo de mi vida* (1977), Luis Corvalán cuenta que, en tanto que secretario general del PC chileno, debió viajar muchas veces a Moscú y otros países socialistas, dejando testimonio de estos viajes realizados en ocasiones para huir de González Videla o del general Ibáñez.

Su visión de los países socialistas, y de Rusia en particular, es de admiración: «Pisar la tierra soviética, escenario de la primera revolución socialista triunfante y donde el fascismo sufrió las más aplastantes y decisivas derrotas, fue para mí una alegría infinita, la realización de un sueño».

Corvalán se presenta como un militante limpio de mentiras, lo que permite ver la verdad de la Rusia soviética:

¹⁶ Nota de los editores: por desgracia, Javier falleció antes de poder revisar la edición final de este texto, con lo que la ausencia de algunos datos bibliográficos no pudo ser subsanada. Optamos por conservar esta cita y las siguientes como una forma de ser fieles a su intención original.

La propaganda enemiga ha distorsionado ante ciertos ojos la verdadera imagen de los soviéticos. A despecho de esa propaganda, puedo afirmar que son hombres de carne y hueso, duros y sensibles al mismo tiempo, hospitalarios y generosos y con gran espíritu crítico.

Francisco Coloane es uno de los testigos que con mayor entusiasmo aplaude su experiencia en el socialismo real, y en su visita a la RDA se entusiasma con una sociedad que rechaza las diferencias sociales y considera el trabajo como un orgullo nacional. Coloane describe a obreros confiados en un sistema social que los protege y del que se sienten dueños. Reflexionando sobre distintos temas, se admira del cuidado de la naturaleza y se sorprende de ciertos detalles de la historia de Alemania, de su arquitectura y de la belleza de las ciudades, y, por supuesto, como buen militante comunista, se asombra y admira de que una de las principales avenidas de Berlín se denomine Karl-Marx-Allee. Con este buen ánimo, se involucra en la vida cotidiana de los obreros para saber de sus familias y sueldos, buscando establecer semejanzas y diferencias con el Chile lejano.

Aunque, en medio de la admiración, no deja de llamarle la atención que en el café Bucarest de Berlín, al pedir un «rumano», no llegue a la mesa «ese plato de carne cruda que ofrecen algunas fuentes de soda de Santiago, con limón, pimienta y cebolla», sino «una simple carne cruda», acompañada por la mirada asombrada del garzón cuando le pidió el limón.

Es de ese detalle, la ausencia de algo tan simple como un limón, que se desprenden las necesidades a las que estaban sometidos los admirados obreros de uno de los Estados socialistas más exitosos: un limón de uso común en un país subdesarrollado como el suyo.

Otro miembro del PC chileno, Orlando Millas (1918-1991), en sus *Memoorias*, se preocupó particularmente de las relaciones con Cuba, país que describe con admiración:

Para entender a una revolución hay que sentirla viva, actuante, impoluta, libre de interpretaciones, encarnada en el pueblo que se manifiesta con ella dueño de su destino. Eso fue lo que encontramos los periodistas chilenos al llegar a La Habana inmediatamente comenzado el año 1959. Estuvimos en esas horas de lozanía, de autenticidad, irrepetibles y exaltadoras. Nos sumergimos en un baño de multitudes. En cada casa, una ventana ostentaba un letrero de dos palabras: «Gracias, Fidel».

Millas trató con los líderes de la revolución, desde Fidel y Raúl Castro hasta el Che, Armando Hart, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello, Camilo Cienfuegos y Juan Almeyda.

Plasmó una visión latinoamericanista y muy encariñada con la realidad del continente que conoció en detalle, destacando este aspecto recogido por la Revolución cubana:

Lo que la Revolución cubana colocó en primer plano fue la identidad latinoamericana, su cultura mestiza, la defensa de las riquezas saqueadas durante siglos, las reivindicaciones de millones y millones de latinoamericanos hambreados y humillados, el afán de hacer realidad los ideales de los fundadores de nuestras patrias.

El poeta Gonzalo Rojas, por su lado, mantuvo fuertes relaciones con los países socialistas: en primer lugar en China (1970-1972), como consejero cultural del presidente Salvador Allende, y más tarde como encargado de negocios del gobierno de Allende en Cuba, hasta el golpe militar de 1973. Su relación con Cuba siguió estando marcada por el reconocimiento de la solidaridad practicada por ese país, aunque con observaciones críticas frente a ciertas conductas políticas. En el exilio, Rojas viajó desde La Habana a Alemania Democrática, instalándose en la ciudad de Rostock, donde hizo discretas observaciones negativas sobre el sistema, pero también sobre la comunidad de chilenos residentes que sospechaban de su distancia respecto al socialismo, según su biógrafa Fabienne Bradu (2016). Todo esto, más allá de las ventajas que Alemania le ofreció para que enseñara en la universidad y continuara escribiendo. Fue allí donde escribió «Domicilio en el Báltico», poema que, según Bradu, «le valió un juicio por parte de los chilenos exiliados, que lo acusaron de renegar del ideal socialista».

Domicilio en el Báltico

Tendré que dormir en alemán, aletear,
respirar si puedo en alemán entre
tranvía y tranvía, a diez kilómetros
de estridencia amarilla por hora, con esta pena
a las 5.03,
ser exacto

y silencioso en mi número como un lisiado
más de la guerra, mimetizarme coleóptero
blanco.

Envejecer así, pasar aquí veinte años de cemento
previo al otro, en este nicho
prefabricado, barrer entonces
la escalera cada semana, tirar la libertad
a la basura en estos tarros
grandes bajo la nieve,
agradecer,
sobre todo en alemán agradecer,
supongo, a Alguien.

(De *Oscuro*, 1977)

La percepción de Rojas coincide con la de otros chilenos de izquierda, en el sentido de reconocer el apoyo del socialismo, pero señalando el impacto y las consecuencias personales de la dictadura del proletariado.

La vida viajera de Luis Oyarzún le permitió recorrer diversos países socialistas, entre ellos Alemania Democrática, la Unión Soviética, Checoslovaquia, pero además la India y China, que no siempre estuvieron en el itinerario habitual de los chilenos de la segunda mitad del siglo xx.

En *Diario de Oriente*, Oyarzún (2016) nos cuenta sus travesías por Moscú, Leningrado y Praga durante noviembre de 1957. Y años después, entre marzo y mayo de 1960, su visita a la Unión Soviética durante la celebración del 40.º aniversario de la Revolución de octubre.

En el caso de la Unión Soviética, se puede decir que Oyarzún describió la realidad con una mirada ideológica casi neutra, aunque detrás de sus frases observamos cierta ironía crítica, particularmente al señalar las diferencias entre la retórica oficial y la cruda realidad producto de una historia de guerras y estrecheces que Oyarzún reconoce y celebra: la pujanza del pueblo ruso.

Trabajan afanosamente en adornar la ciudad para el 7 de noviembre, pero, a juzgar por lo que se ve, no habrá mucha belleza en las decoraciones. Los motivos burdamente pintados, se repiten idénticos: Lenin, la hoz y el

martillo, los dirigentes actuales del Partido, los emblemas de la producción y el trabajo.

Hay en Oyarzún algo común al resto de los cronistas chilenos: reconocer el valor de un país luchador y resistente, que realiza esfuerzos tremendos para alcanzar la modernidad y la paz, contexto en el que nos entrega, por ejemplo, la orgullosa opinión de su intérprete rusa: «¿No sabe la noticia? Hace dos horas hemos lanzado un segundo Sputnik, más grande que el primero, con una perrita dentro. Es uno de los números del 40.º aniversario de la Revolución».

En relación con la China de Mao, y al igual que en el caso soviético, Oyarzún se admira y discrepa de lo que ve, y se preocupa de rescatar el factor humano detrás de los programas políticos, celebrando sobre todo su reconocida admiración por la naturaleza:

Lilas en flor, rocas musgosas, peces rojos y dorados, arbolillos de coral recién abiertos, sauces, glicinias, peonías que empiezan a desplegarse, niños y jóvenes que toman el sol y juegan: en Hangchow la construcción socialista ofrece los primeros frutos del descanso.

Oyarzún no se presenta como un escritor contrario al socialismo teórico ni real, pero tampoco como un militante, sino que señala matices de discrepancia frente a los discursos oficiales que ocultaban el objeto de su interés: el ser humano concreto y particular.

El poeta Nicanor Parra vivió durante seis meses en la Unión Soviética, entre 1963 y 1964, ofreciendo recitales y estudiando la poesía rusa y, aunque no tenemos registro biográfico de esa experiencia, nos han llegado algunas referencias, como las del propio Luis Oyarzún, quien en su *Diario íntimo* revela lo que Nicanor Parra y otros escritores chilenos pensaban del socialismo soviético y chino: «Nicanor Parra me decía que, después de su experiencia de seis meses en Rusia, había llegado a ser partidario de las revoluciones democráticas. Efraín Barquero, Jaime Valdivieso y su mujer llegaron aterrizados de China».

En el caso de Parra, podemos acceder a su imagen del sistema socialista a través de algunos poemas escritos en forma narrativa y por medio de un hablante neutro («Describo lo que veo»), aunque no exentos de ironía:

Pan caliente

Me llama la atención
El siguiente fenómeno
Para nosotros completamente desconocido:

Una cola de cien metros de largo
Cerca del Metropol
A pesar de los grados bajo cero.

Dentro de sus enormes abrigos
Y de sus densos gorros de pieles
Que solo dejan libres la nariz y los ojos
Todos los moscovitas
Parecen buzos interplanetarios
O cosmonautas del fondo del mar.

Me cuesta abrirme paso
Para llegar al núcleo
De ese cometa de seres humanos.

Describo lo que veo:
Una mujer detrás de una mesa
Entrada en carnes como todas las rusas
—Seguramente madre varias veces—
Con la cabeza envuelta en un pañuelo
Rojo

de listas verdes y amarillas.
Y qué creen ustedes que vende
Esa mujer heroica
En pleno mes de enero
En su pequeño bar improvisado
En plena vía pública
Sin importarle la nieve que cae.

Pan caliente
¿verdad?

(De *Canciones rusas*, 1967)

Enrique Lihn vivió cuatro años en La Habana, entre 1966 y 1970, y sus crónicas y poemas nos muestran sus críticas no veladas, que influyeron en parte de la izquierda en el intento de diferenciar los modelos políticos de ambos países (Lihn, 1971).

Se trata de la Cuba de las persecuciones a Lezama Lima, Reinaldo Arenas y otros escritores y artistas, así como la autocrítica forzada de Heberto Padilla (1971), que provocó la reacción de protesta de Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Juan Goytisolo, Octavio Paz, Juan Rulfo y Mario Vargas Llosa, entre otros. Un clima intelectual en el que influyó igualmente el libro *Persona non grata* de Jorge Edwards (1973), levantando visiones contrapuestas que produjeron debates internos entre partidarios y simpatizantes de la Unidad Popular, los que sería muy largo analizar aquí (Pinedo, 2017).

Un viajero que ha escrito sobre sus visitas a Berlín y la URSS de manera reciente, Ernesto Ottone (2015), reitera esta visión de adhesión y crítica al socialismo, pero visto desde el presente posmuro de quien, siendo un joven de veintiún años, participara del 50.º aniversario del Primer Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, celebrado en Moscú en 1969: su primer contacto con el socialismo. Como es habitual, describe con notas críticas el mal gusto soviético y las estrecheces democráticas.

El hotel Rossía [...] hoy ya no existe, se incendió hace años. La arquitectura no perdió nada [...] conversaciones con una intérprete rusa del español que me hablaba de la falta de libertad en la vida cotidiana, jóvenes en borracheras tristes que hacían críticas veladas a medias palabras, una cierta estrechez y rusticidad en las pocas viviendas que visité.

Pero, al mismo tiempo y como también es habitual, anota lo positivo: «En tanto, en mi pensamiento predominaban las cifras impresionantes de escolaridad, de salud, del voluntariado de los jóvenes que construían las nuevas rutas hacia el lago Baikal. Era una realidad sorprendente y ruda a la vez».

Ottone cierra su testimonio hablando de su largo exilio de seis años en Budapest, ciudad a la que llegó en el invierno de 1973, pocos meses antes del golpe militar, y en la que mantiene los aplausos y las críticas, como si él y los demás testigos hubieran buscado desde siempre otro tipo de socialismo más democrático y plural que aquella época no permitió:

Me extendo un tanto al hablar de Kádár porque pude conocer a casi todos los jefes de los partidos-estados del Este europeo y mi recuerdo es muy desfavorable. Eric Honecker, de la RDA; Gustáv Husák, de Checoslovaquia; Edward Gierek, de Polonia, y Todor Zhivkov, de Bulgaria, eran personajes grises, monótonos, casi intercambiables y cuyos discursos eran difíciles de diferenciar. Jamás habrían ganado una elección democrática [...] El único diferente era Nicolae Ceausescu, de Rumania, pero para peor: era un tirano grotesco y megalómano, cuyo pueblo vivía en el terror...

Fin de las esperanzas e inicio del drama del exilio

Transcurridos catorce días del golpe de Estado de Pinochet, Honecker rompió relaciones con Chile y retiró del país a sus técnicos y asesores, aunque mantuvo negocios con el gobierno militar.

La RDA ofreció asilo a entre dos y cinco mil chilenos, dos o tres veces más que la Alemania Federal, a los cuales se les ofrecieron departamentos para vivir y puestos de trabajo y estudio, y no solo a los miembros del PC, sino también a personas de otros sectores políticos.¹⁷

El Chile del exilio mantuvo fuertes relaciones con la RDA y, una vez recuperada la democracia, le ofreció protección a Erich Honecker en la Embajada chilena en Moscú en 1991, debido a la deuda del embajador Clodomiro Almeyda, quien había estado asilado en Berlín Oriental tras el golpe de 1973, deuda que Almeyda pagó al punto de desobedecer las instrucciones del gobierno del presidente Aylwin sobre sacar a Honecker de la embajada. Almeyda prefirió renunciar antes de poner en peligro a su amigo, cosa que ni los rusos hicieron por su antiguo aliado.

Conclusiones

A partir de los años sesenta, las relaciones entre Chile y la RDA fomentaron como nunca antes el interés de muchos chilenos y latinoamericanos por conocer el sistema socialista instalado en la Europa del Este.

El Chile de la Unidad Popular y la RDA se constituyeron como dos países muy alejados geográficamente, pero que iniciaban proyectos marcados

¹⁷ También sabemos que la Stasi fichó a muchos chilenos para investigar su modo de vida y opiniones políticas, no siempre sin algo de racismo, así como con cierta envidia por el trato otorgado.

por esperanzas similares de construir un nuevo orden social, más justo, que terminaron igualándose en la derrota. Tanto la RDA como la UP se desvanecieron en el aire, aunque en un sentido contrario a lo anunciado por el propio Marx, de que «todo lo sólido se evapora en el aire». También se evaporó el Muro de Berlín, que, según sus constructores, era tan sólido que duraría más de mil años y, sin embargo, se desvaneció más rápido que su contrario.

Sin la RDA y el socialismo, Alemania tal vez no sería lo que es hoy, continuando una paradójica pero coherente secuencia histórica sin fin.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeyda, C. (1972). *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria*. Editorial Universitaria.
- . (1958). *Reflexiones políticas*. Prensa Latinoamericana.
- Arrate, J. (1985). *La Unidad Popular: tensiones internas y factores externos. La fuerza democrática de la idea socialista*. Documentas/Ediciones del Ornitorrinco.
- Bradú, F. (2016). *El volcán y el sosiego. Una biografía de Gonzalo Rojas*. Fondo de Cultura Económica.
- Corvalán, L. (1977). *Algo de mi vida*. Posada.
- Crome, E. (2003). El comunismo europeo y la Unidad Popular. *Rebelión*. <http://www.rebelion.org/hemeroteca/chile/030928chrome.htm>
- Edwards, J. (1973). *Persona non grata*. Seix Barral.
- Eisenbürger, G. (2013). DDR und Chile. Ein spannendes Buch über besondere Beziehungen. *ILA. Das Lateinamerika-Magazin*. <https://www.ila-web.de/ausgaben/368/ddr-und-chile>
- Emmerling, I. (2013). *Die DDR und Chile (1960-1989). Aussenpolitik, Aussenhandel und Solidarität*. Ch. Links Verlag.
- Escobar, M. (2015). *La recepción del socialismo científico en la clase obrera chilena (1896-1915)* (tesis de licenciatura). Universidad de Chile.
- Hobsbawm, E. (2012). *Historia del siglo xx*. Crítica.
- Lechner, N. (1991). Condiciones socioculturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida. *Estudios Internacionales*, 24(94), 209-228.
- Lihn, E. (1971). Política y cultura en una etapa de transición al socialismo. *La cultura en la vía chilena al socialismo*. Editorial Universitaria.
- Marx, K. (1875). *Crítica del Programa de Gotha*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/critica-al-programa-de-gotha.htm>
- Millas, O. (1993-1996). *Memorias. 1957-1991: una digresión* (vol. 4). Ediciones Chile-América CESOC.
- Neruda, P. (2017). *Confieso que he vivido. Memorias*. Seix Barral.
- Ottone, E. (2015). *El viaje rojo. Un ejercicio de memoria*. Penguin Random House.
- Oyarzún, L. (2016). *Diario de Oriente. Unión soviética, China e India*. Ediciones UACH.
- Parra, N. (1967). *Canciones rusas*. Editorial Universitaria.

- Pinedo, J. (2017). «Este es mi país y deberé cargar con el lisiado». Imágenes de la identidad nacional en los ensayos de Luis Oyarzún. *Universum*, 32(1), 231-254.
- Rojas, G. (1977). *Oscuro*. Monte Ávila.
- Valdés, H. (2005). *Fantasmas literarios. Una convocatoria*. Aguilar.
- Witker, I. (2007). El caso Honecker, el interés nacional y la política exterior de Chile. Contornos y trasfondo de un problema «interméstico». *Estudios Públicos*, (105), 241-265.

Prensa

- Gonzalo Rojas: un siglo de vida y poesía (22 de mayo de 2017). *T13*. <http://www.t13.cl/noticia/tendencias/cultura/gonzalo-rojas-siglo-vida-y-poesia>
- La vida de chilenos en la RDA según los espías de la Stasi (25 de enero de 2009). *Grafelbergnoticias*. <http://grafelbergnoticias.blogspot.com/2009/01/la-vida-de-chilenos-en-la-rda-segn-los.html>

ALEMANIA DEL ESTE VISTA POR FRANCISCO COLOANE. EXPERIENCIA Y NARRATIVIDAD EN SUS CRÓNICAS DE VIAJE

Cristian Montes Capó¹

Francisco Coloane (1910-2002) es un escritor chileno, conocido fundamentalmente por su producción narrativa —tanto en el género cuentístico como en la novela—, en la que se concentra en la geografía de la Patagonia, en su cultura, historia, costumbres, paisajes y contradicciones. Sin embargo, Coloane escribió también un conjunto de catorce crónicas sobre su experiencia en la RDA en 1966, durante los tres meses que permaneció allí invitado por la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana. Tales crónicas (en concreto, trece de ellas) aparecieron publicadas ese mismo año en el diario *Última Hora* bajo una columna titulada «Viaje por Alemania del Este», en tanto que la decimocuarta, titulada «Crónica de viajes», apareció en el diario *El Siglo*.²

Respecto a la presencia de la crónica en Chile, podemos observar una larga tradición de escritores cronistas, que cuenta entre sus principales cultores a Jotabeche, Augusto d'Halmar, Alberto Romero, Daniel de la Vega, Carlos León, Rafael Maluenda, Hugo Silva, Manuel Rojas, Carlos Droguett,

1 Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile.

2 Posteriormente, en 1979, Coloane publica un segundo libro de crónicas, titulado *Crónicas de India*, en el cual cuenta sus experiencias en dicho país, específicamente en Nueva Delhi, durante octubre de 1978 y septiembre de 1979.

Joaquín Edwards Bello, Jenaro Prieto, Teófilo Cid, José Donoso, Ricardo Latcham, Luis Sánchez Latorre, Alfonso Calderón y Pedro Lemebel, entre muchos otros, quienes cultivaron dicho género muchas veces en contrapunto con su producción narrativa. Así, durante el siglo xx la crónica se fue consolidando como género de interés masivo, con características propias y la impronta específica que cada uno de los cronistas inscribía en el lenguaje utilizado.

Texto, contexto y discurso social

La figura de Francisco Coloane, pese a no ser inmediatamente asimilable a otros escritores de su generación, se adscribe a un discurso de época que encarna el ideario social, político y artístico de la generación del 38, denominada así por Volodia Teitelboim (2000), escritor y líder paradigmático de este movimiento literario. Cabe recordar que ese colectivo cuestiona de manera programada la supuesta visión unificadora propuesta por el paradigma discursivo nacionalista (Subercaseaux, 2007, p. 158). A diferencia del tipo de comunidad imaginada por este discurso, la generación del 38 denuncia la condición fracturada y desigual del tejido social chileno. En consecuencia, las representaciones narrativas priorizan diversas formas de acoso que el ser humano adolece al interior de un sistema injusto, desigual e indiferente a las necesidades del pueblo.

La narrativa del 38 entra en conexión con otro tipo de discurso que había comenzado a adquirir presencia en el país desde finales del siglo xix, el cual dejará al descubierto la crisis del modelo liberal de nación y sus aspiraciones fallidas de integración social. A pesar de algunas transformaciones producidas en el gobierno de Arturo Alessandri Palma, será con Pedro Aguirre Cerda —elegido presidente en 1938, como representante del Frente Popular— que se producirán cambios sustantivos en el espectro político (Subercaseaux, 2007, p. 159).

Tal como señala Teitelboim (2000):

La victoria del Frente Popular fue el hecho distintivo de la época [...] Chile ya no sería más objeto, sino sujeto de la historia [...] pusimos algo de nuestra alma en esa lucha y nos sentimos parte del pueblo. Nos impulsaba una ansia apasionada de cambiar la vida nacional (p. 118).

La narrativa del 38 hará suyo este discurso de reivindicación, denunciando las injusticias sociales, la violencia y la exclusión sufrida por gran parte de la sociedad chilena.

Lo más relevante, en términos de la producción narrativa de Coloane y su vinculación con la generación del 38, es haber ficcionalizado la Patagonia, ámbito geográfico, social, político y cultural prácticamente ignoto, no solo para los extranjeros, sino también para la gran mayoría de los habitantes del país. Magallanes y la Patagonia son los lugares tematizados por una narrativa que se erige como alegoría del país y de los diferentes procesos sociales que el autor vivió en las primeras décadas del siglo xx (Rojo, 2009, pp. 85-98). Como afirma el propio autor (2000): «La Tierra del Fuego se hizo carne y espíritu en mi naturaleza de los veinte años. La Patagonia argentina y chilena, en mis cortas temporadas, también tiene una presencia constante en mis recuerdos y en mi limitada obra literaria» (p. 85). Coloane despliega el vasto escenario patagónico otorgándole una clara prioridad a la naturaleza, al paisaje y a las conflictivas relaciones de los personajes con la cruda inmensidad que los rodea. Por otro lado, también son motivo de interés del autor las pugnas y problemas que sufren los distintos grupos sociales y étnicos que habitan la inhóspita región que los acoge y a la vez los expelle.

Las novelas y los cuentos de Coloane escenifican el conflicto que surge al intentar hablar de una identidad chilena. La representación del mundo en sus relatos transita por la lucha constante entre el colonizador —tanto extranjero como nacional— y el colonizado, el insuperable conflicto de todos ellos con la tierra, la depredación de los recursos naturales, el genocidio indígena en curso en las distintas estancias ovejeras, etc. Por ello, no deja de sorprender que algunos de los escritores del 38, incluso amigos suyos, le reprocharan a Coloane no ser lo suficientemente explícito en su rechazo de los procesos sociales y políticos del momento, especialmente en la zona de Magallanes y la Patagonia (Droguett, 2008, p. 123).³

³ Es el caso de Carlos Droguett, quien consideraba que Coloane se mostraba extremadamente cauteloso al retratar las enormes injusticias del sur profundo de Chile y en particular de Magallanes: «Este es su reino, su territorio, su límite; tal vez no debiera pedírsele más, pero él tiene la culpa, comenzó un poco ingenuamente, con la certeza y la arrogancia de la plena intacta juventud, a lanzar un territorio virgen, inexplorado, ignorado, intocado, a la literatura chilena; una naturaleza grandiosa, inclemente, diferente, indiferente; unos hombres tallados a semejanza, formados y deformados por ella. Y de repente menciona el atroz crimen, el genocidio increíble y la sangre inabordable, industrial o política, oficial y oficiosa, y se hace a un lado, como el matador en el ruedo o en el matadero, para que el tajo no lo salpique, y deja al lector incondicional, que lo admira, con un gesto de desabrimiento en la boca ante la promesa incumplida, ante la página entreabierta» (p. 123).

El arte de la crónica: porosidad genérica y protocolos de enunciación

Desde mediados del siglo xx, la crónica ha sido tal vez uno de los géneros periodísticos que mayor atención y controversia teórica ha generado respecto a su estatus textual. Su desarrollo evolutivo se inserta en un ámbito cultural y artístico mayor, que es la modernización literaria y cultural de América Latina desarrollada entre 1870 y 1910. En términos de la historia del género, su aparición en Latinoamérica y su paulatino fortalecimiento estuvieron condicionados por la transición desde un paradigma colonial a uno de tipo moderno, con las consecuentes transformaciones tanto en lo político como en lo económico y cultural. La crónica se vincula con las diversas expresiones de una incipiente modernidad que comienza a instalarse e irradiar su influencia en las primeras décadas del siglo xx (Ferrada, 2012, pp. 16-28). Según Ángel Rama (1985, pp. 89-90), se trata de una época de modernización, con un movimiento intelectual que abarca diversas tendencias artísticas y estéticas, y que debe identificarse necesariamente con una modernización literaria para así generar «un discurso crítico que abarque todos los países que se designan con el rótulo América Latina y que procure reconocer la multiplicidad de líneas de desarrollo de cualquier tiempo histórico con una concepción nítidamente culturalista».

En un enclave contextual en el cual el capitalismo de fines del siglo xix y comienzos del xx estimulaba mercados de variada índole, y gracias a las tecnologías de producción y transporte, era fundamental la presencia de los periódicos con su multiplicidad de imágenes que interpretaban la ciudad moderna, sus flujos, constantes cambios y diversos formatos de circulación masiva. La prensa se convierte en productora de discursos que diseñan para las capas burguesas una determinada imagen de sí mismas basada en el orden, y una particular visión de la historia y su sentido civilizador (Ferrada, 2012). Asumiré esta responsabilidad con decisión y solvencia, lo que implicará gestionar la presencia de un nuevo agente letrado, a saber, el lector de crónicas, presencia que configura «una personalidad en cierto grado irreductible, que interactúa o entra en diálogo con otras hablas y prácticas, dentro de esa obra o proceso mayor llamado modernización» (Ossandón y Cruz, 2005, p. 163).

La crónica se nutre de las condiciones de una modernidad que se consolida principalmente en la experiencia urbana. En medio del tráfago de las ciudades, el periodismo y los diversos órganos de difusión masiva serán un

factor imprescindible en el desarrollo de la modernidad y en la consolidación futura del género. La ciudad, sus calles, sus espacios, tanto comunitarios como de exclusión social, son el material biográfico y cultural de gran parte de los cronistas chilenos de las primeras décadas del siglo xx: «Puesto que decir modernidad supone decir al mismo tiempo ciudad, espacio urbano, el proceso de formación y gestión de la nueva burguesía es por supuesto simultáneo con el otro: el de la transformación de la ciudad patricia» (Morales, 2009, p. 64).

La variedad de periódicos, sus diferentes formatos y estilos incitaron la aparición de diferentes géneros periodísticos, diversas modalidades discursivas y complejas elaboraciones narrativas provenientes de los discursos ficcionales. Esta amplitud expresiva del periódico se tradujo en la incorporación de géneros como la entrevista, el reportaje y la crónica urbana. Depositaria del discurso periodístico, la crónica evidenciará, desde sus inicios, algunas de sus características fundamentales, como la fragmentariedad y la discontinuidad. En este devenir de modernización acelerada que tiende a segmentar todo lo que produce, será la crónica, especialmente, el género que estimulará una lectura rápida acorde con la velocidad de los tiempos de la ciudad y la generalizada fragmentación. Desde la perspectiva de Julio Ramos (2003), «la problemática de la fragmentación es fundamental para entender la función ideológica de la crónica en el fin del siglo latinoamericano. La crónica sistemáticamente intenta re-narrativizar (unir el pasado con el presente) aquello que a la vez postula como lo fragmentario, como lo nuevo de la ciudad y del periódico» (p. 164).

En consonancia con estas características, tanto el cronista como el lector requerido se involucran en la instantaneidad del presente y en el proceso de fragmentación de la realidad que los determina. Inserto en una realidad cuyo ritmo frenético y disperso fragmenta la experiencia del sujeto, el lector de crónica reproduce en su acto lector la consecuente sensación de inestabilidad de la realidad y, asimismo, el carácter efímero y transitorio de la crónica que lee. Al interior de este dinamismo de imágenes, fotografías y textualidades varias, la crónica será el género más representativo del ritmo vertiginoso que afecta a todos los agentes del proceso de recepción.

Por otro lado, cabe destacar que la crónica ha sido uno de los géneros más productivos en la transmisión de experiencias a través de las sucesivas generaciones. Esta característica ha llevado a algunos estudiosos a considerarla «como una forma embrionaria de la historiografía» (Gil, 2009, p. 26).

En su vinculación con el acontecer histórico y temporal, la crónica adquirió posteriormente una considerable expansión semántica, al vincularse con la literatura. La ficción narrativa fue inscribiendo en el texto de la crónica sus características y peculiaridades, tales como la construcción dialógica, la utilización de comparaciones, la incorporación de figuras retóricas, la caracterización más acabada de los personajes y una serie de elementos que hasta entonces se consideraban específicos del lenguaje literario. La crónica puede entenderse, por lo mismo, como un tipo de registro textual en el que la modernidad ensaya las diversas modalidades expresivas que mejor la definen y potencian. Como afirma la estudiosa Susana Rotker (1992), la tensión entre estilos y lenguajes de la crónica era exactamente la forma que requería la época: «En la crónica se producía la escritura de la modernidad, según los parámetros martianos: tenían inmediatez, expansión, velocidad, comunicación, multitud, posibilidad de experimentar con el lenguaje que diera cuenta de las nuevas realidades» (p. 132). Según la teórica, la crónica es un continente discursivo y a la vez un discurso literario, lo que hace necesaria «la consideración de la crónica como intermediaria entre el discurso literario y el periodístico, pero, en definitiva, como género literario» (p. 90). Por su parte, Juan Carlos Gil (2009) considera que el lenguaje de la crónica se enriquece en este proceso, al incorporar procedimientos constructivos artísticos de clara intención estética:

En la crónica novelística el lenguaje es un elemento esencial y no promocional. No es solo un recurso retórico sino un modo distinto de enfrentarse a los hechos. La peculiaridad es que esa forma peculiar, singular y diferente de crear mundos alternativos sorprende y se sitúa en un limbo literario muy cercano al periodismo. El mensaje se adapta al estilo del autor y no a la inversa. El talento del escritor consiste en describir con minuciosidad de orfebre el rasgo seleccionado sin aburrir al lector. El cronista literario o el literato cronista emplean la retórica como artilugio para embellecer el mensaje coloreándolo. Escribir con regusto, saboreando las palabras, es superar la monotonía de un hecho; es ampliarlo con matices nuevos. El lenguaje así entendido no es solo vehículo de comunicación sino también un artificio de deleitación (p. 29).

Por otro lado, parece relevante mencionar que la crónica se entiende como un género del periodismo literario en el que la información conseguida

nunca está desligada de la capacidad interpretativa del cronista. El sustrato informativo oscila así constantemente hacia un nivel valorativo, que se define en el estilo de narrar, en el carácter de la autorreferencia, en los recursos descriptivos, en la creación de atmósferas, etc. Todos estos aspectos inciden, según afirma Yanis Mesa (2006), en que la crónica sea considerada un híbrido entre el periodismo informativo y el de opinión, según sea el espesor de la dimensión subjetiva interpretativa involucrada en el acontecimiento escritural. La subjetividad presente contaminará de intimidad los hechos relatados por el cronista, abriéndose así la posibilidad de estetizar lo cotidiano.

La inscripción en la crónica de la subjetividad de quien escribe no implica, por supuesto, que este no deba verificar acuciosamente los datos e informaciones que, en el caso de una entrevista, su entrevistado le entregue, siempre en beneficio de la veracidad de la información entregada. En la palabra del cronista se juega un compromiso de precisión con la palabra escrita y la veracidad que ella porta. Es fundamental estar presente en la situación y lugar donde se generó el encuentro, pues ello legitima al cronista y lo compromete en su aspiración de veracidad. En palabras del escritor y cronista Tomás Eloy Martínez (21 de noviembre de 2001): «En cada una de sus crónicas, aun en aquellas que nacieron bajo el apremio de las horas de cierre, los maestros de la literatura latinoamericana comprometieron el propio ser tan a fondo como en sus libros decisivos. Sabían que, si traicionaban la palabra hasta en la más anónima de las gacetillas de prensa, estaban traicionando lo mejor de sí mismos».

En concordancia con lo anterior, la crónica-entrevista no puede reducirse al acto de realizar preguntas al entrevistado y posteriormente escribir acerca del encuentro, sino que debe generar un espacio de intimidad donde se escenifique la palabra del otro. Escuchar y realizar una correcta escucha, exige, como plantea Leila Guerriero (2014), que de alguna manera el cronista se haga invisible, con el fin de evitar el intento de contrarrestar el argumento del entrevistado. En este sentido, señala la periodista argentina, la crónica se construye más sobre el arte de mirar y permanecer que en el de hacer preguntas, pues es una subjetividad la involucrada en el discurso del otro.

Crónica, juegos de escrituras y posiciones críticas

En las crónicas de Francisco Coloane escritas en la República Democrática Alemana, la figura del cronista se funde nítidamente con la del testigo. A partir de dicha fusión se establece que se hablará de una experiencia realmente

vivida y seriamente procesada. El narrador-cronista utiliza por ello la primera persona narrativa, como forma privilegiada de enunciación para portar la experiencia del testigo. Se configura, al mismo tiempo, una estrategia de apelación directa a un lector capaz de empatizar con la historia que se le está contando, esto es, las vivencias del narrador en las ciudades alemanas que está visitando. Esta dimensión interactiva presupone una imagen de destinatario que el cronista requiere para llevar adelante el acto de recordar y, a través de este recuerdo, generar una condición que es propia del espacio biográfico-testimonial: «Se expresa así una idea dialógica de la comunicación, que no reconoce primacía al enunciador, en tanto ya está determinada por otro, sino más bien una simultaneidad en la actividad de intelección y comprensión entre los participantes» (Arfuch, 2002, p. 56).

Es interesante advertir que Francisco Coloane aclara desde un primer momento que su escritura transita entre dos vertientes expresivas: la del escritor y la del periodista: «Así, trabajaré en dos planos: el del periodista y el del escritor, que a veces antagonizan para perjuicio del lector, pero... ¿quién no ha escrito alguna vez su nombre en la arena de una playa antes de que suba la marea?» (Coloane, 27 de junio de 1966).

Al autodefinirse de las dos maneras, el autor transparenta su plena conciencia de estar trabajando con dos dimensiones del lenguaje en constante tensión: un lenguaje de carácter informativo, con plena adecuación al referente y que funciona como un documento, y un lenguaje artístico que no puede ser medido en términos de verdad y falsedad, que potencia su carácter de monumento y que es regulado por las reglas de la ficción.⁴ Ejemplar en este sentido es «Primeras horas en Berlín», texto en el que se afirma que la crónica es «un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación» (Coloane, 27 de junio de 1966). Elocuente también, en este sentido, es «Paga sus crímenes», en el que se plantea que la crónica es «un tipo de periodismo literario», ya que «tiene elementos propios

⁴ La noción de monumento, aplicada a un texto de ficción, pertenece a Michael Riffaterre (1979), quien afirma que un texto literario es un monumento en el sentido de que no se lo puede cuestionar en términos de verdadero o falso. El monumento, que proviene del latín *monere* —a diferencia del documento (que proviene del latín *doquere* y cuya sanción está en el referente nombrado y, por lo tanto, debe ser cotejado con el «afuera») — trae todo el tiempo consigo y genera por ello su propia referencialidad. Por otro lado, en lo referente a las reglas que regulan la ficción literaria, estas son nombradas por Siegfried Schmidt (1987) como las reglas *f* y *p*. Según la primera (*f*), válida para cualquier texto ficcional, debido a una convención social, todo lo traído a la escritura es transformado en entidad ficcional. La segunda regla (*p*) señala que un texto literario es siempre, por definición, polivalente, es decir, contiene la posibilidad de generar interpretaciones múltiples.

de la literatura» (Coloane, 21 de agosto de 1966), pero que a la vez posee una función informativa.

Esta conciencia del autor respecto a la complejidad del lenguaje de la crónica tiene su correlato en una escritura en la que, en muchos segmentos textuales, el lenguaje informativo transita hacia un lenguaje poético, con la ambigüedad semántica y expresión metafórica que caracteriza a este último. La oscilación constante entre estos dos ámbitos escriturales evidencia la capacidad del autor de equilibrar en su escritura los segmentos narrativos —responsables del qué se cuenta— y los descriptivos —encargados de la creación de atmósferas, de la configuración de imágenes, etc.—. Esta característica se observa, por ejemplo, en la crónica «Beethoven», especialmente en la detallada descripción de los instrumentos de la orquesta que tiene la posibilidad de escuchar, en la explicación que realiza del desarrollo musical de la obra y en la atmósfera sonora que captura su atención y sensibilidad.

Informar e interpretar son, entonces, los dispositivos estructurales a través de los cuales el cronista Francisco Coloane describe y cuenta lo que ve, piensa y siente, proceso que deja traslucir una subjetividad comprometida con una determinada visión de mundo y una modalidad de sujeto delineada desde una posición marxista de la sociedad: «Por nuestras ideas, no deja de emocionarnos el hecho de que entremos del aeropuerto al corazón de Berlín por una ancha avenida que se llama Karl Marx. Estamos pues en la tierra donde brotó el marxismo» (Coloane, 27 de junio de 1966). El cronista expresa abiertamente su admiración por una cultura donde el individualismo generalizado en el mundo ha sido neutralizado y superado por un tipo de conciencia que estimula lo colectivo y una tipología de sujeto en la que el otro es la vía para el propio desarrollo personal y el soporte esencial para la creación de una realidad más solidaria, es decir, más socialista. En Berlín, el cronista observa cómo en las fábricas y en el trabajo colectivo se aprecia un verdadero equilibrio entre los ámbitos laboral y cultural. Bibliotecas, conciertos, exhibiciones teatrales, entre otros acontecimientos culturales, posibilitan vivir un tipo de vida en la que el trabajador y el obrero tienen ahora pleno acceso a los bienes de la cultura y el arte:

Vamos a la Casa de la Cultura de la fábrica. En este lugar, en la época capitalista, había un destartado barracón que los obreros llamaban «la isla de los fumadores», pues allí los obreros se ocultaban para fumar un cigarrillo. Ahora hay

una biblioteca con diez mil libros, se edita un periódico, *Der Elektrokohler* («el carbonero eléctrico»), de tamaño tabloide, que sale semanalmente; funciona una radio que transmite noche y día, y hay doce círculos de aficionados artísticos y de diversiones para obreros y sus familiares. Ellos son de teatro, *ballet* para niños, banda de músicos, cerámica para los niños, dibujantes y pintores a cargo de un artista profesional; fotografía, baile dirigido por un profesor del teatro de la opereta y uno de escritores, dirigido por el novelista Eduardo Klein. Escriben en el periódico, en otras publicaciones de barrio, para la radio y luego saldrá un folleto con trabajos de los obreros. Algunos jóvenes estudian en escuelas nocturnas filosofía, historia del movimiento obrero alemán e internacional, química y física elementales, sicología y pedagogía, cultura general sobre teatro, artes plásticas y literatura (Coloane, 1 de julio de 1966).

Coloane valora especialmente ver un país donde ha sido felizmente neutralizada y superada la alienación capitalista. En la República Democrática Alemana ha sido posible ligar la vida individual a una colectividad signada por el valor de la justicia y la dignidad. El cronista Coloane va revelando su admiración por un Estado donde los obreros y los trabajadores son quienes construyen la realidad a la que aspiran, donde los sindicatos son verdaderamente los agentes fundamentales del desarrollo social, económico y cultural. En palabras del alcalde de Nuevo Brandeburgo:

Como aquí somos un Estado de obreros y campesinos, mañana, por ejemplo, hay una reunión plenaria en la cual el fiscal va a rendir cuenta de cómo se realiza en la ciudad la justicia socialista. Va a contar cómo la organización jurídica ha trabajado para prevenir, castigar o absolver delitos. Nuestra característica es poner los delitos frente a los organismos sociales. Para ello tenemos tres comisiones de decisión, constituidas por ciudadanos que deciden las pequeñas cosas, que no son de competencia de los tribunales, sino de los mismos ciudadanos. Actúan en los barrios, en las fábricas, en asuntos que atentan contra la propiedad del pueblo o de conflictos entre obreros y la dirección de la fábrica (Coloane, 31 de julio de 1966).

El lenguaje de la crónica permite al escritor develar su subjetividad creadora y los valores que la definen, como es, principalmente, la justicia social. La admiración del cronista por la realidad que nombra, interpreta y describe deviene una visión de mundo en la que el ser humano es visto, no como una

mercancía ni como un reproductor del sistema, sino como el constructor de un destino deseable:

Un contrato colectivo, que se renueva todos los años, entre la empresa y el sindicato, estipula las sumas que serán entregadas para financiar las actividades culturales, casa de reposo y veraneo, ambulatorio médico, curas preventivas y otros beneficios sociales. Así, poco a poco, de sus propios labios, voy aprendiendo de estos obreros de la RDA, cómo ellos están construyendo su realidad socialista. Es viernes, y mañana no trabajan, porque cada quince días tienen un sábado completo libre, y me invitan a proseguir la conversación a un lugar cercano a Potsdam, donde pasarán ese día de descanso (Coloane, 1 de julio de 1966).⁵

La escritura de las crónicas permite apreciar la inscripción de una determinada moral autorial que valora a artistas como Beethoven, por la dignidad y consecuencia con su credo artístico y ético, y desaprueba el poder omnímodo que coarta la libertad creadora. Coloane admira en Beethoven su rechazo de Napoleón y su desmedida ambición de poder, especialmente «cuando se dio cuenta de que el gran corso no era más que otro dictador imperialista, avasallador de pueblos, megalómano» (Coloane, 10 de julio de 1966). Beethoven reprueba igualmente a Goethe, por su servilismo con los representantes de la monarquía: «Que su amistad con Goethe, su otro genial contemporáneo, se trizó porque el genio de Weimar saludaba a su duque con el sombrero hasta el suelo» (Coloane, 10 de julio de 1966).

⁵ Al hablar de «visión de mundo», pensamos en el concepto de Lucien Goldmann (1971), desarrollado justamente en la década del setenta, cuando Coloane pasa su temporada en la República Democrática Alemana. Siguiendo algunos postulados de Marx, Goldmann considera que, en la mayoría de las sociedades actuales, pueden encontrarse dos concepciones de sujeto y de mundo. La primera se define como «conciencia ideológica» y alude a diversos grupos sociales que privilegian únicamente el bienestar personal y de los suyos, viven preocupados de los aspectos económicos y se decantan socialmente en lo endogámico y autorreferencial. Son grupos que jamás cuestionan el orden establecido ni el sistema capitalista imperante; más bien, lo perpetúan y reproducen en sus actos cotidianos. Por todo ello, no existe en sus dominios de pensamiento una proyección utópica o un deseo de transformar el mundo que los rodea. En oposición a ellos, están los grupos que desarrollan una visión de mundo como resultado de la superación de los elementos que los desunen y la potenciación de todo aquello que los liga en el deseo de cambiar el orden de cosas, de transformar las condiciones estructurales de la sociedad, para que haya justicia y dignidad, pudiendo así superar la alienación del sujeto contemporáneo, moldeado según el deseo capitalista global. Estos grupos se articulan sobre la base de una perspectiva utópica de la sociedad, desde la cual las energías de los sujetos colectivos podrán transformar las condiciones sociales que no permiten vivir una vida digna de ser vivida.

Otro aspecto significativo de estas crónicas es la tensión entre dos ámbitos espacio-temporales comprometidos en el acto de habla del cronista, esto es: Alemania y Chile. Son crónicas, por lo tanto, doblemente situadas: por un lado, se habla de diversos aspectos (sociales, históricos, culturales, artísticos, políticos, cotidianos, etc.) de la realidad alemana oriental, pero al mismo tiempo se está hablando, pensando y sintiendo desde Chile:

Después de almuerzo nos sentamos bajo un frondoso árbol, en círculo y uno y otro obrero empiezan a preguntarme de Chile. El tronco del árbol me sirve de un imaginario mapa y a través de su corteza les voy explicando la geografía y economía de mi país. En Chiloé y Magallanes me detengo más que en otras partes, y las raíces bajo tierra me impiden mostrar objetivamente nuestro territorio antártico (Coloane, 5 de julio de 1966).

A pesar de estar en Alemania Oriental, único referente de las crónicas, el diálogo con Chile es constante a través de la apelación rememorativa a su cultura, naturaleza y paisajes, estableciéndose así un contrapunto gracias a la acción de la memoria:

El lugar es paradisíaco, me hace recordar las orillas de nuestros lagos del sur. Ahora comprendemos por qué el alemán de Chile se asentó en Osorno y Valdivia tan a gusto, encontró allí este paisaje, menos peinado, pero más imponente en su grandiosidad selvática. Notamos la ausencia de un volcán nuestro a la otra orilla del lago (Coloane, 5 de julio de 1966).

Paradigmática, al respecto, es la crónica titulada «Stralsund», donde se describe el puerto del mar Báltico que seduce a Coloane por su belleza, experiencia que lo remite de inmediato a Chiloé y su mar:

Estoy solo, acabamos de llegar y mis compañeros de viaje se han quedado en el hotel descansando; pero yo no me reprimo, me ha llegado la brisa del mar, y este mar se llama Báltico y, aunque cansado también, salgo a saludarlo. Para mí, hombre de Chiloé, del Pacífico Sur, es el personaje más importante. Con él no necesito intérprete, ni historiadores que me cuenten su pasado, ni ideólogos que me hablen de su futuro. Está allí, como siempre, y como siempre estará, con sus ondas cabrilleantes, lengüeteando el rumor de la vida contra los acantilados. Todo

mar es la patria de las gaviotas, de los marinos y de los hombres solitarios (Coloane, 4 de agosto de 1966).

Hay que recordar que el autor nació justamente en Chiloé, en el pueblo de Quemchi. El recuerdo del mar estimulará al cronista a enriquecer la escritura con eficientes imágenes poéticas: «Todo mar es amor, sexo, remolino metafísico hacia su profundidad [...], como un coral de pie, atisbando su rumbo hasta en las oscuras profundidades» (Coloane, 4 de agosto de 1966). Lo mismo ocurre al remontarse imaginariamente al puerto de Valparaíso, recuerdo que se superpone al recorrido que Coloane va haciendo por las calles del puerto alemán: «Las calles son estrechas y zigzaguean con cierto parecido a las de nuestro Valparaíso» (Coloane, 4 de agosto de 1966).

Chile está presente también en los momentos en que Coloane se refiere elogiosamente a personas y artistas que ha admirado durante su vida y que han hecho de Chile un país más digno y culto. El ejercicio de memoria trae al presente de la escritura al Instituto de Teatro de la Universidad de Chile, colectivo de arte escénico que abrió el teatro al espacio público:

Sin embargo, la otra noche asistimos a la representación de la ópera cómica clásica *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach, y vimos alrededor de setenta actores sobre el escenario, entre cantantes y bailarines, con una orquesta sinfónica de primer orden [...]. El montaje de esta ópera cómica, con actores especializados en los personajes de la época, creo que sería difícil en un país capitalista subdesarrollado como el nuestro. ¿Quién pagaría una compañía numerosa que se dedique a eso? Creo que ni en los más desarrollados, donde el afán de lucro es la norma artística. *Orfeo en los infiernos* nos dio la medida de los que pueden hacer los países socialistas en lo que a espectáculos artísticos se refiere. Están dando y darán cada vez más a sus pueblos espectáculos grandiosos que no son ya capaces de dar los países capitalistas, en franca decadencia cultural [...]. Todo esto nos hizo recordar los veinticinco años de labor que cumple en estos días, creo que el 22 de junio, nuestro Instituto de Teatro de la Universidad de Chile [...]. Para mí ha sido la «universidad teatral» que me ha orientado en mi modesta cultura del teatro. Sin ella no habría conocido las grandes obras clásicas que jalonan el teatro de la humanidad (Coloane, 6 de julio de 1966).

Cabe destacar que estos vuelcos al pasado y especialmente a Chile son estimulados por la admiración del cronista de la realidad alemana que intenta describir, sobre todo la importancia que en ese país se les da a las artes, al teatro, a la cultura en general: «Los espectáculos que hasta la fecha he visto en Berlín demuestran un gran nivel cultural, tanto de público como de actores» (Coloane, 6 de julio de 1966).

Conclusión

A modo de conclusión, cabría decir que, en estos textos escritos en la década del sesenta del siglo pasado, el género de la crónica le permitió a Coloane no solo contar sus vivencias y expresar su admiración por la República Democrática Alemana, sino también conocer y practicar una forma de expresión diferente. La forma de narrar, la importancia dada a los pasajes descriptivos y la necesidad de transmitir lo vivido de manera precisa significaron sin duda para al autor chileno un aprendizaje nuevo en términos de escritura. Al mismo tiempo, el acto de transmitir una experiencia vivida y expresar libremente su admiración por lo que ve, piensa y siente le permiten inscribir en la escritura su subjetividad como ser humano y como artista.⁶ Lo vivido por el autor durante sus tres meses en Alemania se transforma en experiencia justamente por el acto de escribir estas crónicas y compartirlas con los lectores chilenos. Como plantea Beatriz Sarlo (2012):

La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo *común* (p. 29).

En medio de conflictos de todo tipo, en una década convulsionada como la del sesenta, cuando el mundo estaba y se sabía dividido entre la opción socialista y el capitalismo mundial integrado, la transmisión de una experiencia como la vivida por Coloane resulta altamente valiosa, por la incorporación

6 Después de la Primera Guerra Mundial, Walter Benjamin (2008) hablaba de la crisis de la experiencia y la dificultad de transmitir lo vivido. En *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov*, se refiere a la precaria capacidad narrativa de quienes volvían de la guerra; la vivencia traumática no lograba convertirse en una situación comunicativa significativa dentro de un relato que, transmitido al resto de la comunidad, fuera capaz de generar una experiencia.

de nuevos ángulos de percepción de la realidad que nombra, la captación de las distintas intensidades de los fenómenos históricos que describe y el perfilamiento de una modalidad de sujeto que deposita en el otro, en el congénere, la posibilidad de construirse a sí mismo.⁷ Para todo ello, Coloane tuvo la posibilidad de ensayar un canal nuevo de expresión que resultó ser una poderosa forma de transmisión de la experiencia: la crónica, un género que sin duda resultó el más adecuado para expresar de manera más vívida lo que quería decir.

7 Theodor Adorno (1962), en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y haciendo suyos los postulados de Benjamin, agrega a la discusión sobre la crisis de la experiencia la cuestión de la dinámica de las sociedades modernas, que no logran generar las condiciones necesarias para que un relato personal decante en la comunicación de una experiencia. La estandarización del vivir cotidiano propia de las sociedades modernas capitalistas y el predominio de la información masiva hacen prácticamente imposible cualquier condición de particularidad, cuestión fundamental para la generación de un relato.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th. W. (1962). *Notas de literatura*. Ediciones Ariel.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (2008). *El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov*. Metales Pesados.
- Coloane, F. (1979). *Crónicas de India*. Nascimento.
- Droguett, C. (2008). *Materiales de construcción*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ferrada, A. (2012). *La ciudad y su espacio literario en las crónicas de José Donoso* (tesis doctoral). Universidad de Chile.
- Gil, J. C. (2009). La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo. *Global Media Journal Edición Iberoamericana*, 1(1), 26-39.
- Goldmann, L. (1971). El estructuralismo genético en sociología de la literatura. En R. Barthes et al., *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología de la literatura* (pp. 205-222). Ediciones Martínez Roca S. A.
- Guerriero, L. (2014). *Zona de obras*. Anagrama.
- Mesa, Y. (2006). La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación. *Espéculo*, (32). <http://webs.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>
- Morales, L. (2009). Joaquín Edwards Bello. Crónica y crítica de la vida cotidiana chilena. *Revista Chilena de Literatura*, (74), 57-78.
- Ossandón, C. y Santa Cruz, E. (2005). *El estallido de las formas*. LOM Ediciones.
- Rama, Á. (1985). Autonomía literaria americana. *La crítica de la cultura en América Latina* (pp. 66-81). Biblioteca Ayacucho.
- . (1985). *Rubén Darío y el modernismo*. Alfadil Ediciones.
- Ramos, J. (2003). Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. Cuarto Propio.
- Riffaterre, M. (1979). La explicación de los hechos literarios. *La producción del texto* (Carmen Foxley, trad.). Seuil.
- Rojo, G. (2009). Sobre «El último grumete de la Baquedano» y algo más. *Anales de Literatura Chilena*, (12), 85-98.
- Romero, J. L. (2004). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Siglo XXI Editores.

- Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Ediciones Letra Buena.
- Sarlo, B. (2012). *Tiempo pasado*. Siglo XXI Editores.
- Schmidt, S. (1987). La comunicación literaria. En J. A. Mayoral (comp.), *Pragmática de la comunicación literaria* (pp. 195-212). Arcos Libros.
- Subercaseaux, B. (2007). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (tomo IV). Editorial Universitaria.
- Teitelboim, V. (2000). La generación del 38 en busca de la realidad chilena. *Atenea*, (481-482), 189-213.

Prensa

- Coloane, F. (1 de septiembre de 1966). Los capitanes de la cosecha. *Última Hora*, p. 5.
- . (26 de agosto de 1966). La isla de Hiddensee. *Última Hora*, p. 5.
- . (24 de agosto de 1966). Las opiniones de Reynolds Brummack. *Última Hora*, p. 5.
- . (21 de agosto de 1966). Paga sus crímenes. *Última Hora*, p. 14.
- . (9 de agosto de 1966). *En la isla de Rügen*. *Última Hora*, p. 5.
- . (4 de agosto de 1966). Stralsund. *Última Hora*, p. 5.
- . (31 de julio de 1966). El municipio de Nuevo Brandeburgo. *Última Hora*, p. 5.
- . (28 de julio de 1966). Nuevo Brandeburgo. *Última Hora*, p. 5.
- . (10 de julio de 1966). Beethoven. *Última Hora*, p. 11.
- . (6 de julio de 1966). Recuerdo al ITUCH. *Última Hora*, p. 14.
- . (5 de julio de 1966). Junto al lago Schwielow. *Última Hora*, p. 14.
- . (3 de julio de 1966). El camino alemán al socialismo. *El Siglo*, p. 7.
- . (1 de julio de 1966). Con el obrero alemán. *Última Hora*, p. 14.
- . (27 de junio de 1966). Primeras horas en Berlín. *Última Hora*, p. 5.
- Martínez, T. E. (21 de noviembre de 2001). El periodismo vuelve a contar historias. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/el-periodismo-vuelve-a-contar-historias-nid215253/>

**VIAJE POR ALEMANIA DEL ESTE.
CRÓNICAS DE FRANCISCO COLOANE, 1966**

Primeras horas en Berlín¹

Un poeta inglés describe con profundidad infinita el descenso de un gusano desde la hoja de un seto del camino al suelo barroso y la visión maravillada que tiene el gusano desde sus nuevos horizontes. Algo así le sucede a uno cuando desciende de un avión en una gran ciudad desconocida y, sobre todo, si esa ciudad se llama Berlín, la visión adquiere un reflejo dramático.

Después de la última guerra mundial, en la que los hombres despacharon para el otro mundo a cincuenta millones de congéneres, atroz fenómeno que no ocurre con ninguna bestia o insecto, quedó un lugar en el corazón de Europa donde las fuerzas sociales de un sistema de producción y beneficio que llamamos capitalismo, y las de otro que ha nacido y se expande con el nombre de socialismo trenzaron sus manos como las de esos matones de barrio que, acodados en el mesón de una taberna, luchan por demostrar a la concurrencia quién es el más fuerte. A veces la pugna clásica degenera en reyerta y uno queda en el suelo, y otras, se va cada uno para su casa a meditar tranquilamente, el más débil en su derrota y el más joven en su victoria, o a encontrarse en algún otro lugar de la tierra que se llame Vietnam, Corea, Cuba o Santo Domingo.

Invitado desde el año pasado por la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana, estoy ahora en este lugar de prueba de fuerzas históricas que es Berlín, iniciando un reportaje para *Las Noticias de Última Hora* y posiblemente para un libro o librito que titularé con el epígrafe general de estas crónicas. Así, trabajaré en dos planos: el del periodista y el del escritor, que a veces antagonizan para perjuicio del lector, pero... ¿quién no ha escrito alguna vez su nombre en la arena de una playa antes de que suba la marea?

Por nuestras ideas, no deja de emocionarnos el hecho de que entremos del aeropuerto al corazón de Berlín por una ancha avenida que se llama Karl Marx. Estamos, pues, en la tierra donde brotó el marxismo: pero, al instante, nuestra visión maravillada se ensombrece con una emoción temerosa, negativa, pues nos acordamos de que aquí también nació el nazismo, y más de una hoja tiembla en la arboleda Karl-Marx-Allee. Primera gran contradicción de este pueblo que nos ha dado también un Goethe, un Beethoven, un doctor Fausto, los Nibelungos y, en Chile, una Quintrala y una colonia «Dignidad».

1 27 de junio de 1966, *Última Hora*, p. 5.

Vamos en compañía de mi amigo Eduardo Klein, escritor, que acaba de terminar una novela, *Los alquimistas*, y de Pablo Dietze, intérprete de la asociación de escritores. Después del almuerzo salimos a caminar, pero al encuentro de un cine manifiesto mi deseo de entrar. Dan una última producción, *Fuga al silencio*, un argumento policial con tendencia antinazi. A pesar de que el suspenso estaba bien motivado y la fotografía en blanco y negro era excelente, tal vez el fondo musical demasiado poético o el cansancio del viaje hicieron que me durmiera. Despertaba cuando mi amigo Klein me traducía el diálogo, pero el cansancio era invencible y volvía a dormirme. Se me produjo un entresueño entre la película y esos recuerdos semioníricos, de tal manera que creo que compuse mi propia película. Ahora comprendo por qué algunos buscan los cines para dormir tan plácidamente.

Afuera, al aire fresco de Berlín, no sé por qué empecé a hablar yo también de crímenes nazis. Conté a Klein el caso del criminal nazi que se descubrió en la Tierra del Fuego y que fue absuelto por las leyes chilenas porque su delito, que consistió en matar prisioneros con los escapes de la bencina de los mismos furgones que los conducían, estaba prescrito por el tiempo. No se dio lugar a su extradición. Vive —según me han dicho— solitario, cuidando una pequeña estancia de ganado lanar en la estepa fueguina. Hablé de los cadáveres que se iban a desenterrar en la colonia «Dignidad» por orden del juez de Parral y del prófugo Schäfer. Del reciente asesinato por su mujer de un joven ruso que conocí hace poco más de un año en los pozos petrolíferos de Manantiales y que alguien me dijo que antes había tenido relaciones con la CIA, la «Gestapo» yanqui.

Cuando me di cuenta de que estaba compitiendo en sensacionalismo con el argumento cinematográfico que acabábamos de ver, paré de hablar. La cortesía alemana sonreía desde el rubio rostro de mi anfitrión. Le hablé entonces de la reacción popular que se había producido en mi país ante los próximos ensayos atómicos del general De Gaulle en el atolón de Muroroa; pero mi amigo Klein habló más bien del significado que tenía para Europa el retiro de Francia de la OTAN.

En la noche fuimos a cenar al restaurant Bucarest. Pedí un «rumano», ese plato de carne cruda que ofrecen algunas fuentes de soda de Santiago, con limón, pimienta y cebolla; pero me trajeron una simple carne cruda y el garzón me miró con asombro cuando le pedí el limón.

Con el obrero alemán²

El primer contacto con la clase obrera alemana lo tuve en la fábrica Elektrokohle, cuya traducción es algo así como «carbones eléctricos», grandes cilindros y trapecios oscuros que pesan desde sesenta kilos a una tonelada, de empleo básico en la electrificación. Trabajan en ella tres mil obreros en tres turnos, de los cuales trescientos son mujeres.

Ubicada en un barrio industrial de Berlín, al fin de la guerra estaba semidestruida, no tenía techo y en los talleres de hoy ya crecían los árboles y la hierba que surge en las ruinas. Tiene cuarenta años de existencia y en la época del capitalismo (escribiría con alegría estas dos palabras si este no me estuviera aguardando al otro lado del Muro) perteneció a la firma Siemens & Cía. Pero la mayoría de los obreros que actualmente trabajan en ella no conocieron el patrón capitalista.

Otto Pratsch, un hombre menudo, de tranquilos ojos verdes, que nos atiende en medio de un crepitar de hornos y aullidos de grúas, tiene cuarenta y un años, es casado, con una hija de dieciocho años y otra de doce. Es jefe de un equipo o brigada de trabajo, gana 825 marcos; almuerza en la fábrica, donde hay tres platos desde 0,60 hasta 1,40 marcos; paga 57 marcos por un departamento de tres dormitorios y dependencias, con living comedor. Su mujer trabaja también y gana 300 marcos. Le alcanza para todo, me dice, pero siempre hay mayores deseos... Saludo a otros hombres en su trabajo, entre ellos a Erwin Plath, de treinta y tres años, moreno, alto, de ojos claros que relampaguean entre el tizne del carbón, es divorciado y su trabajo consiste en mantener los fuegos, en cámaras cuadrangulares que bullen a ochocientos grados de calor.

Los carbones eléctricos o electrodos salen calientes de los hornos y una grúa gigantesca, que corre como una gran araña apegada al techo, baja sus tentáculos y una mano mecánica, como dos callosas palmas de acero, aprisiona suave pero sólidamente a los electrodos y los levanta para conducirlos a otro taller. De pronto hay una voz de alarma y el grupo de hombres se desbanda. Un desperfecto en lo alto de la grúa detuvo el ascenso a medio camino. El trabajo se detiene por unos instantes, el jefe de brigada sube por una escalerilla de hierro hacia la grúa con una pieza de máquina, y al momento el desperfecto se arregla. El incidente nos sirve para darnos cuenta de la peligrosidad del trabajo.

2 1 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 14.

El ambiente es caluroso, amplio, pero sombrío. Hay algo que viene de las entrañas de la tierra con el lignito que es triturado a grandes presiones para ser convertido en rodajas carboníferas que aumentan su poder calorífico. Es como si la materia no se dejara transformar así nomás y pidiera su precio de sacrificio a los hombres.

Lizzi Brunn es una mujer regordeta, con la cara enhollinada como un mono, pero sus vivos ojos azules asoman con alegría. Tiene cuarenta y siete años, tres hijos y un marido inválido por una enfermedad del corazón; gana setecientos ochenta marcos, trabaja fuerte como limpiadora de electrodos, pues estos cilindros son huecos y tienen un hilo para atornillarlos por el interior. Antes hacía el trabajo con un chuzo, pero desde hace unos meses se ha instalado una máquina creada por sus propios compañeros y con la asesoría técnica de los ingenieros. Me hace una demostración de cómo funciona la máquina. La llamaría yo una gran compresora con varias gargantas de fuelles de goma. Un sistema de tubos lleva al corazón de la máquina un sinnúmero de municiones de acero que son impulsadas violentamente por estas gargantas, con gran presión de aire, a través del interior de los electrodos. Las golillas de acero limpian y burilan la espiral del hilo. Lizzi respira con alegría, como diciéndome «y antes esto yo lo hacía a pura mano». Junto con su afán productivo, la fábrica está en constante perfeccionamiento para evitar el esfuerzo físico de sus obreros.

Vamos a la Casa de la Cultura de la fábrica. En este lugar, en la época capitalista, había un destartado barracón que los obreros llamaban «la isla de los fumadores», pues allí los obreros se ocultaban para fumar un cigarrillo. Ahora hay una biblioteca con diez mil libros, se edita un periódico, *Der Elektrokohler* («el carbonero eléctrico»), de tamaño tabloide, que sale semanalmente; funciona una radio que transmite noche y día, y hay doce círculos de aficionados artísticos y de diversiones para obreros y sus familiares. Ellos son de teatro, *ballet* para niños, banda de músicos, cerámica para los niños, dibujantes y pintores a cargo de un artista profesional; fotografía, baile dirigido por un profesor del teatro de la opereta y uno de escritores, dirigido por el novelista Eduardo Klein. Escriben en el periódico, en otras publicaciones de barrio, para la radio y luego saldrá un folleto con trabajos de los obreros. Algunos jóvenes estudian en escuelas nocturnas filosofía, historia del movimiento obrero alemán e internacional, química y física elementales, psicología y pedagogía, cultura general sobre teatro, artes plásticas y literatura.

En la biblioteca hay un archivo con artículos de prensa de cuando los obreros de esa industria luchaban por implantar la jornada de ocho horas, después de la Primera Guerra Mundial. En 1918 se implantó esa jornada, pues trabajaban diez horas y tenían tres días feriados al año. Ahora tienen entre quince y veinticuatro, y Lizzi Brunn, veintinueve días por sus veinte años de trabajo.

A una pregunta sobre el nivel de conciencia social y política, uno de ellos me responde de que «hay una conciencia básica de que las relaciones de propiedad han cambiado. No hay una preocupación por cada paso que da el Gobierno en su política, porque nos sabemos bien representados en las cosas esenciales. La experiencia ha demostrado que la mejor enseñanza es la brigada de trabajo. Es muy fácil decir frases bonitas, pero en el trabajo se conoce al hombre».

Les pregunto si sienten que la clase obrera tiene el poder político y económico en la RDA.

—En otoño del año pasado se eligieron seis obreros de esta fábrica para regidores municipales —me responden. Es un cargo honorífico y tienen permiso para asistir a las sesiones. El municipio cuenta con sesenta regidores para dar participación a todos los sectores del pueblo. Hay asambleas y sesiones públicas que se realizan en las mismas fábricas. En los juzgados también intervienen los obreros, pues, además del juez técnico, hay dos jurados elegidos por votación, como los regidores. Hay cuarenta o cincuenta jurados de esta fábrica. Porque se turnan. Además, existen las comisiones de conflictos, en las mismas fábricas, que tratan hasta problemas insignificantes, como el de un robo, para que no pase a los juzgados. La comisión puede imponer hasta una amonestación pública, que sale en el periódico. Me muestran una inserción publicada a raíz de un incidente en una fiesta, en el que un ingeniero ecónomo, militante comunista, se embriagó y peleó con un subalterno, que no era comunista. Bajo su firma «reconoce que ha obrado mal, pide excusas y agradece a sus colaboradores por haberle ayudado a solucionar el conflicto».

—¿Cómo intervienen los obreros en la marcha de la producción en relación con el desarrollo financiero?

—Hay un plan de ganancias que la fábrica tiene que cumplir como resultado económico. Cada diez días se da cuenta de si la fábrica está cumpliendo o no este plan de ganancias. Cada tres meses se pagan premios de acuerdo con las ganancias obtenidas. A fin de año hay un premio anual, de manera que por esas medidas los obreros calculan el resultado de su trabajo.

Un contrato colectivo, que se renueva todos los años, entre la empresa y el sindicato, estipula las sumas que serán entregadas para financiar las actividades culturales, casas de reposo y veraneo, ambulatorio médico, curas preventivas y otros beneficios sociales.

Así, poco a poco, de sus propios labios, voy aprendiendo de estos obreros de la RDA cómo ellos están construyendo su realidad socialista. Es viernes, y mañana no trabajan, porque cada quince días tienen un sábado completo libre, y me invitan a proseguir la conversación a un lugar cercano a Potsdam, donde pasarán ese día de descanso.

Junto al lago Schwielow³

La autovía que lleva de Berlín a Potsdam es una larga avenida marginada de bosques, campos de trigo, huertos frutales y otros sembradíos. Despiden un verde primaveral exultante, las perspectivas parecen de una antigua tarjeta postal, con bosquecillos románticos, casas de techo rojo, prados y un sol reverberante. Si no fuera por el rumor del auto, escucharíamos, seguramente, la sinfonía pastoral de Beethoven, pues todo la sugiere, el cielo y la tierra.

Vamos circundando Berlín, hacia el sur, luego hacia el oeste, y por primera vez comprendemos, en la práctica, que la gran capital queda como un saco de discordias dentro del apacible territorio de la RDA, a casi doscientos kilómetros de su frontera con Alemania Occidental. Esta realidad se nos hace patente al detenerse el automóvil para un control de documentos por la policía de la RDA. Mostramos nuestros pasaportes, tal cual los choferes santiaguinos muestran sus documentos en el peaje del camino a Valparaíso. Un *ferry boat* nos cruza a la otra ribera de un río. Los cisnes nadan junto a la balsa y los pasajeros les dan pedazos de pan. Poco después, bordeando Potsdam, a noventa kilómetros de Berlín, llegamos a un hermoso paraje junto al lago Schwielow. En el auto van Lizzi y Vera, dos obreras de la fábrica de electrodos que habíamos visitado el día anterior. Por tren llegarán luego otros obreros. El lugar es paradisíaco, me hace recordar las orillas de nuestros lagos del sur. Ahora comprendemos por qué el alemán de Chile se asentó en Osorno y Valdivia tan a su gusto, encontró allí este paisaje, menos peinado, pero más imponente en su grandiosidad selvática. Notamos la ausencia de un volcán nuestro a la otra orilla del lago.

El amigo Klein nos sirve de traductor, literal, preciso, como buen alemán. Nos informan que en este lago abundan peces grandes y pequeños, como el «pluma roja», uno de cuyos ejemplares muertos, como una anchoveta con una pinta carmín en las aletas, oscila panza arriba entre el leve oleaje de la orilla. En invierno el lago se hiela y la pesca se hace con una red que es arrastrada bajo los hielos a través de hoyos hechos en la costra helada, hacia los cuales nadan los peces atraídos por el oxígeno del aire.

La casa solariega en la que estamos —y el predio— perteneció a Marika Rokh, tan famosa en Alemania como la Marlene Dietrich. Ahora es de la Asociación de Escritores, y los colegas van a ella a escribir. Pienso que en medio

³ 5 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 14.

de esa maravillosa naturaleza me sería difícil escribir, el vuelo de otros «plumíferos» me lo está diciendo. Los cisnes y los veleros que atraviesan el lago, los senderos de la costa bajo los bosques de castaños, abedules y álamos, los alfalfaes, difícilmente me dejarían estar dentro de una casa.

Los compañeros de la fábrica de electrodos llegan engominados como prósperos burgueses. Obreros y obreras en la RDA visten tan bien que yo me sentí un poco fuera de tono, aunque nunca he sido un modelo de elegancia. Después de una cerveza vamos en grupos, somos diez o doce, hasta una península boscosa donde se divisa una especie de castillo con una torre. Se trata de la mansión que fue de un *Junker*. Los grandes terratenientes militaristas que hicieron posible la guerra del káiser Guillermo II y luego dieron los generales para Hitler. Von Kahne era propietario de un latifundio que abarcaba casi toda esa orilla del lago. Se acuerdan de él porque cuando llegaban paseantes a sus prados tomaba su escopeta y los corría a perdigones. Una vez sorprendió a dos hombres que le robaban sus manzanas y les disparó, matándolos.

La Reforma agraria, que en la RDA se hizo con mayúscula, lo expropió y terminó con la prepotencia de este dueño de fundo con resabios feudales en pleno siglo xx. La casa, que es un grandioso palacio, es hoy una escuela sindical, donde los obreros estudian el perfeccionamiento de sus organizaciones.

Después de almuerzo nos sentamos bajo un frondoso árbol, en círculo, y uno y otro obrero empiezan a preguntarme de Chile. El tronco del árbol me sirve de un imaginario mapa y, a través de su corteza, les voy explicando la geografía y economía de mi país. En Chiloé y Magallanes me detengo más que en otras partes, y las raíces bajo tierra me impiden mostrar objetivamente nuestro territorio antártico...

Pregunto a mi vez, y los obreros me contestan con toda franqueza. Uno de ellos me dice que entre los jóvenes hay quienes miran hacia Berlín Occidental por afán de aventura, para viajar y porque anhelan tener un auto. Es esa su meta y como jóvenes no pesan las condiciones sociales de una y otra parte. Un auto viejo allá les cuesta quinientos marcos y aquí mucho más caro. Alemania Occidental, aprovechando su nivel superior de vida, hizo propaganda para atraer a obreros calificados, técnicos e ingenieros que se educaban en la RDA, y una vez diplomados se iban al otro lado. Esa es una de las causas de la construcción del Muro. Si no hubiera muro, muchos seguirían yéndose a la otra Alemania.

Con Eichorn Heinz sostengo una conversación bastante particular. Responde a mis preguntas con cierta gravedad. Creía que tenía un ojo turnio, pero me dice que es artificial. Fue cerca de Orel, en un combate en un bosque de la Unión Soviética. Un fragmento de granada le atravesó el ojo derecho y se le alojó en el cerebro. Lo operaron y quedó bien. Tiene cuarenta y tres años, es rubio, de ojos claros, fornido y con un rostro sereno, cordial.

Me dice que conoció únicamente la educación fascista. Creyó en Hitler, sobre todo al comienzo, con la propaganda para levantar al pueblo alemán: pero comenzaron sus dudas cuando se inició la guerra.

Nunca tuvo una ideología política definida, aunque a los doce años estaba por obligación en la juventud hitleriana, donde se hacían ejercicios militares. Una vez su hermano, que era sordo, no oyó bien la orden del sargento y giró a la derecha en vez de hacerlo a la izquierda. El sargento le dio una feroz patada. Se mandó a cambiar con su hermano. Combatió en los frentes de Francia y la Unión Soviética. «Puede estar muy contento de no conocer lo que es eso, la guerra», me dice. Él no comprende cómo el hombre joven puede ver en la guerra una aventura. Perteneció a la rama de zapadores y después de herido estuvo un año en el hospital y otro en su casa convaleciendo. Actualmente es maestro en la máquina limpiadora de electrodos, inventada por ellos mismos. Al preguntarle si es comunista, me responde que mucha gente que no está en el partido es comunista.

Una compañera interviene diciendo que ha estado en Alemania Occidental, donde tiene familia, y puede decir que en el pueblo no hay militarismo y que cree que sería difícil hacer una guerra con la generación actual.

Vera, la profesora de la Casa de la Cultura, va a la orilla del lago y se pone a jugar con un cisne solitario que ramonea hierbajos, «Leda y el cisne», le dice una compañera; pero solo las pequeñas olas del lago danzan a los pies de la hermosa mujer y el ave.

Recuerdo al ITUCH⁴

Los espectáculos que hasta la fecha he visto en Berlín demuestran un gran nivel cultural, tanto de público como de actores. Aún no he asistido a una obra de Bertolt Brecht, porque el famoso Berliner Ensemble se encuentra de gira por el extranjero.

Sin embargo, la otra noche asistimos a la representación de la ópera cómica clásica *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach, y vimos a alrededor de setenta actores sobre el escenario, entre cantantes y bailarines, con una orquesta sinfónica de primer orden. No conocía el argumento de esta especie de opereta, y cuando aparece todo el olimpo, desde Júpiter a Diana la Cazadora, la magnificencia del espectáculo cómico adquiere grandeza griega. La metamorfosis de Júpiter en una mosca que zumba junto al lecho de la mujer amada me hizo recordar a un jubiloso Kafka. ¡Cuánto puede permitirse una mosca en torno al oído y al cuerpo de una hermosa que va a acostarse, sobre todo si el insecto lleva el alma de un dios griego!

El montaje de esta ópera cómica, con actores especializados en los personajes de la época, creo que sería difícil en un país capitalista subdesarrollado como el nuestro. ¿Quién pagaría una compañía numerosa que se dedique a eso? Creo que ni en los más desarrollados, donde el afán de lucro es la norma artística. *Orfeo en los infiernos* nos dio la medida de lo que pueden hacer los países socialistas en lo que a espectáculos artísticos se refiere. Están dando y darán cada vez más a sus pueblos espectáculos grandiosos que no son ya capaces de dar los países capitalistas, en franca decadencia cultural.

Todo esto nos hizo recordar los veinticinco años de labor que cumple en estos días, creo que el 22 de junio, nuestro Instituto de Teatro de la Universidad de Chile.

Yo, un provinciano inculto venido a Santiago, tengo el deber y la obligación de saludar a esos amigos del arte teatral en estos veinticinco años y decir algunas cosas al respecto, aunque suspenda un poco el contenido viajero de estas crónicas.

No tuve otra universidad que el mar y la estepa magallánica, y si intenté llevar un trozo de esa vida a *La Tierra del Fuego se apaga*, obra que estrenó Enrique Guitar en 1956 con contradictorias críticas, se debe, no al antecedente de

un Shakespeare de la lejana isla, sino a la influencia de aquel Teatro Experimental que fue el origen del ITUCH. Si no resultó mejor es porque no tenía ninguna experiencia técnica y el ITUCH no puede dar talento a los incipientes dramaturgos.

Pero sí ha dado educación teatral en un ambiente deformado también por el afán de lucro de los empresarios, y ha sido el espolón tras el cual se han desarrollado los otros conjuntos teatrales de Santiago y provincias. ¿Que no lo ha hecho todo? El análisis de lo que no ha hecho se lo dejo a los críticos nuestros que a veces encuentran pésimo a un *Macbeth* desde Shakespeare para abajo.

He leído con amargura las peores tonterías, inconsecuencias e ingratitudes en torno al ITUCH, y las mejores cosas de hombres inteligentes también. Pero así, entre ola y ola, el ITUCH ha navegado estos veinticinco años en el alma cultural de Chile, dejando una estela que es surco seguro del futuro.

Para mí ha sido la «universidad teatral» que me ha orientado en mi modesta cultura de teatro. Sin ella no habría conocido las grandes obras clásicas que jalonan el teatro de la humanidad.

En mi recuerdo se confunden las obras como sintéticos y maravillosos mundos en que he vivido unas horas. No olvidaré jamás ese *Montserrat* de Roberto Parada, cuyo tintinear de espuelas sobre el ensangrentado suelo de la revolución de nuestra Independencia lo siento hoy en los «gorilas» criollos y sus amos yanquis. *Nuestro pueblo* me educó con su farsa genial en la comprensión de la metafísica. Recordaré toda mi vida la voz y la figura de Marés González, la prostituta marinera que canta la canción pirata del «Velero Escarlata» en *La ópera de los tres centavos*. Si voy a verla aquí en Berlín, seguramente volveré a escucharla a ella. A Emilio Martínez, que en *La muerte de un vendedor* me sintetizó la vida de todos los viajeros de comercio de Chile, entre los cuales también he estado. Pedro Orthous con su *Sueño de una noche de verano*; María Maluenda en sus angelicales papeles tal como es por fuera como por dentro; Rubén Sotoconil, cuyo último tío cubano antirrevolucionario le habrá costado un sacrificio hacerlo. El magallánico Domingo Tessler, María Cánepa en su grandiosa *Lady Macbeth*, Enrique Gajardo al frente de la propaganda tratando de contrarrestar la incompreensión y la ignorancia de algunos aprendices. Que me perdonen los que aquí no nombro, pero sus nombres los llevo en el corazón. Desde Carmen Bunster hasta Aquiles Sepúlveda, desde Thornton Wilder hasta Samuel Beckett.

4 6 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 14.

Y he dejado para el final la última lección de mi «universidad teatral», para saludar y rendir homenaje a su director, Agustín Siré, y al gran autor de *Esperando a Godot*, la última obra que vi poco antes de partir a esta conflictiva Alemania.

Es el mayor impacto teatral que he recibido en mi vida, tanto de parte del autor como de los actores. Considero al irlandés Beckett un Picasso o un Neruda del teatro. Solo descomponiendo y recomponiendo la naturaleza humana se puede llegar a una síntesis simbólica de tanta profundidad y proyección. Podrán interpretarse y discutirse esos símbolos de variadas maneras, pero es indiscutible que cada hombre encontrará en Arpagón y Lucky a los desheredados «lumpen» que todos llevamos dentro. Vi al amo que conducía al esclavo inservible para venderlo al mercado, y cuando lo tironea de la cuerda y hace restallar el látigo ordenándole «piensa» vi a los que hoy desde sus oficinas monopolistas tiran las cuerdas invisibles de la necesidad de escritores y periodistas y les ordenan: «Piensa y escribe para defender nuestro capitalismo».

Esta fue la interpretación de Pozzo de Roberto Parada, magistral amo capitalista. Llevo adentro la voz del cántaro trizado del «lumpen» que creó Franklin Caicedo, y cuando a veces me voy por la avenida Unter den Linden hacia la puerta de Brandeburgo, que está cerca de donde vivo, y me topo con el muro que divide al Berlín capitalista del socialista, y me pregunto un poco desolado ¿qué estoy haciendo yo aquí?, escucho entonces la voz empacada del Arpagón de Agustín Siré, que me responde: «¡Esperando a Godot!».

Gracias, amigos queridos del ITUCH, por estos veinticinco años en que, con el talento y esfuerzo de ustedes, Chile ha demostrado que no es un país subdesarrollado culturalmente.

Beethoven⁵

Cada cual tiene sus dioses; yo declaro que para mí el de la música es Beethoven. Cuando supe que para el Festival Obrero de Potsdam iban a tocar y cantar la *Novena sinfonía* en la tarde de su inauguración, pedí especialmente asistir a ella. Fue solo ayer, 17 de junio, día viernes, y aún vivo bajo su benéfica impresión.

El camino de Berlín a Potsdam, de unos cincuenta kilómetros por la carretera más corta, es de amplias perspectivas verdosas, trigales, manzanares, huertos agrícolas, todos sin cercos. Después bosques, algunos de los cuales hacen recordar nuestras selvas del sur, solo que menos enmarañadas. Por estos bosques alemanes se puede andar y correr, como Caperucita Roja huyendo del lobo. El sol, avanzando hacia el ocaso, irrumpía de vez en cuando entre unas nubes algodonosas, sonrosadas por su luz. Toda la naturaleza aquella preparaba el ánimo para escuchar lo que había brotado del espíritu del genio de Bonn. Él seguramente habría andado por los alrededores de Berlín muchas veces, recogiendo en osmosis musical este ambiente telúrico, aunque yo lo he encontrado también en las gargantas del río Baker o en las cornisas cordilleranas que marginan el lago Yelcho.

Potsdam nos recibe embanderado, tanto en las calles como en los balcones de las casas, donde la gente se asoma a mirar un desfile de la juventud. Muchachos y muchachas llevan camisas azules y ritman sus pasos con el palmoreo de sus manos. Es un desfile tranquilo, como son los de los obreros, sin la gallardía militar y la espectacularidad de los que caracterizaron a los nazis. Recuerdo haber leído en *Mein Kampf* que Hitler se burlaba de estos desfiles y de los mítines de la clase obrera, a la cual consideraba cobarde y que arrancaba en cuanto se le atacaba militarmente. Hoy son los hijos de esos obreros los que se han tomado las calles de Potsdam.

Llegamos a un gran edificio rectangular, una de cuyas paredes es totalmente de vidrio y da a un parque arbolado. Cuando entramos, la orquesta solo espera al director. Las plateas bajas y altas están repletas de un público formado en su mayoría de obreros. Esta palabra, «obrero», no tiene el significado convencional y prejuicioso con el que la usamos nosotros. En la RDA el obrero se viste como un buen burgués y es imposible por la vestimenta hacer clasificaciones sociales. Lo sé, porque mi intérprete, Christiane, me lo advierte.

5 10 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 11.

Público, músicos y cantantes esperan con cierta expectación. Se oyen de pronto los aplausos que anuncian la entrada del director. Este es un hombre de unos cuarenta y cinco años, vestido de frac, alto, melencólico y, extraña coincidencia, con rasgos parecidos a los de Beethoven. Se lo digo a Christiane y ella me dice que ya lo había notado en otras ocasiones. ¿Estamos pues ante un fenómeno de reencarnación? ¡Diríamos mejor de espiritualización, pues el director es un experto en Beethoven!

Un silencio absoluto, casi físico, sucede a los aplausos y, con el primer movimiento de la batuta, surge de la tierra una suave melodía que poco a poco va creciendo y llenando los espacios con una sonoridad más vibrante. ¿Cómo describir el desarrollo del mundo musical que sobreviene después? Si es una falta de educación hablar en un concierto, es una profanación el describirlo. Eso le está permitido solo al extraño mundo de los críticos...

El silencio expectante con que los árboles escuchan me lo dice, y un pájaro solitario que cruza recto por sobre sus copas camino de su nido. El cielo que se torna opalescente, como si hubiera escuchado algunos acordes melancólicos de esa música. Las mezclas de tambores, violines, instrumentos de viento y flautas parecen de pronto las respiraciones tempestuosas del mar. Siento que estoy nadando en algo que me lleva muy adentro de un mundo desconocido. Recuerdo una frase escuchada a don Enrique Molina: «La música es lo único que nos hace un hueco en el misterio». Sí, es el misterio: entra por los sentidos, con algo de vibración sensual en la carne, pero luego trasciende a algo más, a eso tan claro y tan oscuro que llamamos espíritu. ¿Fue un solitario, tan solitario como los religiosos este hombre que sufrió tanto de amor por él, por su amada que no lo amó, por la humanidad de su medio que muchas veces no lo comprendió? He leído que le dedicó la *Heroica* a Napoleón, cuando este todavía llevaba en las mochilas de sus soldados los postulados de la Revolución francesa, y que luego renegó y desautorizó la dedicatoria cuando se dio cuenta de que el gran corso no era más que otro dictador imperialista, avasallador de pueblos, megalómano. Que su amistad con Goethe, su otro genial contemporáneo, se trizó porque el genio de Weimar saludaba a su duque con el sombrero hasta el suelo. Que una vez dijo «a la alegría a través del dolor», y que cuando se quedó sordo, mordía la madera del teclado para poder percibir la música que creaba y que nosotros en esos instantes teníamos el privilegio de escuchar en el propio seno de la naturaleza que la inspiró.

Después de la tercera parte musical, la gente del coro se levanta y toma ubicación detrás de la orquesta, en escaños ascendentes que los transforman en un abanico humano que cierra el conglomerado de público, orquesta y cantantes.

Son gentes de toda edad, cuya selección representativa está simbolizada por los cuatro solistas, dos hombres y dos mujeres, vestidos de gala, que toman asiento frente al director. Son ya más de trescientos seres humanos los que toman parte en el rito musical. Y se produce la gloriosa conjunción. Dicen que Beethoven pretendió con esta sinfonía que la voz humana se confundiera con la música y viceversa. No sé; empieza un joven barítono con una voz que tiene algo de trueno tembloroso, se levanta una cantante cuyo eco planea entre los árboles como un pájaro en busca de algo, los violines entran a dialogar con poder de rayos y el coro se levanta como una ola sonora que viene de un mar lejano. El juego musical de instrumentos y de voces dirigido por esa varilla mágica se torna superior a la comprensión que viene a través de nuestros sentidos.

Nuestros ojos, aún como los de un pájaro asustado, van hacia la joven solista, menuda, trigueña, de rostro maternal, vestida de terciopelo negro, cuyas manos sostienen una partitura de tapas verde Nilo, de las cuales levanta su voz pero no la atenta mirada. En grandes letras de imprenta la carátula dice: BEETHOVEN.

Nuevo Brandeburgo⁶

Llegamos al mediodía a Nuevo Brandeburgo, ciudad de treinta y ocho mil habitantes, situada a las orillas del lago Tollensesee, de catorce kilómetros de largo. «Nuevo» Brandeburgo tiene la ironía de haber sido fundada en el año 1248. Es como una hija de otro Brandeburgo más antiguo, de la cual recibió el derecho de llamarse ciudad. Aún conserva en gran parte su muralla construida en el año 1300 y rodeada de dos fosos de agua para defenderla de los ataques. Es la mejor conservada del norte de Alemania y se la piensa restaurar en los próximos años. Es otra ironía más: el socialismo restaurando una obra del feudalismo, no porque tenga utilidad, sino solo por su valor histórico. Las cuatro puertas de entrada son de estilo gótico, datan del siglo xv y están bien conservadas, a pesar de que durante la guerra el 85% de la ciudad fue destruido. Pero Nuevo Brandeburgo es como el ave fénix, pues en la guerra de los Treinta Años también fue destruida. Todavía se pueden ver en la muralla unos rincones con casetas que en esa época fueron convertidos en viviendas. Como consecuencia de esa guerra los suecos vivieron aquí y después la liberaron los alemanes. Lo curioso es que los habitantes recibieron bien a los suecos, y los alemanes cuando la liberaron se vengaron de la ciudad.

En una gran torre de la Edad Media, de las de defensa de la muralla, se encuentra un pequeño museo de la historia de esta ciudad. Allí vemos a los primeros esqueletos de los seres que habitaron su suelo diez mil años antes de nuestra era. Más atrás, aquella planicie estaba ocupada por los hielos. Los objetos prehistóricos más antiguos datan de mediados de la Edad de Piedra, son hachas de sílice, mazas de piedra perforada con mango, martillos de piedra, chacarería con grecas verticales encontradas en los pantanos, piedras cóncavas para triturar cereales. La Edad del Bronce está representada por hachas, lanzas, pequeñas guadañas, joyas y brazaletes para piernas y brazos. La Edad del Hierro representativamente es la más precaria, pues sus objetos están semidestruidos por la oxidación. Encontramos una moneda romana del emperador César Severo Augusto, y otras halladas bajo los escombros de casas antiguas, del siglo III. Restos de un mamut —muelas y el hueso de un pie—, animal que se desarrolló después del periodo glacial.

El lugar fue habitado primero por las tribus germanas y en el siglo vi llegaron las tribus eslavas, de las cuales se conservan los cacharros, ya finos, pues eran trabajados con tornos de pie.

Un gráfico muestra cómo la ciudad fue construida en la Edad Media en un terreno arenoso dentro de un pantano cerca del lago. Una piedra del ayuntamiento, destruido por los últimos bombardeos en 1945, dice: «Esta casa municipal fue empezada en 1585 y terminada en 1588 para provecho y adorno de la ciudad. Bueno es cuando la paz gobierna en el país y la unión en la ciudad». Es otra ironía cruel de Nuevo Brandeburgo.

Ballestas, catapultas, armaduras del siglo xv, un montón de balas de piedra de todo tamaño, redondas, usadas por Tilly, un guerrero del emperador, que destruyó la ciudad, siguen desmintiendo el anhelo del que grabó la piedra. Santos de madera del 1500. Armas de la guerra de liberación contra Napoleón. Un retrato de Fritz Reuter, un gran poeta que vivió de 1810 a 1874 y que escribió en el dialecto de la región de Mecklemburgo, que aún se habla un poco entre los ancianos del campo.

Los romanos en el siglo x empezaron a llamar a la gente que vivía aquí «germanos». Antes no tenían «nombre», me dice la directora del museo, una joven del pueblo, morena, sencilla, con una sonrisa como si fuera la de una chilena.

6 28 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 5.

El municipio de Nuevo Brandeburgo⁷

El alcalde de Nuevo Brandeburgo no está. Me atienden la secretaria del Consejo Municipal, Ilse Hoetbe, y la jefa del Departamento de Cultura, Lisselotte Stiegelmeier. El alcalde es elegido para cuatro años. Después de las elecciones para el Parlamento, este elige el Consejo Municipal y de él sale por votación el alcalde.

—Nuestro alcalde es un antifascista probado, que ha estado en campos de concentración —nos dice la secretaria, contestando a nuestras preguntas—. El Parlamento para la ciudad tiene cincuenta y cinco diputados y el Consejo Municipal, catorce. Los diputados son gente que trabaja en la ciudad y sus alrededores. Se reúnen cada seis semanas para sesiones plenarias y el resto del tiempo funcionan en comisiones permanentes. Lo forman médicos, empleados, obreros de la construcción, campesinos, amas de casa. El 50% son mujeres. En la RDA, somos un Estado unitario, así que las resoluciones de la Cámara del Pueblo son obligatorias para el Consejo Municipal. La dependencia o jerarquía de poderes es: primero, la Cámara del Pueblo; después, el Consejo de Estado, Gobierno, Parlamento Provincial, Parlamento Regional y Parlamento Municipal. Dentro de este engranaje es que el Consejo Municipal ejerce su mandato. El alcalde es la principal autoridad local y da cuenta de sus funciones al Consejo y su Parlamento.

—Como aquí somos un Estado de obreros y campesinos, mañana, por ejemplo, hay una reunión plenaria en la cual el fiscal va a rendir cuenta de cómo se realiza en la ciudad la justicia socialista. Va a contar cómo la organización jurídica ha trabajado para prevenir, castigar o absolver delitos. Nuestra característica es poner los delitos frente a los organismos sociales. Para ello tenemos tres comisiones de decisión, constituidas por ciudadanos que zanján las pequeñas cosas, que no son de competencia de los tribunales, sino de los mismos ciudadanos. Actúan en los barrios, en las fábricas, en asuntos que atentan contra la propiedad del pueblo o de conflictos entre obreros y la dirección de la fábrica.

Me invita a la reunión del día siguiente; pero, desgraciadamente, tenemos que seguir hacia otra ciudad. Pregunto sobre la conciencia civil o responsabilidad en el pueblo para ejercer sus cargos.

—Tenemos veinte años de práctica y la gente ha demostrado responsabilidad; para sesionar se necesita un quórum del 50% y hasta ahora no se

ha suspendido una sola sesión por ese motivo. Existe un plan de economía popular para la ciudad, en el que se determina la participación del Consejo Municipal en las labores de producción. En empresas de reparación y combinados de servicios, hasta las de lavado de ropa y compostura de zapatos. A más alto nivel, el Consejo Municipal es el responsable del desarrollo de las cooperativas, cuyo trabajo es fijado por el plan económico municipal. Solo las grandes empresas son dirigidas a nivel regional o provincial. El Consejo Municipal tiene que ver nada más que con asuntos locales, sobre todo de abastecimiento. Por ejemplo: hay un combinado de construcción de viviendas que funciona en la ciudad, en el cual interviene el consejo cuando construye para la ciudad, como en el caso de un barrio que se levantará en dos años en la parte oriental. Y no cuando se construye para otras provincias.

Me habría gustado calar más hondo en este verdadero gobierno municipal en un régimen socialista, pero el tiempo apremia y tenemos que visitar un orgullo de Nuevo Brandeburgo: el Combinado de la Cultura, con su Torre de la Cultura.

⁷ 31 de julio de 1966, *Última Hora*, p. 5.

Stralsund⁸

Nombre trabado de consonantes es el de este puerto del mar Báltico, de sesenta y ocho mil habitantes, Stralsund..., me suena más a marejada nórdica que a huerta alemana de tierra adentro. Me lo comprueba después un busto en bronce del rey sueco Gustavo Adolfo, que se conserva en una galería del ayuntamiento. Estoy solo, acabamos de llegar y mis compañeros de viaje se han quedado en el hotel descansando; pero yo no me reprimo, me ha llegado la brisa del mar, y este mar se llama Báltico y, aunque cansado también, salgo a saludarlo. Para mí, hombre de Chiloé, del Pacífico Sur, es el personaje más importante. Con él no necesito intérprete, ni historiadores que me cuenten su pasado, ni ideólogos que me hablen de su futuro. Está allí, como siempre, y como siempre estará, con sus ondas cabrilleantes, lengüeteando el rumor de la vida contra los acantilados. Todo mar es la patria de las gaviotas, de los marinos y de los hombres solitarios. Todo mar es amor, sexo, remolino metafísico hacia su profundidad. Dicen que, en los tiempos de los grandes veleros, cuando un capitán moría en alta mar, el contramaestre tomaba su rempujo, lo envolvía en una lona embreada y lo cosía de manera que no penetrara en la bolsa. Así lo fondeaban con un sachó de fierro en los pies, para que permaneciera enhiesto, como un coral de pie, atisbando su rumbo hasta en las oscuras profundidades. Por eso la gente prefiere el mar a un lago para bañarse; limpia de todo, de alma y de cuerpo, es como una resucitación.

Así llegué al puerto de Stralsund, como a descansar de mí mismo en este viaje por el conflictivo suelo alemán.

Eran como las cinco de la tarde y los adoquines de las calles, las bodegas de zinc oxidado, los barracones del puerto tenían ese aire frío que viene del mar a esa hora en todas las costas del mundo. Primero un canal estrecho con un puente de tablonés, después largas escolleras hacia un mar espejeante como una laguna.

En un embarcadero próximo desembarcan pasajeros de un barco blanco llamado también Stralsund, no tendrá más de veinte metros de eslora. Son gente que posiblemente viene de la isla de Rügen, cuya silueta boscosa se divisa al frente.

Las calles son estrechas y zigzaguean con cierto parecido a las de nuestro Valparaíso. Un marinero abrazado a su muchacha entra en un bar de la

esquina y yo los sigo. Adentro hay gente de mar que bebe cerveza y aguardiente. Bebo y cuando salgo de la taberna me da hambre. Es la hora de la comida en el hotel; pero a poco andar me encuentro un negocio en cuya vitrina exhiben varias clases de pescado salado y ahumado. Entro y hablo en el idioma de mis más lejanos antepasados, el de los dedos, y me dan dos trozos como de sierra ahumada. Me voy a un muelle y me pongo a comer a la orilla del mar. No es arenque, ni róbalo chilote, ni pescada, pero tiene sabor a mar y a humo de cabaña de pescadores. Estoy alegre, no sé por qué, y vuelvo al bar porque el pescado estaba un poco salado. En el camino, recuerdo a un viejo amigo, el capitán Lengerich, que estuvo conmigo en la Antártida. Fue capitán de un barco pesquero en estas costas pues es alemán del Norte. Cuando bebía cerveza recitaba un verso anónimo, de estas regiones: «El alba del triste no tiene otro abrigo que el trago, los amigos en la taberna discuten, pelean, se disparan balazos, pero las balas, aunque los atraviesan, no los hieren».

8 4 de agosto de 1966, *Última Hora*, p. 5.

En la isla de Rügen⁹

Frente a Stralsund, ciudad cuya fundación se remonta al año 1234, está la isla de Rügen, a la cual se llega por barco y por un dique puente de dos y medio kilómetros. Rügen y otra isla que corre paralela a ella en el Báltico, Hiddensee, tienen en conjunto alrededor de 85 000 habitantes. La superficie de la primera es de cerca de mil kilómetros cuadrados. Tiene una tierra fértil, que ha despertado la codicia de los terratenientes desde tiempos remotos. Se constituyeron allí grandes dominios agrícolas, y los aldeanos sin tierras pasaron a ser esclavos de los nobles. Este proceso de instauración de la servidumbre en Rügen ha sido analizado por un precursor de la unidad de Alemania, Ernst Moritz Arndt, hijo de un siervo, en un libro que se titula *Ensayo sobre la historia de la servidumbre en Pomerania Occidental y en Rügen*.

En 1945 el 70% de las tierras agrícolas eran propiedad de grandes terratenientes, con derechos de siglos, los que fueron expropiados por la reforma agraria que repartió sus tierras entre cuatro mil quinientas familias de pequeños campesinos y obreros agrícolas sin tierras. Los palacios de los *Junkers* fueron transformados en casas de reposo para obreros, sanatorios y casas de cultura.

Visitamos Rügen dos veces, una vez por mar y otra en auto, por su extraordinario dique puente. Sus playas repletas de veraneantes, en su mayoría obreros y empleados con sus familiares. En una de ellas había estado cuando niña Christiane, la intérprete, quien recordaba una leyenda del lugar: en otros tiempos se había hundido allí una ciudad y a veces, en las noches, se oyen repicar las campanas de la iglesia bajo el mar.

Y a propósito de iglesia, es digna de mencionarse la de Bergen, un lugar en el interior de la isla, al cual llegamos por una carretera que sube y baja por suaves hondonadas boscosas. Las calles, estrechas y empedradas, conducen a una plazoleta en cuyo fondo se levanta esta joya arquitectónica del gótico, de ladrillos rojos.

En el fondo de la nave central, en las paredes laterales, hay una serie de pinturas murales que representan en una pared el cielo y en la otra el infierno, con una mezcla de primitivismo fantástico, que después supe que no se encontraban en ninguna otra parte de Alemania.

El infierno es más abigarrado e impresionante que el cielo: avistamos en las sombras un demonio que echa monedas de oro por medio de un embudo a un personaje tumbado en el suelo. Al lado, con un puñal, un prójimo saca a otro un ojo de la cara, a los pies de ellos hay un cubilete que ha volcado tres dados. Otro demonio destripa con un cuchillo una bolsa de monedas de oro. Otros demonios danzan en diferentes poses y algunos llevan pollos y peces ensartados en un banquete fantasmal, prosiguen monos, sapos y otros animales, y un gran pulpo que enreda a un hombre en sus tentáculos. La entrada a este infierno es la boca de una gran bestia, como la de un buey con cuernos, por donde van pasando un rey, un guerrero y otros personajes mandatarios. A la derecha del altar, otro monstruo con las fauces abiertas trata de devorar a otros hombres que se escapan. No cabe duda de que si estas pinturas murales no corresponden a la realidad infernal de los cánones religiones clásicos, sí corresponden a la realidad terrestre, y hasta la de los tiempos actuales.

Cerca de la puerta de entrada hay un gran cofre antiguo, de madera gruesa con guarniciones de hierro, que nos hace recordar los que usaban los piratas para guardar sus tesoros.

En la pared cuelga un documento en el que se habla de la caída de Cabo Arkona, el extremo septentrional de la isla, ocurrida en 1168. Desde ese año entró en Rügen la religión cristiana. Esta iglesia fue la primera construida con ladrillos, pues antes se hacían con barro y techo de paja. Se construyó bajo la dirección de especialistas daneses. En 1193 se hizo el primer monasterio de monjes, ocupado por benedictinos y después por cistercienses. A partir de 1539 y hasta ahora, se ofician en ella solo misas protestantes.

Afuera, encontramos a un aldeano que nos saluda. ¿Qué tal la vida por estos lados? «¡Muy buena en la isla!», me responde. Me dice que Rügen tiene más o menos setenta kilómetros de largo por cuarenta y cinco de ancho; pero mirando un mapa más tarde me parece que más. En el camino pasamos a beber una cerveza en un pequeño boliche. En la pared vemos un letrero que nos traducen: «Los niños de Vietnam quieren vivir en paz. ¡Seamos solidarios!».

⁹ 9 de agosto de 1966, *Última Hora*, p. 5.

Paga sus crímenes¹⁰

El Tribunal Supremo de la RDA está situado al frente de una gigantesca catedral semidestruida por los bombardeos de la última guerra. Con su cúpula intacta y los huecos de los ventanales renegridos aún por la quemazón de las bombas, parece una siniestra calavera o una pintura trágica que hace recordar el *Guernica* de Picasso.

Nos reciben el vicesfiscal general, don Carlos Pioth, que dirige el departamento que persigue los crímenes nazis y de guerra, y el fiscal al que le tocó conocer en el proceso a Fischer, don Gernot Windich, ambos hombres de alrededor de cuarenta años. El primero es de un rostro duro, anguloso, cetrino y de labios delgadísimos que se cierran como dos hojas de papel, y el otro, por contraste, de rasgos suaves, casi tiernos, amable, pero con un ceño de preocupación. Otro funcionario que trae los documentos interviene más locuazmente en la conversación a través de Christiane, la intérprete. Yo anoto textualmente lo que me traduce, especialmente la información de Gernot.

—Habíamos acusado a Fischer de que él, en calidad de médico de las SS en el campo de concentración y exterminio de Auschwitz, había liquidado, según sus propios cálculos, la vida de setenta mil personas.

Una parte integrante del trabajo de los médicos de las SS era dividir a los que llegaban al campo entre capaces e incapaces de trabajar. Esa selección se hacía porque la IG Farben había hecho cerca de Auschwitz su propio campo de concentración en Monowitz, donde quería construir la cuarta filial de sus fábricas Buna. Los monopolios habían hecho contratos con los de las SS para el suministro de estos verdaderos esclavos de trabajo. En Auschwitz fue encargado de la Farben el señor Ambross, el cual hizo con Goering un contrato por el cual este le suministraba presos. Ambross está hoy en Alemania Occidental y es miembro de varias empresas sucesoras de la IG Farben, que colaboran estrechamente con consorcios norteamericanos. Otro enlace inmediato entre la Farben y el campo de concentración de Auschwitz era el doctor Dürrfeld, que en Alemania Occidental es hoy miembro del Consejo de Control de la empresa Scholven Chemie en Gelsenkirchen. El director de la IG Farben, un señor Faust, es hoy en Alemania Occidental miembro directivo de la Kerome Chemie. Entre ellos y las SS había contratos por los cuales la IG Farben pagaba por cada preso obrero tres marcos. Por las actividades del

doctor Fischer desde 1942 a 1944 las SS recibieron veinte millones de marcos del Reich. Cuando los prisioneros ya no eran capaces para el trabajo se los exterminaba en las cámaras de gas Zyklon B de Birkenau. Este gas era producido por una filial de la IG Farben, la Degesch. Es decir que la IG Farben tuvo doble ganancia con esos presos: por su trabajo y por su destrucción. La opinión pública sabe que hoy estos asociados con los yanquis producen gas para la guerra en el Vietman.

El doctor Fischer cometió sus crímenes en tres niveles: en los andenes del ferrocarril del campo de concentración, hacía la selección de los presos que iban para el trabajo y para el exterminio físico. Un movimiento de su mano significaba la vida o la muerte para esos seres. Cómplices de Fischer eran el doctor Mengele, que está ahora en Sudamérica, se supone que en Paraguay, y un doctor Schuman, que estuvo también a cargo de la selección para pruebas de eutanasia, esterilización y para la destrucción biológica en masa.

—Contra este doctor Schuman habíamos hecho un juicio en 1948, pero se fue a Alemania Occidental y allí lo dejaron escapar al extranjero.

Me muestran variados documentos del juicio, que conservan en veinticuatro carpetas: planillas con la firma de Fischer; las tachas de un certificado médico en que otro colega dice «yo como médico me opongo a que se dé castigo físico al preso»; dos sombrías columnas de hombres, al frente de las cuales está Fischer y oficiales de las SS; otras fotografías de mujeres llorando aterrorizadas cuando van camino de las cámaras de gas, y una curiosidad macabra, se trata de un preso que fabricó una máquina fotográfica y captó furtivamente a un grupo de mujeres desnudas que van al exterminio. Es como si un ojo de la conciencia del universo, porque creo que Dios no se atrevió a mirar lo que hacían los de «su imagen y semejanza», hubiera querido registrar esta perversidad criminal.

El doctor Fischer sabía bien cuáles eran sus crímenes, por eso se mandó a quitar el tatuaje de las SS, se vistió de civil y empleó documentos de identidad de cuando joven. Por recomendación de un cura se quedó en la RDA, porque sus familiares y otras personas que lo conocían estaban en Alemania Occidental y podían descubrirlo. Me muestran un formulario firmado por Fischer en el que declara no haber tenido relación alguna con los hitlerianos. En su autobiografía dijo que había estudiado en Königsberg, lugar barrido por los bombardeos, donde no había quedado un rastro para hacer una investigación. Fischer es un apellido abundante. Había dos médicos Fischer más, uno condenado en Núremberg y otro acusado en Austria, lo

10 21 de agosto de 1966, *Última Hora*, p. 14.

que le sirvió para que lo creyeran desaparecido, y muchos que estuvieron en campos de concentración lo creían muerto.

Se puso a vivir en una pequeña aldea y se comportó sin llamar la atención en una casa donde precisamente antes había vivido otro doctor Fischer. Acordaron con su mujer disimular su identidad, lo que ella cumplió hasta después de que lo tomaron preso.

El juicio exigió un trabajo de día y noche, pero lo más horrible para los nervios fue el careo de Fischer con los testigos, cuarenta y seis en total, que se acordaban de lo que él había hecho hace veinte años. Los testigos vinieron de la RDA, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Alemania Occidental y Austria. Un testigo vino de Hamburgo, sin ser citado, con el fin, dijo, de acusar a los cómplices de la IG Farben, porque así lo exigía su conciencia ante el recuerdo de los muertos. Del 10 al 25 de marzo de este año el fiscal Gernot asistió a esta fase del proceso y elaboró la acusación. En la primera fase, Fischer trató de disminuir su culpa, pero bajo la presión de las pruebas y los testigos, reconoció rápidamente todos sus crímenes. Los observadores de Alemania Occidental quedaron impresionados de cómo el acusado dio una información tan abierta de sus crímenes, a pesar de que tuvo dos abogados que lo defendieron.

Fischer dijo que el año 1933 él buscaba un camino y lo encontró hacia las SS porque era un hombre débil y necesitaba una faja. Entonces entró en la ideología nazi y se hizo SS.

¿Y usted qué pensaba cuando mandaba a matar a mujeres y niños?, le preguntaron. Textualmente, Christiane me traduce del proceso: «Por motivos de educación y del trato dentro de las SS, yo consideraba que las vidas de esas personas no era necesario conservarlas». En otra parte declara: «Yo estaba a favor de la eliminación de los judíos de los puestos directivos porque veía más posibilidades para mi propio desarrollo profesional». El fiscal general dijo que Fischer no concebía en su conciencia que los judíos pertenecieran al género humano. Esa perversión mental empezó con los ideólogos y autores racistas del Tercer Reich de Hitler.

—Hoy tenemos la misma educación en Alemania Occidental, donde se dice que se puede matar impunemente a un comunista —termina en su información el fiscal Gernot Windich, de suave pero preocupado hablar.

El juicio duró desde junio de 1965 hasta marzo de 1966 y el doctor Horst Fischer fue condenado a muerte. Le pregunto al fiscal si se había cumplido la condena y dónde, pero él me responde con gravedad que de eso no me puede informar.

Tres días después, yendo a una fábrica de maquinaria pesada, Christiane Barkhausen, la amable intérprete, me dice que esa mañana, 11 de julio, había escuchado por radio París que el doctor Fischer había sido ejecutado. La noticia la confirmó después una radio local. «A lo mejor cuando usted preguntó ocurría la ejecución», me comentó. Ahora comprendo los rostros de preocupación de esos hombres, le digo. Después salió una noticia breve en los diarios sobre la ejecución, sin decir dónde.

Las opiniones de Reynolds Brummack¹¹

Es un campesino caucásico, vecino a la casa de campo del escritor Eduardo Klein, tiene setenta y un años y su mujer, sesenta y nueve, que llega en bicicleta cuando nosotros pasamos a visitarlo.

Reynolds es un viejo enjuto, como me gustaría serlo cuando tuviera su edad, de ojos azules, bigote corto semicanoso, mirar gacho y sonrisa maliciosa. No sé por qué nos entendimos desde el primer momento a través del incomparable intérprete que es Eduardo Klein, que estuvo catorce años en Chile.

En la Primera Guerra Mundial fue soldado y luchó contra Francia. Tuvo suerte y volvió sin ser herido. En 1919 se casó; pero en 1920 sus tierras volvieron a ser de Polonia, y echaron a los alemanes. Les dijeron que se fueran donde Hindenburg; pero les pagaron algo para que pudieran comprar en otra parte. Se vinieron a Silesia, sus tres hijos nacieron en una y otra parte. Hoy tiene trece nietos y cuatro bisnietos, el quinto va a ser medio cubano, pues la nieta se ha casado con un estudiante cubano.

En Silesia compraron veinte hectáreas y volvieron a sembrar trigo, legumbres y mucho pepino. Llegó la Segunda Guerra Mundial. No lo movilizaron por la edad; pero en las últimas semanas lo enrolaron en la guerra. Ya estaban ganando los soviéticos. Tenía tres caballos, de los cuales dos se los llevaron los rusos y ayudaron a conquistar Praga; el tercero se lo requisaron los alemanes. Siente aún la yegua, que tenía ocho años. Me muestra una fotografía de los jamelgos como si fuera de familiares. Los perdieron cuando se estaban fugando de los soldados soviéticos, pero estos les devolvieron los dos, para que regresaran. El 14 de mayo de 1945 volvieron a Silesia, y cuando se fijaron de nuevo las fronteras, el territorio volvió a ser de Polonia. Cuando regresaron todo estaba destruido, porque se peleó duro en el mismo pueblo. Tuvieron que andar más de cien kilómetros a pie hasta Görlitz, en la misma frontera con Polonia. Allí estuvieron en un campo de refugiados bajo la administración soviética. El campo era un castillo de caza de un conde que se había fugado. A los tres con la hija los ubicaron en una pieza.

Estuvieron después en Mesklen y luego en Turingia. Los otros dos hijos no volvieron. Arrendaron veinte hectáreas en el sur, con dinero que llevaban en el forro de las chaquetas. En los hombros ponían billetes de

cien marcos y en vez de botones usaban en cada uno dos monedas de cinco marcos forradas en género, algunas de oro. Así guardaron siete u ocho mil marcos.

Más tarde llegaron a una granja cerca de Beeskow —lugar cercano al que nos encontramos— y halló trabajo en la cría de chanchos, primero en una granja del Estado y después en una cooperativa. Se cayó de una escalera y se accidentó la columna vertebral. Entonces lo jubilaron.

Considera que no es justo que un director de cooperativa gane más que un trabajador que hace más esfuerzo físico. La cooperativa era un antiguo fundo que en 1946 se repartió entre los obreros agrícolas. Trabajaron individualmente diez años y después formaron una cooperativa del tipo 3. Al director le gustaba el trago. Una vez para su cumpleaños cada campesino le regaló una botella de aguardiente y él se emborrachó siete días. No salió de la casa y decían que estaba enfermo. Llegó el tiempo de renovar la dirección y, de treinta y ocho votos, sacó cuatro. La hija del director era la contadora y amenazaba a los campesinos para que reeligieran a su padre; pero salió elegido un tractorista y la cooperativa anduvo mucho mejor. El antiguo director era miembro de la Asamblea Regional y del Partido Campesino. Creía que su partido le iba a conseguir otro buen puesto, pero no solo no le dieron puesto, sino que tampoco lo eligieron en la asamblea. Ahora trabaja en el granero de la cooperativa y tiene que darle duro al trabajo para poder mantenerse a flote. Cuando era director estaba muy gordo y fachoso, pero ahora se ha vuelto muy esbelto. Hace unas semanas se encontró con él en Beeskow.

Y Reynolds Brummack, que ha peleado en dos guerras y visto muchas cosas, me mira con sus ojillos maliciosos y ríe por lo bajo con una risa socarrona. Posiblemente sabe que me ha dado una buena lección sobre los problemas de la reforma agraria en la RDA, pues después me pregunta cómo son las cosas en Chile, y yo trato de informarle con la misma sabiduría de un campesino magallánico.

¹¹ 24 de agosto de 1966, *Última Hora*, p. 5.

La isla de Hiddensee¹²

La isla de Hiddensee, en la costa alemana del mar Báltico, tiene la forma de una larga anguila que va paralela a la otra isla grande de Rügen. En el mar interior que las dos forman también se pescan anguilas, y otros peces, con un sistema de redes sostenidas verticalmente por medio de estacas que sobresalen de la superficie.

Vamos costeándola en un barco de pasajeros de poco tonelaje repleto de obreros y empleados de vacaciones con sus familiares.

La navegación es tranquila. Corre una brisa fresca. Un pequeño barco pesquero entra por las estacadas recogiendo sus redes. A la cuadra pasamos por una bandada de gaviotas tan numerosa y densa que semeja un banco de arena blanca sobre el mar. Cada cierto trecho nos encontramos con una boya negra con una gran letra blanca en su costado. Siguen el orden alfabético y sería un magnífico sistema flotante para aprender a leer. Recién vamos en la «D». Pasan tres veleros de paseo, uno de ellos, el Augusto Bebel, es de matrícula de Berlín. Otro va gobernado por una mujer solitaria y el tercero por un matrimonio, todos llevan la bandera de la RDA. Christiane, la intérprete, me viene a buscar a la cubierta y me invita a probar un coñac rumano cuya calidad me demuestra haciendo restallar la lengua.

De pronto se eleva la isla como en una colina chilota cubierta de bosques y en la cima se destaca la torre de un faro. Una veterana se me sienta al lado y me habla con cordialidad en alemán. Yo no hablo alemán, le digo en las cuatro únicas palabras que hasta ahora he aprendido, y ella me sonrío compasivamente. Tengo frío y no puedo beber coñac, tengo la vieja Alemania al lado y no puedo conocer un resquicio de su alma, y pretendo escribir reportajes...

Por eso tal vez me metí rápidamente en el museo regional en cuanto desembarcamos después de cuatro horas de viaje desde Stralsund. Mi primera sorpresa es una nutria igual que la de los canales magallánicos y el «ostrero», un pajarito que en nuestras costas llega hasta la Tierra del Fuego. Están asimismo nuestro «zarapito»; la zancuda marina de pico largo, que es tan buena como un pollo, y hasta el «pil-pil». Aquí sus nombres, por supuesto, están en alemán, pero en latín son *Numenius arquata* y *Hoematopus ostralegus*. Hay siete variedades de patos y ocho de gaviotas, entre estas, un albatros gris. «Gaviota de la tormenta», «gaviota de plata» y «gaviota de la risa» son las traducciones literales del alemán. Un diente de mamut habla

de la antigüedad de la isla y otros fósiles, maderas y ámbar petrificados. Hachas de la Edad de Piedra, cuchillos de piedra, puntas de lanza, adornos de oro y plata encontrados en tumbas hablan del paso del hombre en la larga y delgada Hiddensee, pues tiene dieciocho kilómetros de largo; en su parte más ancha, dos kilómetros y en la angosta, doscientos metros.

Un monasterio cisterciense fue fundado en 1296 y desapareció en 1536, destrozado por la guerra de los Treinta Años. Hay una placa que lo recuerda y el esqueleto del monje superior conservado en una urna. Un señor feudal compró la isla entera en 1754 y explotó sus suelos de creta, que son muy apropiados para la porcelana fina. Están sus retratos al óleo en el museo, el de Sofía y Joaquín Giese von Schwerin. Hoy tiene mil trescientos habitantes, en su mayoría pescadores; pero en el verano la población pasa de quince mil.

Allí vivió el dramaturgo Gerhart Hauptmann. Premio Nobel de 1912, nacido en 1862 y fallecido en 1946. Su casa, de aspecto señorial, está convertida en museo de su vida y obra. Escribió varios tomos de dramas y comedias; pero la que lo hizo famoso fue *Los tejedores*, cuyo tema es la revuelta de los obreros textiles de Silesia por el año 40 del siglo pasado.

12 26 de agosto de 1966, *Última Hora*, p. 5.

Los capitanes de la cosecha¹³

Así llaman los campesinos a los que manejan las máquinas segadoras, trilladoras, y la imagen es exacta. Las hemos visto en la noche dando vaivenes en las sombras como barcos sobre un mar paralítico, con sus luces de posición y sus dos grandes focos delanteros como chispeantes ojos de un monstruo del secundario. En el día navegan más apaciblemente y sus dentadas trompas recogen mejor el centeno aplastado por las lluvias.

A la orilla de este mar de espigas, a trechos aplastadas como si hubiera pasado revolcándose una gran bestia, las vemos trabajar con admiración. En el oscilante andamiaje van el conductor y un ayudante.

El alemán casi no descansa. Me han dicho que solo es feliz cuando está haciendo algo. Tampoco deja descansar su tierra, magra, arenosa, donde solo el milagro de sus fertilizantes químicos puede dar esos frutos. Los suelos de esta granja estatal, en la calificación del 6 al 90, tienen cifra 8 y como término medio 23.

Todo esto nos lo explica el director de la granja, un hombre joven muy amable y activo, que tiene un significativo nombre, Guillermo Kaiser. Dice que cuando estuvo estudiando en la Unión Soviética y regresó, los campesinos dijeron «nos han devuelto el último káiser».

El maquinista de una cosechadora gana durante esa faena mil quinientos marcos mensuales, mientras que un obrero agrícola corriente, seiscientos. El que logra el mayor rendimiento tiene como premio un viaje de verano gratis a la costa del mar Negro, o adonde a él le parezca. Estas máquinas pierden solamente el 3% del trigo y trabajan por llegar al 1%, pero es difícil.

Conversamos con el ayudante de una cosechadora, Arturo Schubert, cincuenta y tres años, casado, con tres hijos. Gana setecientos sesenta marcos y es secretario de la Base del Partido en la granja. Después de la cosecha trabaja en los establos de chanchos y vacunos. «He trabajado toda mi vida en el campo y no lo voy a dejar ahora por ser político», me responde cuando le pregunto, algo sorprendido, por la integración de sus actividades. Fue soldado hasta 1943 y lo dieron de baja porque de seis hermanos era el único que quedaba con vida, se acogió a una ley que lo determinaba así. Pero poco antes de terminar la guerra lo movilizaron de nuevo, aunque a los dieciséis kilómetros de su casa lo tomaron prisionero los soviéticos. Estuvo cuatro años y once meses como prisionero de guerra

en la URSS. Tuvo que trabajar en un *koljoz*, pero tenía comida y no se enfermó. Al volver encontró a su familia, pero la situación económica era muy mala todavía. Tres meses sin trabajo. Luego trabajó en camiones en Berlín hasta el 55. Tenía una sola pieza para ellos y sus niños. Entonces consiguió venirse a esta granja del Estado. Impresionado por los horrores de la guerra, empezó a trabajar en el sindicato, siguió unos cursos sobre marxismo-leninismo y en 1960 entró al Partido Socialista Unificado. Está al frente de las actividades políticas de cuarenta y tres militantes en una población de ciento ochenta hombres y mujeres.

Se me hace duro interrogar a veces a estos hombres, por cuyo espíritu, tal cual en los pastos, ha pasado también alguna bestia revolcándose. Donde uno vaya, encuentra los rastros de la barbarie fascista.

El que dirige la cosechadora es un muchacho joven, estudiante de veterinaria de Berlín, que aprendió el manejo de estas grandes máquinas y viene por la temporada para incrementar su presupuesto de estudiante. Es la nueva generación, la que no ha conocido la guerra y, cuando ambos hombres suben al andamio ambulante para proseguir la siega, los veo como una espiga humana, como el centeno aplastado por una tempestad y el brote del pasto nuevo surgiendo después de la siega.

La propiedad era del cuñado de un banquero, Kolzman, que ahora está en Alemania Occidental. Se expropió en 1945 y desde hace dos años se ha especializado en cultivos para semillas y ganado de raza. Su área es de mil cien hectáreas, de las cuales trescientas cuarenta son de centeno, cincuenta para avena y cien para pastos forrajeros, especialmente la lupina. Hay cien hectáreas de siembra de papas para semillas y otros cultivos de zanahorias, legumbres y betarragas. La dotación ganadera es de mil vacunos, de los cuales trescientos son vacas lecheras; mil ovejas de la raza merino, y seis mil cuatrocientos cerdos, de los cuales ciento veinte son chanchas de cría. Trabajan ciento ochenta personas, de las cuales treinta son mujeres, estas solo en faenas de verano.

Con el encargado de la ovejería nos entendimos de igual a igual. No usa caballo, pero sí perros pastores que dirige con un bastón. Las ovejas dan un promedio de cuatro kilos y medio de lana, lo que encontré excepcional. Intercambiamos experiencias de marcas y castración, y cuando le pregunto cómo las madres reconocen a sus corderos me contesta «por el número». Los pequeños llevan un número rojo en el espinazo. Tuve que explicarle que en la Patagonia las ovejas no reconocían a sus crías después de la marca por lo ensangrentadas que estas quedaban. Me miró socarronamente, y le repliqué: es que allá las ovejas todavía no saben leer.

13 1 de septiembre de 1966, *Última Hora*, p. 5.

El camino alemán al socialismo¹⁴

El 3 de junio en la mañana me recibe el vicepresidente del Consejo del Frente Nacional de Alemania Democrática, señor Gerhard Engler, un hombre de cincuenta y dos años, alto, de rostro alargado, trigueño, ojos verdosos, de los que emana una serenidad cordial. Le formulo una serie de preguntas que quedan finalmente sintetizadas en cómo es el trabajo del Partido Socialista Unificado con sus demás aliados. Gerhard Engler ha sido por diez años redactor del principal diario y cinco años corresponsal en Alemania Occidental, y toma la palabra con cancha periodística, ahorrándome el diálogo. El hilo de su pensamiento y la claridad de su exposición son tales que le pido a Christiane, nuestra intérprete, que me dicte lenta y literalmente, para que no haya interpretaciones ni de ella ni mías. La importancia del tema lo requiere.

Idea de Dimitrov

—La idea del Frente Nacional amplio no es nuestra. Se debe a la exposición de Jorge Dimitrov en el VI Congreso Mundial del Komintern, donde él expuso que era necesaria la lucha amplia de las masas contra el fascismo. Esas resoluciones fueron concretadas y adaptadas a la situación alemana por el Partido Comunista Alemán en los congresos de Berna y Bruselas. Esta política expuesta teóricamente fue realizada en la Segunda Guerra Mundial por la formación del Comité Nacional de Alemania Libre. Este comité fue formado en la Unión Soviética, donde se vio la gran ayuda que el Partido Comunista de la URSS dio al Partido Comunista alemán. (Él estuvo en esa ocasión en Moscú). Colaboraron por primera vez diputados del Reichstag, comunistas, como Pieck y Ulbricht y Florin, junto con escritores como Erich Weinert, que era uno de los más conocidos antifascistas, una especie de Mayakovski alemán por sus versos combativos; hoy, las casas de cultura y las fábricas llevan su nombre. Colaboraron con prisioneros de guerra alemanes, soldados, oficiales; generales, curas católicos y protestantes que estaban presos en la Unión Soviética. El que ahora es obispo de Greifswald, Krummacher, fue miembro de este Comité de Alemania Libre y escribió discursos que fueron transmitidos por radio a la población alemana.

¹⁴ 3 de julio de 1966, *El Siglo*, p. 5.

Marxistas y cristianos

—En este comité hemos hecho las primeras experiencias prácticas en la colaboración entre marxistas y cristianos, obreros, campesinos, intelectuales, escritores, curas, etc.

—Una gran parte de nuestros funcionarios dirigentes de hoy, en el aparato del partido y del Estado, provienen de este comité, de diferentes partes. Ulbricht fue miembro activo de este comité. En el Partido Nacional Democrático, tanto el presidente Dr. Holz, que fue hasta hace poco nuestro ministro de Relaciones Exteriores y que tuvo que retirarse por enfermedad, como el secretario general Dr. Homann fueron también miembros del comité. Nuestro ministro de Defensa, general Hoffmann, proviene del comité, y así podría seguir enumerando a mucha gente.

—Nuestro exministro de Salud, que es hoy alcalde superior de Weimar, Luitpold Steidle, es miembro de la Unión Cristiana Demócrata y estuvo asimismo en el comité.

Educación antifascista

—Los oficiales hitlerianos que fueron tomados prisioneros después de Stalingrado, en su mayoría recibieron en el comité una educación antifascista y de allí viene después su nueva posición. El objetivo del trabajo en este comité era la formación de una República Democrática y Antifascista Alemana.

—Después de 1945 esos miembros del comité regresaron a Alemania y se unieron a los partidos respectivos que se formaron de nuevo. Ellos trajeron e introdujeron en esos partidos algunas experiencias y conocimientos básicos importantes sobre tres aspectos:

- contra el imperialismo y el peligro de guerra que proviene de él, únicamente se puede luchar con éxito si las fuerzas democráticas luchan juntas, poniendo en un segundo plano sus concepciones diferentes sobre el mundo;
- pero este movimiento puede tener éxito únicamente si la clase obrera juega en él el papel dirigente;
- esta colaboración es no solamente necesaria, posible, y cada uno puede sacar el mayor provecho de ella.

—Es una experiencia muy importante porque, debido a la propaganda anticomunista en Alemania, la gente temía, por ejemplo, que, en una colaboración

con los comunistas, los cristianos podrían ser «comunizados». Esto es hoy de una importancia actual, porque, después de que nuestra república se ha fortalecido suficientemente, nosotros podemos influir en la política de Alemania Occidental, adaptando nuestras experiencias a cada una de las capas sociales de Alemania Occidental.

Política de alianza

—Lo podemos hacer porque a partir de 1945 hemos llevado a cabo esta política de alianza, consecuente en lo económico, político y social. Desde el Consejo de Estado hasta en la más pequeña población, todos los partidos y todas las organizaciones de masas toman parte en la acción legislativa y ejecutiva.

Después de la formación de los partidos y organizaciones de masas, en 1945, estos se han unido en el bloque democrático coordinando sus políticas en el seno de este bloque. En este bloque democrático cada partido u organización de masas tenía, independientemente de su número de afiliados, tres representantes. En el bloque no había decisiones por mayoría, sino únicamente por unanimidad. Siempre había que encontrar una solución que fuera aprobada por todos. Esto hizo que la RDA, en la rama económica, haya ido por otros caminos que otros países socialistas.

Aniversario del bloque

—El año pasado celebramos el aniversario de la fundación del bloque democrático. En esta ocasión, Ulbricht agradeció a los demás partidos su colaboración creadora. Y ha dicho que esta colaboración ha evitado que nosotros cometiéramos algunas exageraciones y errores que se han cometido en otros países socialistas. Por ejemplo, en nuestro país los terratenientes también pueden afiliarse en las cooperativas agrícolas, y estas personas son hoy en muchas cooperativas agrícolas buenos presidentes. Son en su mayoría miembros del Partido Demócrata Campesino, y este partido se ha encargado de la educación de sus miembros en el sentido del socialismo. Lo mismo sucedió con la burguesía nacional, a la cual no hemos expropiado, sino que a través de la participación estatal hemos ido incorporándolos a la economía planificada socialista y, así, poco a poco esos expatrones se han convertido en directores de empresas socialistas.

—Nosotros estamos interesados en la ampliación de la producción; la participación del expatrón en la inversión del capital es siempre igual, mientras que la participación del Estado crece y así la empresa se convierte más y

más en socialista, y el expatrón recibe un salario como director y además su parte en la ganancia. El mismo sistema se aplica a los comerciantes de la ciudad y el campo.

Se expropió a imperialistas

—Este camino nuestro, en el cual solamente los imperialistas fueron expropiados mientras, que los demás fueron incorporados en la economía socialista, ha sido considerado por el propio Partido de la Unión Soviética como un paso adelante en el marxismo-leninismo, y es de una gran importancia para los países altamente industrializados de la Europa Occidental.

—Nosotros mandamos ahora a Occidente delegaciones del Frente Nacional. Van jefes de empresas con participación estatal, sacerdotes y exterratenientes, y ellos informarán en Occidente sobre sus desarrollos económicos exitosos y sobre su colaboración con el partido de la clase obrera. Informarán sobre su codeterminación política, haciendo así una gran contribución para la superación del anticomunismo, que es la ideología principal del imperialismo en Occidente.

—Por ejemplo, la gente de Alemania Occidental que viene para acá se asombra de que el presidente del Tribunal Supremo, que es el órgano ejecutivo superior, no sea comunista, sino un miembro de la Unión Cristiana Demócrata.

Nuestro principio: no aislarnos

—Nuestro principio ha sido siempre el de no aislarnos de ciertas capas sociales, sino incluirlas todas en la construcción socialista. Yo he hablado ayer a gente de Alemania Occidental que había venido a Halle con motivo del festival de Händel y, en la reunión que tuvimos, se levantó un cura de Alemania Occidental y dijo que está muy asombrado frente a nuestra ley de enseñanza. Que él había leído el primer proyecto y lo había comparado con la ley actual, y que con mucha alegría había constatado que muchos reparos cristianos que se habían expresado frente al primer proyecto se habían considerado en la nueva ley. Una profesora nuestra, la señora Sasse, miembro dirigente del Partido Liberal Demócrata Alemán, dijo que ella misma había participado en la elaboración de la ley, y que aquí no se adoptaba ninguna ley con la cual no estuvieran de acuerdo todos los partidos.

Organizaciones de masas

—En este Consejo del Frente Nacional están representados todos los partidos y organizaciones de masas y también muchos ciudadanos destacados, independientes. Nuestro presidente es un destacado científico químico que no está afiliado a ningún partido, es el Dr. Erich Correns. Aquí, en este organismo se coordina entre todos los partidos el trabajo ideológico y político con las masas. Nosotros siempre actuamos ante la población como Frente Nacional y los partidos hacen sus reuniones únicamente en carácter de partidos, con sus afiliados. Entre los habitantes de un barrio se hace como Frente Nacional. Podría seguirle contando durante horas sobre este trabajo; pero a las 10:20 tengo un consejo de ministros.

Sin embargo, alcanzo a preguntarle algo sobre la clase de personas que forman cada partido.

Los partidos

- El Partido Socialista Unificado está formado por obreros, campesinos e intelectuales; hay una abrumadora mayoría de clase obrera. El Partido Demócrata Campesino son campesinos en su mayoría. La Unión Cristiana Demócrata son los que profesan esa religión, hay campesinos también allí. En el Partido Liberal Demócrata están los propietarios de empresas, comerciantes, artesanos, y en el Nacional Democrático predominan los exoficiales del ejército de Hitler, los que fueron partidarios del nazismo y se han reeducado. Muchos oficiales que fueron del Comité de Alemania Libre están en el Partido Nacional Democrático, su dirección está constituida en su mayoría por ellos.

Nos despedimos después de esta interesante exposición del camino socialista alemán. Se nos quedan muchas preguntas que pensamos formular a alguien en otra ocasión.

Cuando salimos a los largos pasillos del edificio del Consejo Nacional, Christiane, la intérprete, me dice que allí estuvo el ministerio de Propaganda de Goebbels. Afuera, bajo el sol mañanero, contemplo a mi gusto lo que fue el centro de divulgación del fascismo en escala mundial. Al frente hay una alambrada y un montículo cubierto de pasto y hierbajos inútiles. Me explica Christiane que allí estuvo el refugio antiaéreo del Cuartel General de Hitler, donde se suicidó el megalómano mesiánico después de haberle ocasionado a su pueblo ocho millones de muertos y a la humanidad otros cuarenta y dos.

Donde está el vestigio es hoy tierra de nadie. Desde lo alto de una torre gris, los guardias fronterizos vigilan su Alemania dividida por una guerra que empezó y terminó en este montículo verde.

Berlín, julio de 1966.



Este libro fue compuesto por el equipo de Ediciones Universidad de La Frontera durante el confinamiento de 2021.

Para los textos del interior se utilizó la fuente Skolar Latin, diseñada por David Březina. En la portada se usó Libertad, del tipógrafo Fernando Díaz.

